

JOY DARK

UNA NAVIDAD
CON VISTAS
a la Gran Manzana



UNA NAVIDAD
CON VISTAS A LA
GRAN MANZANA
JOY DARK

Copyright©2023 JOY DARK

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Primera edición, diciembre 2023

Traducción: Teresa Gomares

Que estas páginas sean un recordatorio de que el amor, como las luces navideñas, puede brillar en los momentos más sencillos, regalándonos alegría, calidez y la magia eterna de la temporada festiva. Con cariño, para aquellos que encuentran en el amor su mayor regalo de Navidad.

Joy Dark.

1

AIMIE

—¡Dios mío! —exclamé mientras luchaba por sacar el enorme árbol del ascensor en el vestíbulo de mi nuevo edificio.

Estábamos en diciembre en Nueva York y el sudor me estaba goteando por la frente como si estuviera en una sauna.

¿En qué demonios estaba pensando al tratar de desplazar un árbol de dos metros de altura hasta la calle con lo que me había costado meterlo yo sola en el ascensor?

¡Oh, ya lo recuerdo!

La culpa la tenía Claire, mi mejor amiga.

Según ella, era preciso tener un árbol adornado con luces y guirnaldas para elevar mi ánimo y romper la mala racha que me estaba afectando.

Y, además, me había organizado una cita a ciegas con un conocido de su novio o algo así, del cual no me había dado ningún dato para no romper la magia, palabras textuales.

Como si las luces led, el espumillón y un tío que no sabía ni cómo se llamaba tuvieran poderes curativos.

Obviamente, no pensaba acudir a esa cita en una fiesta navideña donde no se me había perdido nada y mucho menos quedarme con ese dichoso árbol. Estaba demasiado cabreada con el mundo y con las malditas fiestas.

Debería haber tenido más sentido común, porque no me sentía alegre ni con ganas de disfrutar de la Navidad y ese árbol solo me recordaba que estaba sola y amargada en esa época del año.

Hacía dos semanas que mi novio, después de cuatro años de amor, me dejó.

¡El día de mi treinta cumpleaños!

En lugar del precioso regalo que esperaba, me mandó a paseo fingiendo una especie de crisis existencial.

—*Necesito explorar mundo, Aimie, conocer a otras personas* —me dijo el muy cretino.

No sabía cómo iba a recuperarme de ese dolor, cómo iba a volver a confiar en el amor. Porque realmente creía que Matt me amaba.

Creía que nuestro amor era indestructible.

Me equivoqué.

Vivíamos juntos en Chelsea, así que busqué un nuevo hogar en Upper West Side.

Sí, no me iba mal la vida en cuanto a dinero se refiere, en el amor por lo visto era un completo desastre, pero no iba a renunciar a las comodidades de los apartamentos de la zona. Con ser una fracasada sentimentalmente hablando, me bastaba. Era mejor llorar con vistas al

parque que no mirando a un puesto de comida callejera.

—¿Quién necesita este árbol cuando la vida es tan miserable? Estúpido árbol, estúpida celebración y estúpida felicidad —murmuré mientras pateaba el tronco y me quejaba de dolor.

—Bueno, los árboles no tienen la capacidad de ser estúpidos, no creo que el pobre haya hecho algo para merecer tu odio —dijo una voz profunda detrás de mí.

Bufé, con mi pelo cayendo sobre mi rostro, obstruyendo mi visión en aquella crisis existencial que estaba viviendo.

—No creo que le afecte, es un ser inerte —dije sin siquiera voltearme para mirar al desconocido— Voy a sacarlo de mi vida porque no me aporta nada en absoluto.

—¿Piensas sacarlo tú sola? —esa persona cotilla otra vez. ¿Qué narices hacía allí observándome?

—Sí —dije mientras volvía a tirar del maldito árbol.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Puedo sola o eso creo.

—Sabes que no puedo irme hasta que tengas este árbol dentro del ascensor. —Puedo notar que se está riendo de mí.

Debía ser la peor semana de mi vida.

No solo me encontraba completamente desolada y abandonada, sino que acababa de conocer la voz del vecino más pesado de la historia de la humanidad.

—Siga con su vida, señor. Vaya a rescatar a cualquier otra damisela en apuros.

La voz detrás de mí suspiró con fuerza.

—¿Señor? Creo que tú y yo tenemos prácticamente la misma edad, y no me considero aún uno de esos.

Ese dato captó mi atención y me obligué a girarme para encararlo.

Mi corazón se saltó un latido cuando delante de mí, estaba el hombre más atractivo que había visto jamás, de pie y con una sonrisa preciosa en la cara.

Tenía el pelo rubio oscuro algo despeinado, pero no porque fuera un dejado, era uno de esos estilos modernos en los que la gente peina de esa manera el cabello y les queda de vicio. Su mandíbula fuerte adornada con una barbita de tres días y, luego, sus ojos.

Sus ojos eran grises con algunos tintes verdes.

No podía dejar de mirarlos.

Me quedé con la boca abierta mientras intentaba que mi cerebro juntara algunas palabras.

—Tampoco suelo ir buscando a damiselas en apuros para dármelas de héroe, pero tengo educación, es Navidad, y ya sabes... me gustaría subir a mi casa, he olvidado algo. Vivo en el ático y no me apetece subir tantas escaleras. Estás atascando la puerta del ascensor con el árbol.

—¿Qué? —pregunté, sin recordar si había una pregunta o si se suponía que debía hacer algo más que mirarlo fijamente.

—Que, si me dejas ayudarte, los dos estaremos satisfechos con las cosas que queremos hacer. —Me sonrió, sabiendo que mi única opción era acceder a su ayuda si no quería dejar el árbol atascando las puertas.

—Sí, claro, sí —es lo que salió de mis labios atropelladamente. Ese hombre tenía un efecto raro en mí.

—Soy Connor Page.

Suspiré, mientras mis ojos se abrían y cerraban mientras lo miraba fijamente.

Hizo una extraña expresión esperando que yo me presentara también.

—Yo soy Aimie Lennox.

—¿Aimie Lennox? ¿Cómo la cantante?

—Me temo que ella se llama Annie.

—Sí, es cierto, aunque suena parecido.

—Supongo que mis padres no eran muy fans de *Eurythmics* y no lo pensaron —dije mientras cogía su mano para estrecharla, esperando poder salvar mi presentación con un mínimo de decencia.

—Bueno, a ver si conseguimos que el árbol suba y esté dispuesto a comportarse.

—¿Suba? No lo quiero en mi casa, quiero sacarlo de mi nuevo apartamento cuanto antes, ya te lo he dicho. No debería haber hecho caso a la estúpida idea de Claire.

—Pues yo creo que deberías hacerle caso, estás un poco amargada y este árbol y yo podemos ayudarte a sonreír de nuevo.

—Lo dudo, pero te lo agradezco.

—¿Eso significa que podemos volver a subirlo a tu casa y darle una oportunidad a este pobre árbol?

Suspiré, mis ojos parpadeando lentamente mientras lo miraba fijamente.

Su cabeza se inclinó un poco, los labios fruncidos mientras esperaba expectante.

«Mierda».

Debería decir algo.

—Vale, tú, Claire y este odioso árbol ganáis esta vez. Le daré una oportunidad porque por tu expresión debes pensar que soy una especie de maltratadora de fauna y flora.

—Buena chica, Santa Claus estará dando saltitos de alegría en estos momentos. Y no creo que seas ninguna maltratadora, solo estás pasando un mal momento.

Connor se dirigió a las puertas dobles y empujó una de ellas hacia un lado y luego deslizó un mecanismo de cierre que yo no sabía que existía.

—Vaya, soy malísima con los ascensores...

Me regaló una sonrisa de esas que pueden derretir bragas y levantó las cejitas.

—¿Por qué no coges la parte de arriba? —sugirió.

Me moví hacia el frente del árbol, resistiendo el impulso de golpearme en la cara.

—¿Lista?

Asentí.

Sin apenas esfuerzo, movimos el árbol a través de las puertas y hacia el ascensor.

—Te ayudaré a llevarlo al apartamento de nuevo, de donde no tendría que haber salido. Si adoptas un árbol es para todas las Navidades.

Me reí, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

—Nunca me voy a recuperar de esto. Eso es lo más patético de la historia.

—Estoy seguro de que te he ganado alguna vez a hacer cosas ridículas.

—¿De verdad?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, todavía no estoy preparado para contarle mis momentos más embarazosos a una desconocida.

—Aprecio tu intento de hacerme sentir mejor, pero creo que diciéndome eso, no va a funcionar —le dije pensando en cómo apestaba mi momento de *abandonadora* de abetos.

Si no hubiera sido tan atractivo, quizá no me habría importado lo que estaba pensando sobre mí y hubiera hecho lo que tenía pensado hacer, pasar de la Navidad.

Pero ¿cómo iba a resistirme a complacer los deseos de ese hombre guapo y trajeado? Además, de compartir espacio en el ascensor con él para subir al cielo con ese dios divino

llamado Connor.

Estaba hecha polvo, pero todavía no había perdido la cabeza como para no darme cuenta que estaba de toma pan y moja.

Apreté el botón para subir a la vigésima planta y me impuse no decir nada estúpido en el ascensor.

—Entonces, ¿eres nueva en el edificio? —preguntó.

—Sí, me acabo de mudar hace un par de semanas. ¿Y tú?

—Llevo aquí cerca de un año.

—Solía vivir con mi novio, pero ahora no. No en este edificio, sino en otro. Lo que quiero decir es que ahora estoy sola, y soltera...

¿Por qué narices no me cosí la boquita para no soltar más tonterías?

Connor me sonrió y se pasó los dedos por el pelo.

—Bueno, eso es...

—Demasiada información, ¿verdad? Lo siento, es que como has mencionado, no estoy en mi mejor momento.

Sus ojos recorrieron todo mi cuerpo, mientras mi sangre se calentaba hasta el punto de la ebullición bajo su atenta mirada.

—Espero poder demostrarte que no todo es una mierda, y que existen buenos samaritanos, como yo, dispuestos a sacarte un intento de sonrisa. Me parece muy graciosa.

Se quedó de pie sujetando el tronco del árbol mientras se abría la puerta del ascensor, sin permitirme pensar más en eso último que acababa de decir.

2

CONNOR

No le mires el pecho. No le mires el pecho.

Ese fue el objetivo que me propuse a mí mismo, pero... era jodidamente difícil lograrlo con ese jersey que llevaba, que los marcaba redondos y tersos.

Hacía mucho tiempo que no me fascinaba tanto una mujer a primera vista.

Siempre mantuve un estándar alto cuando se trataba de amor, resistiéndome a las fascinaciones superficiales que se desvanecen con el tiempo.

Mi vida amorosa había sido una travesía llena de encuentros fugaces y relaciones que se habían deslizado entre mis dedos como arena. No era por falta de oportunidades ni por no desear una conexión más profunda, sino por esa necesidad de encontrar algo que trascendiera las primeras impresiones.

Siempre me debatía entre la prudencia de mi corazón y el impulso del momento. Por mucho que intentara entregarme por completo, siempre encontraba un límite, un umbral que me alejaba del abismo del enamoramiento apresurado.

Pero Aime me pareció hermosa de una manera imperfecta. Su cabello rizado y castaño se le enredaba con el árbol, y tenía algunas agujas verdes pegadas, pero eso solo la hacía más graciosa. Por no hablar de que sus labios estaban un poco morados por el frío.

No recordaba la última vez que los defectos de alguien me parecieron tan tiernos.

Entramos el árbol a su apartamento sin problemas y lo pusimos en el pie del árbol.

—¿Dónde tienes las luces del árbol y los demás adornos? —pregunté.

—¿El qué?

—Las luces, las guirnaldas, las bolitas... que se ponen alrededor del árbol.

—¿Quieres decir que no brilla solo? —dijo toda ironía.

No supe si estaba bromeando, y me reí porque el tono de sus ojos decía que sí lo estaba haciendo y que tenía ganas de reírse.

—No, no tengo nada con qué adornarlo, te recuerdo que iba a abandonarlo a su suerte en la calle —continuó.

—Podemos ir a comprar todo lo que necesites —dije rápidamente.

No sé qué me impulsó a decirlo.

No conocía a esa chica y ella no me conocía a mí, pero necesitaba hacer cualquier cosa para que se riera, se lo había prometido.

—¿Ahora mismo? —preguntó tan impresionada como yo por el impulso de mis palabras.

Miré mi reloj y luego volví a mirarla a ella.

Que le dieran a la cena de empresa a la que debería ir, y a esa maldita cita a ciegas que me

habían organizado a traición.

No tenía ganas de conocer a ninguna desconocida. Ya estaba predispuesto a pensar que sería otra más, aburrida, sosa y con la expectativa de encontrar un marido que satisficiera sus expectativas económicas. No quería formar parte de esa dinámica predecible y desalentadora. No quería ser arrastrado por las expectativas y estereotipos que rodeaban esos encuentros. Sentía que ya conocía el guion de antemano: conversaciones superficiales sobre trabajos, ambiciones y la necesidad de tener hijos. ¿Dónde quedaba la espontaneidad? ¿La emoción de descubrir a alguien más allá de las apariencias y las expectativas sociales, como estaba sucediendo en ese momento?

No quería ir de todos modos, y prefería ayudar a alguien que claramente estaba pasando un mal momento.

Mi jefe lo entendería...estaba seguro de ello.

Le sonreí a Aimie.

—Sí, iremos de tiendas y luego te ayudaré a decorarlo todo.

Sus ojos se iluminaron con una chispa de alegría y me pregunté si había hecho bien al ofrecerme a ayudar.

—¿Harías eso? Tú no... Quiero decir, vas muy guapo. ¿No tienes que ir a ningún sitio?

Me encogí de hombros, sin darle mucha importancia.

—Creo que ayudar a una vecina es algo propio del espíritu navideño, ¿no? Además, si no lo adornas con luces, ¿quién demonios querría tener un árbol desnudo en medio del salón?

El sonido de su risa me hizo sentir un cosquilleo.

Era dulce, pero sin inhibiciones, y sentí que quería volver a escucharla porque era preciosa.

—Probablemente lo tiraría a la basura, como iba a hacer yo —me dijo.

—Y por eso debemos ir a comprar luces. Este árbol necesita sentirse útil, ha nacido para eso.

—Parece que quieras convencerme como Joey hizo con Phoebe.

—¿Eres fan de *Friends*? —le pregunté, emocionado porque era mi serie de cabecera, la que me ponía de fondo cuando tenía un mal día.

—Quien no lo sea debe estar mal de la cabeza.

—Opino lo mismo que tú, y espero que la unión en defensa de *Friends*, ayude a convencerte del plan navideño que te he propuesto. Yo no estoy mal de la cabeza.

Aimie pareció dudar un poco, escrutándome con la mirada durante unos largos segundos con el ceño fruncido, hasta que finalmente accedió.

—¿Puedes darme un momento? Necesito coger el abrigo y procesar todo esto cinco minutos más.

Asentí con la cabeza.

—Te espero aquí.

Ella salió corriendo a la habitación y yo miré el apartamento.

A pesar de que se había mudado hacía unas semanas, me sorprendió lo acogedor que era.

Todo estaba ordenado y limpio.

Los estantes, dispuestos estratégicamente en las paredes, albergaban una colección diversa de libros. Desde clásicos de la literatura hasta ediciones contemporáneas, la selección era un reflejo de su eclecticismo y curiosidad intelectual. Al lado del ventanal, unas plantas de interior añadían vida al espacio y, un par de fotografías enmarcadas adornaban la mesita del café, capturando momentos felices con amigos.

Cogí una foto enmarcada de una pareja mayor, suponiendo que eran sus padres.

—Hola. Lo siento —dijo rápidamente mientras se acercaba a mí—. ¿Encontraste algo interesante?

Me reí porque estaba claro que estaba haciendo lo que haría cualquier persona normal al quedarse sola en casa de un desconocido.

—No. Parece que eres normal.

—Siento decepcionarte.

—¿Son tus padres?

—Sí, todo el mundo dice que mi madre y yo somos idénticas.

—Es en lo primero que he pensado. ¿Y quién es esta otra chica? —dije, mirando una foto en la que ella y otra chica reían animadamente con unas gafas enormes de fantasía.

—Es Claire, mi mejor amiga. Ella me obligó a comprar el árbol, me ayuda en todo lo que necesito, incluso con mis muchas depresiones, es mi mayor apoyo.

—Vaya, eso es muy generoso por su parte.

—Sí, lo es. Por eso quiero adornarlo con luces y hacerle una foto. Para que vea que la aprecio y que en parte tenía razón —dijo, enfundando sus manos en unos guantes de terciopelo negro.

—Veo que has cambiado rápido de opinión y puedo atribuirme el mérito de tu nuevo ánimo.

—Vale —dijo poniendo una mueca graciosa—, pero solo un poquito. En el fondo siento que estoy acaparando toda tu atención porque te parezco una especie de suicida emocional.

—En primer lugar, estoy aquí porque quiero, y en segundo lugar... tengo que reconocer que sí me pareces un poco alocada en estos momentos, a pesar de ser una gran fan de *Friends*.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Pues, no sé, quizá el hecho de que hayas aceptado ir conmigo a comprar unas luces para un árbol que querías tirar por la ventana hace exactamente treinta minutos.

—Bueno, cuando lo dices así, suena un poco raro, pero te aseguro que tengo mis motivos.

—¿Ah, sí? ¿Y cuáles son?

—Pues... mira, es que... bueno, verás... —Aimie se quedó sin palabras, buscando una excusa convincente.

—Venga, no te cortes. Dime la verdad. ¿Qué es lo que te pasa?

—Está bien, está bien. Te lo diré. Lo que pasa es que... —se acercó a mí y me susurró al oído—, soy una espía secreta y estoy en una misión muy importante.

—¿Qué? —exclamé, sorprendido y divertido a la vez.

—Sí, sí. Es verdad. Claire es mi contacto principal y el árbol es una señal para el resto de mi equipo. Tengo que adornarlo con luces para enviar un mensaje cifrado. Y si no lo hago, el mundo estará en peligro.

—¿En serio? —pregunté, siguiéndole el juego.

—Sí, en serio. Así que, por favor, ayúdame a elegir las luces adecuadas. Es cuestión de vida o muerte.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero solo si me cuentas más detalles de tu misión. ¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Contra quién luchas? ¿Qué secretos guardas?

—Bueno, te lo diré, pero solo si prometes guardar el secreto. No puedes decirle a nadie lo que te voy a contar. ¿Lo prometes?

—Lo prometo. Soy todo oídos.

—Muy bien. Pues te diré que... —bajó la voz y me miró con una expresión seria—, todavía no puedo contarte nada porque no confío demasiado en ti hasta que demuestres tu buen gusto decorando árboles de Navidad.

—Bueno, pues vamos a comprar esas luces entonces. ¿Estás lista?

—Sí, vamos.

Salimos del apartamento y nos dirigimos a la calle. Nueva York estaba preciosa en esa época del año.

Las luces de colores iluminaban las fachadas de los edificios, los escaparates de las tiendas y los árboles de los parques.

Se respiraba un ambiente festivo y alegre, a pesar del frío que hacía. La gente caminaba con prisa, cargada de bolsas y paquetes, o se detenía a admirar los adornos navideños. Se oía el sonido de los villancicos, los cláxones y las risas.

—Me encanta esta ciudad. Tiene algo especial, ¿no crees? —le dije sonriendo.

—Sí, la verdad es que sí. Aunque yo prefiero el verano, cuando hace más calor —respondió.

—Bueno, pero la Navidad tiene su encanto. Mira, ahí está la tienda. Vamos a ver qué tienen.

Entramos en una tienda que vendía todo tipo de artículos navideños.

Había guirnaldas, bolas, estrellas, velas, muñecos de nieve, renos, calcetines, coronas y, por supuesto, luces. Muchas luces. De todos los colores, formas y tamaños.

Ella se puso a mirar con entusiasmo, buscando las que más le gustaban. Yo la seguí, dispuesto a ayudarla a elegir. Quería verla feliz, y hacerle un favor a su misión secreta. Después de todo, como le había dicho era lo propio del espíritu navideño, ¿no?

3

AIMIE

Después de pasar un buen rato en la tienda, salimos cargados con todo tipo de adornos para el árbol.

Habíamos elegido luces blancas y rojas, bolas de cristal, estrellas de papel, cintas doradas y plateadas, y una gran estrella para la punta.

También habíamos comprado unas velas aromáticas, unos calcetines de lana y unos bastones de caramelo.

Todo muy navideño.

No podía creer lo que estaba haciendo.

Yo, que odiaba la Navidad, que había renegado de ella desde que mis padres se separaron, que había huido de mi familia y de mi pueblo para empezar una nueva vida en Nueva York, estaba a punto de decorar un árbol con un desconocido.

Matt fue el que me devolvió por un tiempo esa ilusión por las fiestas de invierno, me enamoré de su bondad, de su alegría, de su pasión. Me enamoré de su mirada, de su voz, de su tacto. Me enamoré de sus tradiciones familiares, de su casa, de su mundo. Me enamoré de la Navidad de nuevo...

Pero mi felicidad duró poco.

Matt me dejó el día de mi cumpleaños, y yo, que había dejado de odiar la Navidad, que había abrazado la tradición de esas fechas y que había recuperado la ilusión por la vida, volví a odiarla.

Volví a renegar de ella, a huir de ella, a escapar de ella. Volví a sentirme sola, vacía, rota. Volví a pensar que la Navidad era una época estúpida y falsa, que no podía existir tanta felicidad en el mundo, que todo era una mentira, una farsa y una trampa.

Y, sin embargo, ahí estaba Connor conmigo, ayudándome a llevar los adornos hasta mi apartamento.

Tenía un cuerpo de infarto, que se adivinaba bajo su abrigo y su impoluto traje de chaqueta.

Y tenía una voz que me hacía estremecer, profunda y seductora. Era el tipo de hombre que hacía girar las cabezas por la calle, y que seguramente tenía a todas las mujeres a sus pies.

Había sido muy amable y simpático conmigo desde que nos encontramos en el ascensor.

Me había hecho reír con sus bromas y sus historias. Me había contado que era ingeniero informático y que trabajaba desde casa la mayor parte del tiempo.

Me había preguntado por mi trabajo, por mi familia, por mis gustos. Me había escuchado con atención y con interés. Me había hecho sentir cómoda y especial.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué quería de mí? ¿Sería solo una casualidad, o tendría algún plan

oculto? ¿Y qué pasaría después? ¿Podríamos seguir siendo vecinos, o todo se complicaría?

No tenía respuestas a esas preguntas.

Solo sabía que estaba viviendo una situación absurda, surrealista, pero también divertida y emocionante.

Algo que nunca me había pasado antes. Algo que quizá no volvería a pasar. Algo que, por algún motivo, me hacía reconciliarme con la época navideña, al menos por un momento.

Llegamos al edificio y subimos al ascensor. Connor me miró con una sonrisa y me dijo:

—Bueno, pues ya estamos. ¿Preparada para convertirte en la reina de la Navidad?

—Muy gracioso —le contesté, devolviéndole la sonrisa—. No te pases, que todavía puedo cambiar de opinión y tirar el árbol por la ventana.

—No lo harás. Sé que en el fondo te gusta. Y, además, no querrás decepcionar a Claire, ¿verdad?

—Tienes razón. No quiero que piense que soy una ingrata. Ni que tú hayas perdido el tiempo conmigo.

—No lo he perdido. Al contrario, lo he disfrutado. Y espero que tú también.

—Sí, lo he hecho. Gracias por tu ayuda. Eres muy amable. Aunque todo esto me parece un tanto extraño.

—No hay de qué. Es un placer. Y a mí no me lo parece, ¿hay alguna regla estricta donde un chico y una chica se tengan que conocer en una aplicación, bar de copas, o en una biblioteca tras chocar accidentalmente?

El ascensor se detuvo y salimos.

—No, supongo que se pueden conocer en un ascensor y que uno de los dos se preste altruistamente a decorar un árbol triste —contesté cruzando la puerta del elevador.

—En ese caso, no hay nada extraño. Podríamos habernos conocido en una cita a ciegas, y haber tenido que acompañarte a comprar unas guirnaldas de última hora.

—Visto así, suena hasta coherente —respondí, sacando las llaves de mi apartamento.

—Es que lo es, admítelo.

—Está bien—suspiré—lo admito, no es tan raro y me está resultando un tanto divertido.

Entramos en mi apartamento y dejamos las cosas en el suelo.

Connor se quitó el abrigo, y yo hice lo mismo.

—Entonces hagamos como que esto era una cita programada, si eso te hace sentir mejor.

—¿Quieres que esto sea una cita?

—A menos que tú no lo quieras, no veo por qué no.

Estuve tentada de decirle que en realidad tenía una cita a ciegas esa noche a la que no pensaba acudir porque no creía en ese tipo de encuentros forzados. No había ninguna ley física o química que garantizara el éxito, porque a unos amigos se les ocurriera que dos personas que no se han visto en la vida, pueden tener muchas cosas en común.

Era ridículo pensarlo.

—En ese caso, ¿te apetece algo de beber? Tengo café, té, chocolate caliente, vino, cerveza... —le ofrecí.

—Pues... no sé. ¿Qué te apetece a ti?

—A mí me apetece... —se acercó a mí y me susurró al oído.

—¿Un vino? Creo es lo propio en una cita.

—¿Un vino? —pregunté, sorprendida y curiosa a la vez. Y un poco nerviosa, para qué voy a negarlo. El aliento de ese dios del Universo revoloteando por mi pabellón auditivo era electrificante.

—Sí, un vino. Creo que nos lo merecemos, después de tanto esfuerzo. Y, además, me gusta. ¿A ti no?

—Sí, a mí también. Vale, pues, ¿tinto o blanco?

—Tinto. Me parece más apropiado para la ocasión.

—De acuerdo. Pues vamos a la cocina, creo que tengo una botella por ahí. Y unas copas, claro.

—Vale, te sigo.

Fuimos a la cocina y encontramos el vino y las copas.

Lo abrimos y lo servimos.

—Por las citas improvisadas —dije levantando mi copa.

—Por los encuentros fortuitos —comentó ella, haciendo chocar el cristal.

Bebimos un sorbo y nos miramos.

Sentí una chispa entre nosotros, una conexión.

Me pregunté qué estaría pensando él y qué querría hacer a continuación.

Yo no lo sabía. Solo sabía que me había algo en el que me atraía, que me intrigaba, y que estaba dispuesta a dejarme llevar por ese juego de la cita impostada.

Todo aquello era demasiado extraño, pero quería seguir conociéndolo, aunque fuera solo por una noche.

Una noche mágica, una noche navideña, una noche inolvidable que me hiciera borrar de mi mente mi racha de mala suerte.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de las citas perfectas? Es cuando el tiempo parece detenerse, y te sumerges en una conversación que fluye sin esfuerzo, ¿sabes a lo que me refiero? —dije a continuación de ese instante de miradas cargadas de expectativas.

—Sí, es como si estuvieras en esa burbuja donde solo existen las palabras que compartes con esa persona, como si el mundo exterior desapareciera por un momento.

—Exacto, es como si estuvieras en sintonía con alguien, sin necesidad de fingir o aparentar. Solo ser auténticos y sentir esa conexión genuina.

—¿Y qué más te parece esencial en una cita perfecta? —me preguntó, seguramente con la intención de complacerme esa noche con mis deseos.

—La risa, definitivamente. Esa complicidad que se crea cuando compartes momentos divertidos, es como el sello de una buena conexión.

—Totalmente de acuerdo. Cuando puedes reírte juntos, cuando sientes esa energía ligera y cómoda, eso es lo que realmente hace que una cita sea especial.

—Es genial cuando las cosas fluyen sin presiones, sin expectativas rígidas. ¿No crees? —dije, sintiendo que eso mismo estaba pasando entre nosotros.

—Las mejores citas suelen ser aquellas en las que simplemente dejamos que las cosas sucedan, sin forzar nada.

—Sí, permitir que la magia del momento nos envuelva sin tratar de controlarlo todo. Eso es lo que espero de una cita perfecta. ¿Y tú?

—Coincido contigo en todo. La autenticidad, la risa, la conexión espontánea. Todo eso hace que una cita sea memorable. Y, debo decir, que esta noche parece tener todos esos ingredientes —acabó diciendo Connor, produciendo un cosquilleo en la entrepierna tan espontáneo como el momento que estábamos compartiendo.

4

CONNOR

Después de servir el vino, nos fuimos al salón, nos sentamos en el sofá y ella encendió la televisión, seguramente para rellenar los momentos incómodos que se pudieran generar entre nosotros. Estaban emitiendo la película *Que bello es vivir*.

Aunque los dos habíamos coincidido en que una cita perfecta era aquella en la que la conversación fluía sin forzarla, la situación era un tanto inusual. Aunque no era distinto de aquellas personas que utilizaban Tinder. No era ajeno a la mecánica de esas citas, donde la primera impresión se basaba en una imagen y un par de líneas de texto, donde las conversaciones solían ser una prueba de fuego entre la química digital y la realidad, pero la diferencia radicaba en el origen fortuito de nuestro encuentro. No éramos dos extraños que se habían deslizado hacia la derecha en una pantalla, sino dos personas que habían compartido un instante fugaz en un espacio físico, ese detalle parecía darle una profundidad diferente a nuestra situación.

—¿Has visto esta película alguna vez? Es un clásico de Navidad. Trata sobre un hombre que está a punto de suicidarse, pero un ángel le muestra cómo sería el mundo sin él —dije, no sé si sonando interesante y conocedor del cine clásico, pero no era un dato impresionante.

—Sí, la he visto. No me gusta nada. Me parece una historia cursi y moralista. No entiendo cómo puede ser una película navideña —dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo puedes decir eso? Esta película es una obra maestra. Te muestra el valor de la vida y el amor. Te hace apreciar lo que tienes y lo que puedes perder. Te hace llorar y reír al mismo tiempo. Es una película navideña porque te llena de esperanza y de gratitud.

—No me convences. Esta película es una manipulación. Te hace sentir culpable por tus problemas y te obliga a conformarte con lo que hay. Te hace creer en milagros y en ángeles que no existen. Es una película navideña porque te vende una ilusión y te engaña con un final feliz.

—¿Qué te ha hecho la Navidad para que la odies tanto? —pregunté, dejando la copa de vino sobre la mesa.

—No siempre he odiado la Navidad. Es más bien algo reciente —de algún modo siento que está mintiendo.

Nadie odia de repente algo como la Navidad, a menos que ya hayas tenido ese sentimiento antes.

—Ya veo. Ese novio con el que ya no vives...

—Exnovio —dijo bruscamente.

—¿Es él el responsable de tu reciente odio a la Navidad?

—Probablemente. —Cruzó los brazos sobre el pecho, estaba enfadada y era adorable a la vez —. Pensé que me iba a pedir matrimonio en mi cumpleaños, pero lo que me pidió es que me

largara lejos de su vista. Después de todo lo que hice por él...

—¿Qué has hecho por él? —pregunté, curioso.

—¿Sabes lo que hice por él? Lo apoyé en su carrera de escritor desde el principio. Lo animé a seguir su sueño, a escribir lo que le apasionaba, a no rendirse nunca. Le di espacio, tiempo, libertad. Sacrifiqué muchas citas, muchos planes juntos para que él pudiera encontrar inspiración. Leí sus borradores, le di mi opinión, le ayudé a corregir sus errores. Fui su fan número uno, su musa, su compañera. Y así me lo pagó, dejándome el día de mi cumpleaños.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Cuatro años.

—¡Cuatro años! —La idea de una relación de cuatro años, cuarenta y ocho meses, más de mil cuatrocientos días y noches de expectativas irreales, casi me hace flaquear las piernas—. Maldita sea.

—Fui una idiota. Durante todo ese tiempo, pensé que me quería y que algún día querría casarse conmigo.

—¿Por qué querías casarte tú con él?

Ella lo pensó por un segundo antes de contestar.

—Es bastante guapo. Y me encantaba su pasión, su entrega por lo que hacía como escritor, aunque ahora ya no me entusiasme demasiado.

—Déjame decirte ahora mismo, que tu ex era un auténtico imbécil y que no te merecía, ¿de acuerdo? Y no me importa lo guapo o lo buen escritor que fuera, nunca te iba a merecer.

—Pero acabas de conocerme —dijo en voz baja—. ¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé —respondí, y el impulso de besarla en ese momento fue tan abrumador que tuve que contenerme.

Como había dicho ella, acababa de conocerla.

No quería ser esa clase de tío.

Aunque sentía una conexión instantánea y una especie de protección hacia ella, me detuve. No quería caer en la trampa de ser alguien que intentara llenar los vacíos de un ex, aunque fuera con las mejores intenciones. No quería ser aquel que, motivado por la química o el deseo, pronunciara palabras grandilocuentes y se arrogara el papel de salvador sin realmente conocerla.

La situación era delicada, y aunque mi deseo de ser el antídoto a sus heridas era fuerte, opté por la prudencia.

5

AIMIE

—¿Qué hiciste la última Navidad? —me preguntó él con curiosidad.

Me dieron ganas de llorar al recordar aquel desastre.

—Puse un árbol con el capullo de mi ex en nuestro piso, pero era de plástico, como su corazón. Y no quiero ver ni en pintura los adornos cutres que colgamos en nuestro árbol de mentira con nuestra cara de felicidad fingida. Todo era un cuento chino —suspiró—. Necesito más vino.

Me levanté del sofá, dispuesta a emborracharme y estallar en risas que hicieran de aquella cita algo perfecto.

Me fui a la cocina, agradecida de haberme encontrado con mi nuevo vecino y de que me hubiera consolado; si no hubiera sido por él, aún estaría intentando meter un abeto por la puerta del ascensor que no cabía ni con calzador. Los del puesto de árboles lo habían subido a pie entre dos hombres, si me hubieran visto intentando deshacerme de él después del esfuerzo que habían empleado en subírmelo, seguramente habrían llamado a las autoridades para interponer contra mí una denuncia pública.

Connor era tan guapo, que me dolía el corazón de pensar en lo afortunada que era de tener a un hombre así sentado en el sofá de mi nuevo apartamento.

Y simpático. Y tierno.

Hubo un momento, justo después de que le contara cómo me había plantado el cerdo de Matt, que pensé que iba a besarme, pero se echó atrás.

¿Me lo había imaginado?

«Claro que sí, ¡gilipollas!», pensé.

Lo único que había hecho era dar pena y hablar de mi ex.

Seguro que me veía como una loca despechada.

Y por cómo iba vestido: ese hombre debía de tener una cita importante esa noche, y yo lo estaba reteniendo y aburriendo con mi vida de mierda.

De vuelta, con la botella que habíamos descorchado antes y una aún sin descorchar, me fijé de nuevo en lo elegante que iba vestido.

Connor llevaba un impecable traje chaqueta de una reconocida marca italiana, con cada detalle y costura cuidadosamente diseñados. La elegancia del corte y la calidad de los materiales dejaban entrever el toque distintivo de un traje de alta gama, posiblemente proveniente de marcas como Armani, Versace o Dolce & Gabbana. La sofisticación del traje reflejaba no solo la atención de Connor por la moda, sino también su gusto por la exquisitez y el estilo atemporal. Había algo poderoso en un hombre de su clase, pero un tipo de poder discreto.

—¿Así que a dónde te dirigías esta noche? —pregunté de forma inocente, dejándome caer de nuevo en el sofá.

—A una fiesta de Navidad.

—¿Aún crees que tienes que ir? —Por dentro, grité de alegría porque no era una cita con otra mujer. Aunque yo también debía asistir a una fiesta en la que me esperaba un completo desconocido, pero lo había omitido.

—Debería. Es la fiesta de Navidad de la empresa.

Asentí con la cabeza y volví a concentrarme en servirnos el vino, mientras mis visiones sexis sobre en qué podría convertirse la noche, se esfumaban.

A menos que...

—Sabes, tu jefe probablemente no querría que estuvieras en la carretera con esta ventisca.

Connor miró afuera, no había un viento huracanado, tan solo el típico en aquella época del año.

—¿Ah no?

—Definitivamente no. De hecho —le dije mientras le pasaba la copa rellena—, creo que deberías llamarlo y decirle que no te espere.

—¿Tú crees? —dijo divertido, mientras se llevaba la copa de vino a la boca.

—¡Por supuesto! Quiero decir, sin presión ni nada, pero sé que no querría que un empleado mío estuviera en la carretera esta noche, y mucho menos tras beber dos copas de vino.

—¿Me estás emborrachando para retenerme?

—¿Crees que lo estoy haciendo? —dije algo más coqueta de lo habitual.

—Creo que ya ha quedado claro, hace un par de horas, que tengo una misión importante aquí esta noche —me respondió con un deje juguetón en la voz.

—Independientemente, es demasiado peligroso que conduzcas esta noche, podrías meterte en problemas con tu empresa si te pillan conduciendo bebido—insistí.

—Podría meterme en problemas aquí mismo —me respondió, haciendo que mi entrepierna diera un nuevo respingo. Estaba comprometiendo a mi propio cuerpo a sensaciones extremas.

—¿Y eso por qué? —pregunté en el mismo tono sensual de antes.

—Sabes, dicen que decorar un árbol no es algo que deba hacer alguien solo, podrían detenerme por dejarte a tu merced aquí con este enorme árbol.

—¿Quién lo dice?

—Todos. Es la ley de Navidad. Me enteré por internet y ya sabes que todo lo que lees ahí es verdad.

—No me gustaría romper la ley de Navidad —afirmé.

—Pero hay un requisito indispensable, una norma que no puedes saltarte bajo ningún concepto.

Lo miré con los ojos llenos de expectación.

—¿Cuál?

—Que no vuelvas a nombrar al impresentable de tu ex en toda la noche, ni que odias la Navidad porque te parecen unas fiestas falsas y carentes de ilusión.

—Supongo que eso puedo hacerlo.

Connor extendió su mano y la cogí apretándosela firmemente, sintiendo el contacto con él tan cercano, subiéndome una oleada de deseo y ganas de cosas prohibidas, que jamás había experimentado en un primer encuentro con nadie.

La simpleza del gesto, el contacto de su mano, desencadenó una ola de emociones desconocidas, una tentación que se deslizaba por los límites de lo permitido. Su presencia, la

cercanía repentina y la intensidad del momento, generaban una conexión que iba más allá de lo convencional. Por un instante, me sentí atrapada en una vorágine de emociones contradictorias, entre la química palpable que parecía saltar entre nosotros y la conciencia de lo inesperado de aquellas sensaciones en un primer encuentro.

Era cierto que lo que estábamos haciendo no distaba mucho de las citas a través de aplicaciones de ligues, pero lo que estaba viviendo con mi recién conocido vecino del ático iba más allá de la dinámica digital. Las apps suelen ser rápidas, basadas en perfiles y fotos. La interacción se limita a mensajes cortos, llevando a encuentros sexuales fugaces y conexiones efímeras.

Lo que estaba experimentando con Connor trascendía eso, era un encuentro real.

6

CONNOR

Me pregunté qué demonios estaba haciendo al coquetear con esa chica (que claramente había pasado por una ruptura), en vez de estar con la gente de mi empresa, y, además si su árbol era lo único que levantaríamos esa noche.

Nunca pensaba así.

Era un tipo lógico que tomaba decisiones lógicas.

No acompañaba a las chicas que acababa de conocer a buscar adornos y luces para adornar su casa.

Era un idiota por estar pensando en desnudarla y hacerle el amor en su sofá para quitarle todos los males. Tenía que frenar mi mente cada vez que ella me lanzaba una mirada.

Pero era tan condenadamente atractiva, que me hacía olvidar que estábamos en su casa intentando darle un aire navideño, algo en principio inocente, pero a medida que pasaba más tiempo con ella, el deseo y las ganas de hacerle el día un poco más agradable, aumentaban.

Era tan hermosa que me hacía desear arrancarle esa camisa de cuadros que llevaba y descubrir si su piel era tan suave como parecía.

Ella estaba coqueteando conmigo, y yo le seguí el juego.

—Antes has dicho que te podrías meter en problemas aquí mismo. ¿Te preocupa que te meta en problemas, Connor?

—Ahora, más bien, me preocupa que seas tú quien se meta en problemas —dije, porque Aimie estaba tentando demasiado a la suerte.

El vino comenzaba a hacer sus efectos en nuestras mentes.

—Bueno, me he cansado de ser una niña buena, como ves no me ha traído cosas maravillosas... quizá los problemas no sean tan malos. —Aimie se mordió el labio inferior antes de llevarse la copa a la boca.

Dio un sorbo lento, observándome por encima del borde y mi polla se empezó a poner dura.

—¿Estás coqueteando conmigo?

Dejó la copa a un lado y se acercó.

—Puede ser.

—Creo que sí, y quieres que te bese —la reté.

Sentía una atracción particular por mujeres seguras de sí mismas, esas que desafiaban límites y exploraban sin temor. Con Aimie, percibí esa determinación, como si estuviera midiendo mis límites, probando hasta dónde podía llegar. Sin embargo, estaba seguro de algo: no existía desafío o juego al que no estuviera dispuesto a enfrentarme.

Admiraba su confianza, la manera en que abordaba las situaciones con determinación. Era

como si estuviera ante alguien que no se conformaba con lo convencional, alguien que buscaba ir más allá, desafiando el *statu quo* con una seguridad admirable.

En este encuentro con Aimie, había una sensación de anticipación y certeza. No como un desafío, sino como una oportunidad para descubrir la profundidad de la conexión entre dos personas que estaban explorando el territorio desconocido del encuentro y la complicidad.

Con una sonrisa de sorpresa y placer en su rostro, dejé mi copa en la mesa junto a la suya.

No quería abalanzarme sobre ella y derramarle el vino, eso nos hubiera cortado el rollo.

—¿Y cómo lo harías si lo hicieras? —me desafió, riéndose, mientras echaba la cabeza hacia atrás, y yo, aproveché para agarrarla y atraerla hacia mí.

Dejó escapar un chillido de sorpresa y sus manos se agarraron a mis brazos.

Se mojó los labios con la lengua, y fue suficiente invitación para besarla.

—Vamos a comprobarlo.

Juro que nunca me había sentido tan atraído por una mujer tan rápido, pero Aimie es como un canto de sirena.

Al principio, el beso fue lento y tentativo, pero luego ella gimió y sus labios se separaron y me sumergí en el calor de su boca.

Me devolvió el beso con la misma intensidad.

Me encantaba que una mujer no se contuviera.

Sus manos aferradas a mi cuello, atrapándome hacia ella... Deslicé mis palmas por debajo de su camisa y subí por su espalda y...

¡Un golpe seco nos sobresaltó!

Aimie chilló haciendo que nos separáramos de inmediato.

—Ups —dije mirando hacia el suelo.

La bolsa de papel con las bolas y el resto de adornos que habíamos comprado, se había caído.

Aimie la había colgado del perchero de la puerta, con tal mala suerte que el asa se había desprendido.

Las bolas que se habían salvado rodaban a sus anchas, pero el resto, se habían esclafado como huevos.

—Maldita sea la Navidad —dijo sin aliento—. Es malvada y está claro que me odia.

7

AIMIE

—Es solo una bolsa de papel defectuosa. ¿Qué tiene que ver con que la Navidad te odie? — me preguntó con curiosidad, Connor.

—Es evidente que no has leído *Navidades trágicas* de Agatha Christie.

—No, ¿debería haberlo hecho?

Terminé de recoger los pocos adornos que se habían salvado y los dejé sobre la cesta de mimbre que usaba para guardar la manta del sofá.

—Pues claro. Es un clásico de la literatura de misterio. ¿Cómo vamos a ser amigos si no has leído ese libro?

Connor me miró de reojo.

—¿Así que eso es lo que pretendes esta noche? ¿Hacerte mi amiga?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa se te ocurre?

Se quitó la chaqueta del traje y la tiró en el sofá.

—Bueno, amiga mía, ¿por qué no hacemos lo que nos ha traído aquí esta noche? Quizá lo único que quiere el árbol que nos ha traído hasta aquí, es un hogar permanente, algunos adornos bonitos y un poco de agua.

—¿Tengo que regar el árbol?

—Sí, si quieres que te dure hasta año nuevo. Menos mal que estoy aquí para ayudarte, y no para besarte de nuevo.

—Brindo por ello —dije dignamente, cogiendo de nuevo la copa y dando un sorbo al vino.

Aquella bolsa traicionera había jodido claramente el momento y él parecía habérselo pensado mejor.

Conseguimos asegurar los pernos de la base del árbol y regarlo un poco, y colocamos el faldón rojo que me había obligado a comprar.

—¡Precioso! Vamos a decorar —me dijo Connor, que parecía un poco menos ilusionado que momentos antes.

Lo vi mirar hacia la ventana.

La nieve estaba cayendo fuerte.

—Oye, necesito hacer una llamada telefónica rápida —me dijo segundos después.

—No hay problema. Puedes usar mi habitación si quieres intimidad —le ofrecí, señalando la puerta.

—Gracias. Ahora mismo salgo.

Me quedé mirando la puerta cerrada de mi habitación, sintiendo un vacío en el pecho.

¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué había dejado que Connor me besara? ¿No era eso lo que

quería?

Había sentido una chispa entre nosotros desde que lo vi por primera vez en el ascensor, con su traje impecable y su sonrisa irresistible.

Me había parecido el hombre más guapo del mundo, y cuando me ofreció su ayuda con el árbol, no pude negarme.

Pensé que sería divertido pasar la noche con él, decorando el árbol, bebiendo vino, charlando de todo y de nada. Y quizá, algo más.

Pero cuando estábamos a punto de pasar a mayores, las bolas navideñas se cayeron y se rompieron en mil pedazos, haciendo un ruido ensordecedor.

Fue como si alguien nos hubiera lanzado una advertencia, como si un fantasma de las navidades pasadas nos hubiera dicho que nos estábamos precipitando.

Me asusté y me aparté de él, sintiendo que había cometido un error.

¿Qué sabía yo de él?

Nada.

Solo hacía cuatro horas que nos habíamos conocido, y ya me estaba entregando a él como si fuera el amor de mi vida.

¿Y si solo quería aprovecharse de mí? ¿Y si era un mentiroso, un infiel, un criminal?

¿Y si me rompía el corazón?

Me senté en el sofá, abrazando la manta.

No sabía qué hacer.

¿Debía pedirle que se fuera?

¿O debía darle una oportunidad?

Tal vez solo fuera una coincidencia lo de las bolas. Quizá fuera un buen hombre y era cosa del destino que nos hubiéramos encontrado.

Tal vez el dichoso árbol no estuviera maldito, simplemente era mágico y estábamos destinados a vivir una Navidad inesperada...

8

CONNOR

Me dirigí al dormitorio de Aimie y cerré la puerta tras de mí.

Sentí curiosidad por ver cómo era su espacio personal, así que me tomé un momento para explorar su habitación antes de hacer la llamada.

Era moderna y sofisticada, como ella.

Sábanas blancas, con un toque de malva.

Un edredón de plumas que invitaba a acurrucarse.

Un escritorio lleno de papeles, ordenador y una taza de café. Una pared cubierta de fotos, recortes y postales.

Me tumbé en su cama y llamé a mi amigo.

—¿Qué pasa? —sonó impaciente.

—Hola, soy yo.

—Ya lo sé. ¿Qué quieres?

—Adam, hay una tormenta de nieve fuera. No puedo ir a la fiesta.

—Qué raro.

—Te lo juro, tenía ganas de ir hoy. De verdad.

—Mentira, ¿es que sabías que iba a presentarte a una chica esta noche!

—¿Presentarme a una chica? ¿A quién? —me reí para picarlo. Sabía de sobra que pretendía que tuviera una cita a ciegas esa noche.

—Lo sabes perfectamente. Una chica que conoce el hermano de Angie Clarson.

—Me da igual a quién conozca Angie Clarson, su hermano o el primo de la abuela de Santa Claus, ya sabes que no me van las citas a ciegas, no creo en esas cosas.

—Es una clienta nuestra y me vas a hacer quedar como el culo.

—Pues haberlo pensado antes, yo no necesito que me presenten a ninguna chica, se arreglármelas yo solito. Además, ni siquiera recuerdo a esa clienta que comentas, las relaciones personales son lo tuyo, no lo mío.

—¡Connor, no puedes seguir ignorando a todas las chicas que te sugiero! Además, es la jodida fiesta de la empresa, ¿en qué estás pensando?

—La verdad es que sí puedo ignorar tus dotes de casamentero. Y precisamente, por ser la fiesta de la empresa, puedo ausentarme y lo sabes.

En el salón, oí que Aimie había puesto en el reproductor *Have Yourself a Merry Little Christmas*, y me hizo sonreír.

—Dios mío, ¿qué es ese ruido? ¿Te has unido a un coro o algo parecido?

—No —le dije, abriendo la puerta para ver a Aimie, que hacía muecas con una sonrisa

mientras bailaba desenrollando la tira de luces.

—Es una vecina que ha pasado de cero a cien con la Navidad y está escuchando villancicos como una loca. Tengo que dejarte.

Adam suspiró resignado.

—¿Qué le digo a esta chica si viene con la esperanza de conocer al hombre de sus sueños?

—Dile Feliz Navidad e invítala a pudding.

—Eres un idiota —murmuró—. ¿Y si esa chica era perfecta para ti? Te arrepentirás de no haber venido.

—Me la jugaré —le dije—. Adiós, compañero. Saluda a Angie Clarson, y disfruta de las vacaciones, te lo mereces. Siento perderme la fiesta, pero sé que te las puedes apañar solo y decir que estoy enfermo.

Colgué el teléfono y salí corriendo del dormitorio.

La chica perfecta ya estaba allí conmigo esa noche.

9

AIMIE

—Perdona por haberte intentado abandonar —le susurré al árbol, sintiendo un poco de vergüenza—. Eres el árbol perfecto, y yo estoy teniendo la noche perfecta. Bueno, casi perfecta. Si no fuera por el hecho de que odio la Navidad y todo lo que representa. Pero, aparte de eso, todo genial.

Después de disculparme con el árbol, me sentí un poco más aliviada.

No sabía si el árbol era realmente mágico, pero no quería arriesgarme a enfadarlo.

¿Y si se vengaba de mí lanzándome agujas o bolas de adorno sobre mi cabeza? ¿O peor aún, si me hacía pasar una Navidad horrible, llena de soledad y tristeza?

No, no podía permitir eso. Tenía que reconciliarme con el árbol, y con la época estival. Tenía que demostrarle al abeto que no era una gruñona sin corazón, sino una chica alegre y divertida.

Una chica que podía disfrutar de la magia de la Navidad, aunque fuera solo por una noche.

Así que me puse a preparar la decoración del árbol con todo lo que había comprado: luces, cintas y calcetines.

Y mientras lo hacía, puse la emisora de villancicos y canté las partes que me sabía.

Canté con tanta pasión y entusiasmo que hasta el árbol parecía moverse al ritmo de la música.

Era un árbol muy bonito y, lo mejor de todo, era que me había hecho sonreír.

Me había hecho sentir algo que hacía mucho tiempo que no sentía: felicidad.

Me di cuenta de que el árbol no era mi enemigo, sino mi amigo. Un amigo que me había traído un regalo muy especial: la compañía de Connor.

El hombre que me había rescatado esa noche, el tipo que estaba en mi habitación...

Por un momento, un escalofrío me recorrió al pensar que podría estar llamando a su novia, o a su mujer, o a su amante secreta, y haberle contado alguna mentira para justificar su ausencia.

Pero antes de que me entrara el pánico, recordé que había dicho que su empresa daba una fiesta esa noche. Seguramente estaba llamando para decirles que no podía ir por culpa de la nieve. O por culpa de la chica que se había colado en su vida con un árbol de Navidad al que iba a dejar congelarse de frío en la calle.

Me regañé a mí misma por haber asumido lo peor.

No todo el mundo era un cabrón como mi ex, y debía confiar en la gente que nada tenía que ver con él.

—Vaya. Tienes una capacidad asombrosa para transformarte del Grinch a un duendecillo navideño —me dijo acercándose a mí cuando salió de mi habitación.

—Resulta que tengo muchos talentos, algunos incluso desconocidos para mí hasta ahora —

respondí llena de entusiasmo. Era como si me lo hubieran chutado por vena.

—He sacado esa conclusión desde la habitación.

Me acerqué a él, nerviosa, y le pregunté:

—¿Todo bien?

Connor miró el teléfono en su mano y luego lo tiró al sofá junto a su abrigo.

—Todo está muy bien —me dijo, sonriendo—. No se me espera en ningún otro lugar esta noche.

Me alegré de oír eso y le sonreí mientras daba vueltas, mostrándole las luces que me había puesto alrededor del cuello.

—Estaba a punto de probarlas y asegurarme de que funcionan —le dije, esperando que no se riera de mí.

Me puso las manos en las caderas y me acercó a él.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —me preguntó, con una sonrisa traviesa—. No veo ningún enchufe por aquí.

—Bueno, hay una forma de generar electricidad sin necesidad de enchufes —le dije, guiñándole un ojo—. Se llama electricidad estática.

—¿Electricidad estática? —repetió, alzando una ceja—. ¿Y cómo se produce eso?

—Pues, se produce cuando dos cuerpos se frotan entre sí —le expliqué, bajando la voz—. Por ejemplo, cuando se besan.

—Ah, ya veo —dijo, acariciando mi mejilla—. ¿Y crees que eso será suficiente para encender las luces?

—Solo hay una forma de averiguarlo —le respondí, rodeando su cuello con mis brazos—. ¿Te atreves a intentarlo?

—Claro que me atrevo —dijo acercándose a mis labios—. Por ti, haría cualquier cosa esta noche. Incluso iluminar un árbol de Navidad con mi boca.

—Esto es raro —comenté.

—¿Por qué te lo parece?

—Porque ambos actuamos como si nos conociéramos desde hace tiempo, como si fuéramos una pareja que celebra su primera Navidad.

—Somos un hombre y una mujer, que se conocen lo suficiente como pasar una primera Navidad juntos.

—¿Qué es para ti conocerse lo suficiente? —pregunté, sintiendo su respiración mezclándose con la mía.

Dios, qué excitante era aquello.

—Que tú me gustas y creo que yo te gusto a ti, ¿qué más se necesita para encender unas luces y unos cuerpos con roces y besos?

—Según Tinder, un solo *click* y hacer un match —respondí reflexionando sobre eso en mi mente.

—Pues avísame cuando estés lista para que le dé al interruptor.

—¿Acaso no lo has hecho ya?

Su boca atrapó la mía, enviando chispas a lo más recóndito de mi cuerpo.

Sus manos se deslizaron por debajo de mi camisa y subieron por mis costillas.

Su respiración se hizo más pesada mientras sus palmas bajaron lentamente por la parte trasera de mis pantalones y me agarraron el culo.

Me empujó contra él y noté lo duro que estaba.

Mi vientre se hundió y mis músculos centrales se contrajeron.

Pasé la mano por su cálida y dura longitud, y las piernas me flaquearon.

¿Estaba mal que quisiera que ese casi desconocido me follara sin sentido esa noche?

Quería llevármelo a mi dormitorio, pero me preocupaba que fuera demasiado atrevido.

Por suerte, él no estaba tan preocupado.

—¿Crees que al árbol le importará que lo dejemos solo?

—En absoluto, ya nos hemos hecho amigos, creo que lo entenderá —respondí, un poco sin aliento. —Y quizá por eso, creo que sería mejor que fuéramos a mi habitación.

Connor me levantó en peso y me llevó hasta allí, abriendo la puerta de golpe y tumbándose con delicadeza sobre la cama.

Mi corazón latió con fuerza cuando cerró la puerta, volvió a la cama desanudándose la corbata

—Nunca he hecho esto antes —dije—. Acostarme con alguien la primera noche y mucho menos invitarlo a mi casa.

—Yo tampoco he hecho nunca esto —dijo, sosteniendo un extremo del soporte de luces enrollado alrededor de mi cuerpo—. Quitar las luces del árbol de Navidad a alguien en la cama.

—Me gustaría que me creyeras, soy un tipo diferente de chica.

—Me gusta todo lo que sé de ti, Aimie Lennox.

—¿Aunque nuestro primer encuentro haya sido tan desafortunado y ahora te parezca una completa bipolar?

—Si no fuera así, no estaría aquí.

Me desabrochó la camisa de cuadros, revelando mi sujetador de encaje negro.

Nos besamos así durante un buen rato, mientras frotaba su erección contra mí a través de nuestros pantalones.

Movía su cuerpo sobre el mío de un modo que me hacía saber exactamente lo bien que encajaríamos si nos deshacíamos de todas las barreras que nos separaban.

No sabía exactamente qué íbamos a hacer o hasta dónde íbamos a llegar en ese primer contacto más íntimo, pero no tardó en hacerme jadear y retorcerme bajo el peso de su cuerpo.

Al parecer, él pensó lo mismo, porque justo cuando estaba a punto de tragarme mi orgullo y pedirle que me hiciera suya, levantó la cabeza y dijo:

—Oye, antes de que esto vaya más lejos, quiero que sepas que puedes decirme que pare en cualquier momento.

—Lo sé, pero te agradezco la empatía.

—Entonces, ¿quieres que pare?

—Ni un poquito.

Me miró y su boca me mostró una sonrisa encantadora y sexi.

—Bien.

10

CONNOR

Estaba tumbado en la cama con ella, sintiendo su calor y su respiración.

Acabábamos de pasar un rato divertido en la cama, y podría asegurar, que fue el mejor sexo que había tenido en mucho tiempo.

Me sentía feliz y relajado.

Era increíble.

Nunca imaginé que una chica así me haría sentir tanto. Había renunciado a mis planes con la empresa, había cargado un árbol y la había acompañado de tiendas, solo para verla feliz.

No recordaba cuándo fue la última vez que me importó algo tan sencillo.

Ella no estaba conmigo porque yo fuera un hombre rico que podía regalarle un piso entero, porque no se lo había dicho.

Tal vez Aimie no sabía cantar ni abrir una puerta de un ascensor ni tener idea de regar árboles, pero era buena persona.

Se preocupaba por sus amigos y tenía una sonrisa que me quitaba el aliento.

La misma que me ofrecía en esos momentos mientras la miraba.

—¿Qué piensas?

—Que tu sonrisa es preciosa —le dije con honestidad.

Sus ojos se iluminaron y me acarició los labios con el dedo.

Eso me hizo sentir algo en el pecho.

—No sabes lo feliz que estoy de que me hayas salvado —susurró.

Y esperaba poder salvarla muchas más veces. Quería despertar con ella en mis brazos la mañana de Navidad y empezar una nueva tradición de regalos navideños, y luego celebrar el Año Nuevo con un beso a las doce.

¿Cómo podía tener esos sentimientos?

Dios, estaba perdiendo la cabeza.

—Yo también estoy feliz de haberte conocido —le respondí, mirándola a los ojos.

Ella se acercó más a mí y me besó suavemente.

Sentí una oleada de calor y emoción.

—¿Qué te parece si salimos a cenar? —me propuso.

—Me parece una buena idea —acepté, sonriendo.

—¿A dónde quieres ir? —me preguntó.

—A donde tú quieras —le dije, abrazándola.

—Pues yo quiero ir a un sitio especial —dijo ella levantándose de la cama.

—¿A qué sitio? —le pregunté, siguiéndola.

—A uno que te va a encantar —me aseguró, cogiéndome de la mano.
—¿Y cómo lo sabes? —le pregunté, curioso.
—Porque sé lo que te gusta —me dijo, guiñándome un ojo.
—¿Ah, sí? —le dije, intrigado.
—Sí —me dijo, besándome de nuevo—. Vamos, pongámonos la ropa —me dijo, tirando de mí.
—Pues vamos a verlo señorita sorpresas —le dije impaciente, pues me pregunté a dónde me llevaría.
Aunque me daba igual, estaba con ella y eso era lo único que me importaba.

Me llevó a un puesto callejero en un mercadillo navideño, donde vendían salchichas, crepes y chocolate caliente.

Me ofreció un perrito caliente con mostaza y ketchup y cebolla frita, y me dijo que lo probara.

Le hice caso y le di un bocado. Estaba delicioso. La miré con sorpresa y agradecimiento.

—¿Te gusta? —me preguntó, sonriendo.

—Me encanta —le dije, devolviéndole la sonrisa.

—Me alegro —dijo ella, cogiendo otro perrito para ella.

—¿Cómo sabías que me iba a gustar esto? —le pregunté, curioso.

—No lo sabía —me dijo, encogiéndose de hombros—. Solo intuí que era algo que no solías comer.

—¿Y por qué lo intuiste? —le pregunté intrigado.

—Porque tienes pinta de ser un hombre de negocios, que come en restaurantes caros y elegantes. Tu camisa lo dice todo —me dijo, mirándome de arriba abajo.

—¿Ah, sí? —le dije, divertido.

—Sí —me dijo, asintiendo—. Y no hay nada de malo en eso, pero a veces hay que probar cosas nuevas, ¿no crees?

—Supongo que sí —le dije, pensativo.

No es que jamás hubiera comido un perrito caliente como aquel, pero sí hacía años que no comía en un sencillo puesto callejero.

—Además, esto es muy típico de la Navidad, y tú tienes el espíritu mucho más agudizado que el mío —me dijo, señalando el mercadillo.

Miré a mi alrededor.

La zona estaba decorada con luces, guirnaldas y adornos navideños.

Había puestos de todo tipo: de artesanía, de juguetes, de dulces, de ropa, de libros... A pesar de que ya no quedaba mucha gente por la hora que era, el ambiente era acogedor y festivo.

Se oían villancicos y el olor a comida y a especias llenaba el aire.

La nieve había amainado, y el paisaje no podía ser más idílico.

—Es precioso —le dije, admirado.

—¿Verdad que sí? —me dijo, feliz.

—Sí —le dije, mirándola a ella.

Me miró también y se acercó a mí.

Me cogió de la mano y me apretó contra ella. Sentí su calor y su perfume. Me besó en la

mejilla y me susurró al oído:

—Feliz Navidad, Connor, gracias.

—Aún faltan cinco días para Navidad —le dije, riendo.

—Lo sé, pero te lo he dicho por si no nos vemos hasta después de las fiestas... en el rellano —me dijo, mirándome con ternura.

—No creo que eso vaya a pasar —le dije, acariciándole el pelo.

—¿No? ¿Te vas a mudar? —me preguntó, curiosa.

—No, porque quiero verte más. Quiero conocerte mejor. Quiero pasar más tiempo contigo y llegar a la mañana de Navidad juntos —le dije, mirándola a los ojos.

Ella se quedó en silencio, sorprendida por mis palabras.

Yo también me sorprendí.

¿Qué me estaba pasando? ¿Cómo podía sentir algo tan fuerte por una chica que acababa de conocer? ¿Cómo podía decirle algo tan bonito y tan intenso, siendo prácticamente dos desconocidos? ¿No era demasiado pronto? ¿No la asustaría?

Pero no podía evitarlo.

Era lo que sentía. Era lo que quería.

Y se lo tenía que decir. Tal vez fuera una locura, pero una locura maravillosa.

Una locura que me hacía sentir vivo.

Una locura que me hacía feliz.

—¡Eso es una jodida locura! Pero sabes, ¿qué? Que me apunto.

—En ese caso, volvamos a tu casa y decoremos de una vez tu árbol —le dije cogiéndola de la mano.

—Nuestro árbol —repitió ella, sonriendo.

Me gustó cómo sonó eso.

A veces, la vida nos sorprende con acontecimientos inesperados que cambian nuestro rumbo.

A veces, los milagros existen y se llaman personas.

A veces, la Navidad es más que una fecha en el calendario.

11

AIMIE

Habíamos estado decorando el árbol durante un buen rato, entre risas, confesiones personales y besos furtivos.

Él me había contado cosas de sus sueños, de sus miedos.

Yo le había hablado de mis aficiones, de mis ilusiones.

Nos habíamos sentido cómplices, cercanos, sinceros.

Nos habíamos mirado con ternura, con admiración, con deseo. Nos habíamos besado con dulzura, con pasión, con entrega.

Parecíamos una pareja enamorada, aunque yo pensaba que era imposible estarlo.

¿Cómo podía estar enamorada de alguien que acababa de conocer? ¿Cómo podía sentir algo tan fuerte por alguien que apenas sabía nada de mí? ¿No era demasiado pronto? ¿No era una locura?

Pero no podía negar lo que sentía.

Algo especial, algo diferente, algo único. Algo que me hacía vibrar, que me hacía sonreír, que me hacía feliz. Algo que no podía estar fingiendo y que no podía estar inventando.

¿Sería posible que estuviera viviendo una fantasía navideña de película de televisión? ¿Sería posible que él fuera mi príncipe azul, mi alma gemela, mi media naranja? ¿Sería posible que eso fuera real, que fuera verdad, que esto fuera amor?

—Sé que me has dicho que nunca haces esto con otros hombres...

—No, no lo hago. Soy una monógama en serie, solo me acuesto con los chicos que me gustan de verdad y nunca la primera vez.

Él asintió.

—Yo tampoco suelo hacerlo. Me gusta conocer un poco más que lo básico.

—Eso me hace sentir un poco mejor. Pero me veo en la obligación de preguntarte si quieres saber algo más de mí que no te haya contado ya.

—¿Familia?

—Padres divorciados, mi padre no es rico, pero podría decirse que vive bastante bien, nunca me ha faltado de nada. Aunque ya sabes que trabajo en una agencia de viajes, desde el divorcio se aseguró de ser mi mayor benefactor, como si sintiera la necesidad de suplir con dinero no haber podido darme un hogar estable. De ninguna otra manera podría haberme pagado este piso. Supongo que acepté su dinero mensual sin más hasta el día de hoy, si lo rechazara sería como decirle que no lo quiero. No sé si tiene lógica para ti, pero en mi familia funcionamos así.

—¿Y tu madre? —siguió preguntando.

—Mi madre es una rebelde sin causa, viaja mucho y tiene un novio nuevo cada tres meses.

No la juzgo y ella a mí tampoco. La quiero sin más. No nos vemos mucho, tampoco a mi padre, somos bastante raros en ese sentido, cada uno hace su vida y nos demostramos que nos queremos con unas llamadas puntuales al año, gozo de demasiada libertad en ese sentido.

—Me sorprende que hayas dado por hecho que soy un hombre de negocios. Te he dicho que soy ingeniero informático, podría ser un simple empleado —comentó después de haberle hecho un resumen de mi vida familiar.

—Bueno, no sé, tienes un aire de ejecutivo, de alguien que sabe lo que quiere y lo consigue. Además, llevas un reloj muy bonito, parece caro.

—Gracias, me lo regaló mi abuela por mi graduación. Era de mi abuelo. Era un hombre muy trabajador y honesto, me enseñó mucho sobre la vida.

—Vaya, qué bonito. ¿Y qué te enseñó?

—Pues, por ejemplo, que hay que ser curioso y creativo, que hay que aprender de los errores y no rendirse, que hay que respetar a los demás y a uno mismo, que hay que disfrutar de las pequeñas cosas y no tomarse todo tan en serio...

—Me gusta esa filosofía. ¿Y qué te hace disfrutar a ti?

—Pues, me gusta leer, ver películas, jugar a videojuegos aunque suene infantil, salir con mis amigos, hacer deporte, viajar, conocer gente nueva...

—¿Y qué tipo de gente te gusta conocer? —pregunté esperando una respuesta sobre mí satisfactoria.

—Pues, gente como tú que me sorprenda, que me haga reír, que me haga sentir cosas distintas.

—¿Y qué tal si te sorprendo con un chocolate caliente para celebrar que me has convertido en unas cuantas horas en una persona nueva?

—Me parece genial, me encanta el chocolate —me dijo acompañándome a la cocina.

En la cocina, nuestras miradas no se apartaban de las del otro.

Se me apretaba el pecho mientras ambos guardábamos silencio viendo hervir la leche.

—Bien, entonces tu trabajo y tus padres están cubiertos. ¿Qué más debería saber? —dijo Connor, rompiendo de nuevo el hielo.

—Hmm.. Soy Escorpio, me gustan las películas románticas horriblemente cursis, aunque te haya dado otra impresión, y desde hoy me encantan los chicos que rescatan a chicas que odian la Navidad.

Su risa vibró en la cocina.

—Me gustan las chicas que necesitan ser rescatadas. ¿Por qué parece que estás a punto de disecarme con la mirada?

Sonrío.

—Quiero intentar verte no solo como el tipo que acabo de conocer y me ha regalado dos de los mejores orgasmos de mi vida, sino como un novio potencial para cualquier mujer. Me gustaría hacerte un cuestionario que está considerado el decálogo de los hombres buenos.

—Si acepto, sé que me voy a arrepentir de esto —dijo riendo de nuevo.

—Probablemente, pero será divertido.

12

CONNOR

Cuando el chocolate estuvo hecho, volvimos al salón y nos sentamos en el sofá frente al gran árbol ya por fin decorado, dotando la estancia de un aire mucho más acogedor.

Ella sonrió, se levantó y sacó de un cajón del salón un papel doblado.

Me quedé mirándola con curiosidad, sin saber qué esperar.

Lo abrió y me lo mostró.

Era un cuestionario con varias preguntas, algunas de ellas bastante extrañas.

—¿Qué es esto? —le pregunté, confundido.

—Es un test de compatibilidad que encontré en una revista. Me pareció divertido y es genial para conocernos mejor.

—Está bien, está bien. Pero no te prometo nada. Quizá esa revisa me considere decepcionante.

Ella se rio y me pasó el papel y un bolígrafo.

Empecé a leer las preguntas y a contestarlas con la mayor sinceridad posible, aunque algunas me resultaron difíciles de responder.

Cuando terminé, le devolví el papel.

Ella lo cogió y lo miró con atención. Luego me miró a mí y me sonrió.

—¿Qué? —le pregunté, nervioso.

—Nada, nada. Es que me sorprendes, eso es todo.

—¿En qué sentido?

—En el buen sentido. Me gustan tus respuestas. Creo que somos bastante compatibles.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Porque coincidimos en la mayoría de las preguntas. Y las que no, me parecen interesantes.

—¿Qué preguntas?

—Por ejemplo, la del chocolate o el queso. Tú has puesto chocolate y yo queso. Me parece curioso que prefieras el dulce al salado.

—¿Y eso qué tiene de curioso?

—No sé, es que yo soy más de salado. Me encanta el queso de cualquier tipo. El chocolate me gusta, pero no tanto.

—Pues a mí me pasa al revés. Me encanta el chocolate de cualquier tipo. El queso me gusta, pero no tanto.

—Otra pregunta que me ha llamado la atención es la del riesgo o la tranquilidad. Tú has puesto riesgo y yo tranquilidad. Me parece que eres un aventurero.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Nada, nada. Al contrario, me parece atractivo. Yo soy más de quedarme en casa, ver una película, leer un libro...

—Pues a mí me gusta salir, conocer sitios nuevos, hacer cosas diferentes... Es lo que me has insinuado que hiciera cuando me has llevado al mercadillo a comernos un perrito. Admite que te he sacado de tu zona de confort y te ha gustado.

—Sí, me ha gustado y creo que podemos complementarnos. Y la última pregunta que me ha intrigado es la del presente o el futuro. Tú has puesto futuro y yo presente. Me parece que eres un soñador.

—¿Y eso es raro por...?

—Nada, nada. Al contrario, me parece admirable. Yo soy más de vivir el momento, disfrutar de lo que tengo, no pensar demasiado...

—Pues a mí me gusta planear, tener metas, proyectar... Es importante para ser un ejecutivo de éxito.

—¿Lo eres?

—Hay algo que tengo que decirte —me dijo, mirándome con seriedad.

—¿Qué pasa? —le pregunté, preocupada.

—No te asustes, no es nada malo. Es solo que... no te he contado toda la verdad sobre mí.

—¿Qué quieres decir? —Aimie me miró algo contrariada.

—Verás, te he dicho que soy ingeniero informático, y eso es cierto. Pero no te he dicho que soy el fundador y el director ejecutivo de una empresa de ingeniería informática de éxito.

—¿Qué?

—Sí, así es. Mi empresa se llama TechVision y se dedica al desarrollo de software, inteligencia artificial, realidad virtual, ciberseguridad y otras cosas relacionadas con la tecnología. Tenemos clientes en todo el mundo y facturamos millones de euros al año.

—¿En serio? —parecía sorprendida.

—Sí, en serio. Puedes buscarlo en internet si no me crees. E igual está feo que no haya aparecido en mi propia fiesta de Navidad, por ti.

—No, no, te creo, te creo. Es solo que... me has dejado sin palabras.

—Lo siento, no quería impresionarte ni asustarte. Solo quería ser honesto contigo.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? —me preguntó, asiendo la taza con las dos manos para calentarse las manos.

—Porque no quería que me juzgaras por mi dinero, ni que me quisieras aquí contigo por eso. Quería que me conocieras como soy, como una persona normal, como un hombre que se ha quedado prendado de ti.

—¿Estás prendado de mí?

—Es evidente.

—Pues... yo también estoy encantada de haberte conocido. Pero me cuesta asimilar todo esto. Es que... ¿eres multimillonario?

—Bueno, no sé si tanto, pero sí, tengo bastante dinero.

—Ya lo veo, ya. Yo pensaba que tenías dinero porque era evidente, pero no a ese nivel.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que se nota que tienes dinero por cómo vistes, por cómo hablas, por cómo te mueves, por el reloj que llevas, por el ático que tienes...

—Bueno, eso son solo cosas materiales, no son lo más importante.

—Ya, ya lo sé. Pero no me digas que no influyen —me dijo, seguramente por conocimiento de causa.

—Bueno, puede que un poco. Pero no son lo que me define ni lo que me hace realmente feliz.

—¿Y qué te hace feliz?

—Tú. Tú me haces feliz. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Ella me miró con una expresión de complicidad y me cogió la mano.

—¿Sabes? Me gustas mucho. Creo que tenemos mucho en común, pero también muchas diferencias que nos enriquecen. Creo que podríamos ser una buena pareja.

—¿En serio? —dije, sorprendido.

—Sí, ¿por qué no?

Ella se rio y me besó. Yo le correspondí y la abracé. Sentí que había algo especial entre nosotros, algo que iba más allá de un simple juego.

—¿Qué? —me preguntó, curiosa.

—Nada, nada. Es ahora la que me sorprendes a mí eres tú, eso es todo.

—¿En qué sentido?

—En el buen sentido. Creo que eres muy original y auténtica.

—Es que me gusta conocerte, saber qué piensas, qué sientes, qué quieres...

—Hay cosas de ese cuestionario que me has hecho que no son tan importantes, que no definen a una persona.

—¿Cómo qué?

—No sé, el chocolate o el queso, por ejemplo. ¿Qué más da?

—Pues a mí me parece que sí importa. Es una forma de expresar tus gustos, tu personalidad, tu forma de ser.

—Bueno, puede que tengas razón. Pero es que las mujeres sois muy complicadas. Os preocupáis por todo, por los detalles, por las emociones, por las expectativas...

—¿Y los hombres no? ¿No os importa nada de eso?

—No, no es eso. Es que somos más básicos, más simples, más directos. Pero eso no significa que no tengamos exigencias para hacer de una mujer nuestra pareja.

—¿Y qué exigencias tenéis?

—Pues, por ejemplo, que sea guapa a nuestra vista, que sea inteligente, que sea divertida, que sea cariñosa, que sea fiel, que sea...

—Vale, vale, ya lo he entendido. No hace falta que sigas. Me parece que no sois tan básicos como decís y sí algo superficiales.

—¿Superficiales? ¿Acaso estaría aquí contigo si físicamente no te atrajera nada? —apuré el chocolate que me quedaba en la taza y ella lo pensó un momento antes de contestar.

—Vale, me has pillado, seguramente no. Pero me refería a que sois tan complicados como nosotras. Solo que lo disimuláis mejor.

—¿Ah, sí?

—Sí, admítelo. Vamos, no seas orgulloso.

—Puede que tengas razón.

Me pregunté si aquel era el comienzo de algo tan maravilloso como me hacía sentir, y si algún día le contaría a nuestros hijos y nietos cómo nos conocimos en aquel rellano.

Quizá fuera nuestra historia favorita, la que repetiríamos cada Navidad mientras adornábamos el árbol. Y me preguntaba si era posible enamorarse de alguien tan rápido, porque mientras la escuchaba reír y hablar desde su lado en el sofá, sentía mi corazón latir con fuerza y

mi mente dando volteretas solo de pensar en ella.
No quería que aquello terminara nunca.

13

AIMIE

Aquella noche, después de una conversación que fluía como si nos conociéramos de toda la vida, Connor me propuso visitar su ático para enseñarme su espacio, argumentando que era lo justo después de haber visto mi apartamento.

—Deberías venir a mi ático, así ves también mi casa. Es lo justo, ¿no crees? —dijo con una sonrisa juguetona.

La idea de conocer más sobre él, no solo a través de las palabras, sino también a través de su espacio vital, era tentadora. Asentí con una sonrisa, dejándome llevar por la emoción del momento.

—¡Claro, me encantaría! —respondí, sin poder ocultar mi curiosidad.

El ascensor llegó al rellano donde se encontraba su ático, y mientras caminábamos hacia su puerta, sentí una mezcla de emoción y anticipación.

¿Qué secretos revelaría su hogar?

La intriga me empujaba a descubrir más sobre él, a explorar esa conexión que parecía crecer con cada minuto que pasábamos juntos.

El ático de Connor era un santuario que se alzaba sobre la gran manzana, un oasis en medio del bullicio urbano. Al entrar, me recibieron unos grandes ventanales que abrazaban el espacio, permitiendo que la luz artificial de la noche se filtrara en la estancia. Era como si la ciudad se extendiera ante mis ojos, con sus luces parpadeantes y el skyline majestuoso que se perfilaba en el horizonte. Aquella vista era simplemente impresionante, una postal imponente de la ciudad que nunca duerme en Navidad.

El interior del ático estaba decorado con sobriedad y elegancia, exudando un estilo masculino que se reflejaba en cada rincón. Los muebles de líneas limpias y tonos oscuros, combinados con toques metálicos y maderas nobles, otorgaban al espacio una atmósfera sofisticada y varonil. No había exceso de adornos ni colores estridentes, todo estaba dispuesto con una armonía que hablaba del gusto refinado de su propietario.

Los detalles cuidadosamente seleccionados revelaban la personalidad de Connor: fotografías en blanco y negro enmarcadas con escenas urbanas, libros alineados en estanterías impecables, obras de arte modernas que adornaban las paredes. Cada elemento parecía tener su lugar, creando un equilibrio entre lo funcional y lo estético.

La decoración navideña en el apartamento de Connor era una mezcla perfecta entre lo festivo y lo atemporal. Mientras exploraba el espacio, noté que cada adorno estaba cuidadosamente elegido para complementar los elementos decorativos habituales. Las luces parpadeantes se entrelazaban entre libros y obras de arte, las guirnaldas tejían su magia alrededor de fotografías

en blanco y negro, y pequeños detalles festivos se asomaban en rincones estratégicos.

Pero lo que más llamó mi atención fue la ausencia de árbol de Navidad en el salón.

—Connor, ¿dónde está tu árbol de Navidad? —pregunté, sorprendida considerando la exquisita decoración festiva del lugar.

Él sonrió, llevándome hacia un rincón del salón.

—Mi árbol de Navidad está en un lugar privilegiado —respondió con una sonrisa enigmática.

Me miró con complicidad, invitándome a descubrir el significado detrás de esa afirmación.

—¿En un lugar privilegiado? ¿Dónde está? —insistí, intrigada por su misteriosa respuesta.

Connor me guió hacia la terraza del ático, un espacio que ya me había impresionado por sus vistas a la gran manzana. Al llegar, quedé boquiabierta al ver lo que se encontraba frente a nosotros.

—Aquí está mi árbol de Navidad —dijo Connor, señalando hacia la extensión de la ciudad iluminada.

Frente a nosotros, colocado en un rincón estratégico de la terraza, se alzaba un árbol majestuoso, decorado con luces parpadeantes que resplandecían en la noche. Era una estructura luminosa, un árbol de Navidad gigante que brillaba con destellos multicolores, resplandeciendo en la oscuridad de la noche urbana.

—Es... es increíble —murmuré, sin poder apartar la mirada de aquel impresionante árbol.

—Quería algo diferente, algo que se fundiera con la esencia de la ciudad —explicó Connor, observando el árbol con orgullo—. Este árbol es mi manera de celebrar las festividades en medio del bullicio.

Era una escena mágica, un árbol de Navidad único y majestuoso, que se destacaba entre los rascacielos iluminados y el brillo de la ciudad nocturna. Aquel gesto creativo y sorprendente de Connor hizo que la Navidad en Nueva York se sintiera aún más especial y única.

—Tu casa sin duda, es una auténtica Navidad con vistas a la gran manzana.

—Y quiero pasarlas contigo, Aimie.

El resto de la noche en el ático de Connor se deslizó en un flujo de momentos íntimos y encantadores. La música suave creaba una atmósfera acogedora mientras compartíamos risas y confidencias, dejándonos llevar por la complicidad que parecía crecer con cada instante. El vino, más exquisito que el que le había ofrecido en mi casa, nos envolvía en una sensación cálida y relajada.

Entre conversaciones profundas y sonrisas cómplices, las caricias y los besos se volvieron una extensión natural de nuestra conexión. Cada gesto se entrelazaba con la cercanía que compartíamos, profundizando en la complicidad que nos unía.

A medida que la madrugada se adentraba en la ciudad, una paleta de colores amanecía en el horizonte, recordándome que la noche había pasado volando. Sentí el deber de regresar a casa, pero cada fibra de mi ser anhelaba prolongar ese momento mágico.

—Creo que debería volver a casa —dije con un dejo de nostalgia, sabiendo que la realidad llamaba a mi puerta.

—Claro, te acompaño. Por cierto, yo estoy de vacaciones, ¿y tú? —respondió Connor con una expresión serena, pero su mirada parecía anhelar que la noche no terminara.

—También, ¿por qué lo preguntas?

Cuando llegamos al umbral de su puerta, Connor detuvo el tiempo con sus palabras.

—Antes de que te vayas, quiero proponerte algo. Quiero tener cuatro citas contigo fuera de este edificio antes de Navidad.

—¿Cuatro citas antes de Navidad? —repetí, sonriendo ante la propuesta—. ¿Y qué planeas que hagamos?

—Quiero hacer las cosas típicas de esta época —dijo con entusiasmo—. Visitar más mercados navideños, patinar sobre hielo, ver las luces de la ciudad, quizá un concierto. Quiero que sientas la magia de esta temporada y que te lleves esos recuerdos contigo.

Sus palabras resonaron en mi corazón, recordándome la belleza de los momentos simples y especiales que la vida nos regala. En su propuesta, había una invitación a sumergirme en la esencia de la Navidad, a apreciar las pequeñas cosas que hacen que esta época sea tan especial.

—Me encantaría —respondí con una sonrisa llena de ilusión—. Será un regalo de Navidad adelantado.

Y así, entre sonrisas y la promesa de días especiales por delante, despedí aquella noche llena de complicidad.

La magia de las fiestas se extendía ante nosotros, y la emoción por lo que vendría hacía que mi corazón latiera con entusiasmo y gratitud por la oportunidad de vivir momentos tan especiales con alguien tan exclusivo como Connor.

14

CONNOR

Aquella noche en particular apenas pude dormir, la emoción por lo que estaba por venir no me permitía descansar. Quería que cada detalle fuera perfecto, que cada momento compartido fuese un recuerdo imborrable en su corazón.

Cada sueño era una mezcla de planes e ideas para sorprenderla, para hacer que esos días especiales que nos esperaban fueran memorables.

Al despertar, el entusiasmo aún era palpable, me vestí con ropa cómoda y decidí llevar a cabo una de las ideas que había estado maquinando. Con una sonrisa, preparé mi plan navideño para el día y bajé hasta la planta donde se encontraba el apartamento de Aimie.

Había averiguado sobre un mercado navideño que ofrecía una variedad infinita de regalos únicos, decoraciones festivas y delicias culinarias. Quería invitar a Aimie a pasear por aquel lugar lleno de magia, donde las luces parpadeantes y los aromas tentadores de la temporada nos sumergirían en un ambiente festivo.

Con el corazón palpitando de emoción, llegué a su puerta y toqué con entusiasmo. El sonido resonó en el pasillo, y una mezcla de nervios y anticipación se apoderó de mí mientras esperaba su respuesta. Estaba ansioso por compartir ese día especial con ella.

La puerta se abrió lentamente, revelando a Aimie que, con una sonrisa adormilada, bostezaba mientras lucía un pijama de ovejitas que desprendía un encanto irresistible. Sus cabellos despeinados y la cara ligeramente somnolienta le otorgaban una ternura inesperada. Me quedé absorto ante esa imagen, encontrando en su apariencia despeinada y su atuendo cómico un encanto que me pareció simplemente encantador.

—¡Hola, Connor! Buenos días —saludó con una risa contagiosa, sin percatarse de su aspecto.

—Buenos días, Aimie —respondí, con una sonrisa amplia, disfrutando del espectáculo matutino.

Sus ojos aún entrecerrados por el sueño, ella bostezando mientras me invitaba a pasar...

No pude evitar encontrar gracia en su atuendo peculiar y su apariencia despreocupada. La combinación de su pijama divertido y su espontaneidad matutina solo agregaba más encanto a su personalidad.

—Perdón por la imagen, no soy una persona muy mañanera y, la verdad, no te esperaba tan temprano—se disculpó con una risa mientras cerraba la puerta.

—No te preocupes en absoluto, te ves encantadora, y siento haber venido sin avisar, pero no quedamos a ninguna hora en concreto y no tengo tu número de teléfono —respondí sinceramente, disfrutando de cada gesto y palabra suya en aquella mañana.

Aquella escena desenfadada y espontánea me hizo sentir aún más cercano a ella. Era una imagen auténtica y relajada, lejos de formalidades y protocolos, que me hizo apreciar aún más su autenticidad y su capacidad para ser ella misma sin reservas.

—Di la verdad, te morías de ganas por verme de nuevo —bromeó, andando hasta la cocina.

—Me has pillado —admití, riendo, mientras nos dirigíamos hacia la cocina.

—¿Un café? —preguntó, abriendo el tarro de café con un gesto ágil.

—Con dos de azúcar, gracias —respondí, observando cómo ella se movía con soltura por la cocina.

Mientras ella preparaba el café, me senté en la barra y contemplé el espacio. El apartamento de Aimie irradiaba calidez y acogimiento, incluso en aquella hora temprana. El aroma del café recién hecho llenó el aire, añadiendo una nota acogedora a la atmósfera.

—¿Qué tienes en mente para hoy? —preguntó Aimie, entregándome una taza humeante de café.

—Estuve pensando en visitar un mercadillo navideño que descubrí, mucho mejor que el que visitamos ayer —sugerí, cogiendo la taza con gratitud y dejando que el aroma del café inundara mis sentidos.

—Eso ya lo veremos —respondió con entusiasmo, tomando asiento frente a mí.

El café, una conversación amena y la compañía de Aimie hicieron que aquel momento matutino fuera especial. Planeamos el día con entusiasmo, disfrutando del café caliente y la emoción por la jornada que nos esperaba.

15

AIMIE

Me hallaba inmersa en un mundo lleno de encanto y alegría en el conocido mercadillo navideño de Union Square en Nueva York. Las luces titilantes, los aromas dulces y la atmósfera efervescente me envolvían en una celebración festiva única.

Connor y yo caminábamos entre los puestos decorados con destellos navideños, yo estaba fascinada por la variedad de artículos artesanales y las coloridas decoraciones que adornaban cada rincón. El bullicio animado del mercado se mezclaba con los irresistibles olores de las delicias culinarias que flotaban en el aire.

Exploraba cada cabaña con entusiasmo, maravillándome ante la diversidad de productos festivos que se desplegaban frente a mis ojos. En mi interior, reconocía que este mercado superaba con creces la experiencia del que habíamos visitado la noche anterior.

La música en vivo resonaba en el ambiente, sumándose al bullicio alegre de las personas que se movían entre los puestos, y nos detuvimos para disfrutar de la actuación de un artista callejero.

La melodía del violín resonaba en el aire, llevando consigo la suavidad y la calidez de *Have Yourself a Merry Little Christmas*.

Connor, con una sonrisa encantadora, se inclinó levemente hacia mí.

—¿Te apetece bailar? Es la canción que cantabas anoche con mucho entusiasmo en tu piso, mientras intentabas estrangularte con las luces —sugirió, extendiéndome la mano con una chispa de entusiasmo y divertimento en los ojos.

Miré a Connor, sorprendida, mientras observaba la multitud que se movía alrededor de nosotros.

—¿Aquí, ahora, en medio de la calle, y sin unas luces suicidas alrededor de mi cuello? —pregunté, sorprendida, pero con una sonrisa juguetona.

Él soltó una risa contagiosa.

—Déjate llevar, Aimie. ¿Olvidaste que soy un aventurero? —bromeó con complicidad.

No pude evitar reír, entendiendo su espíritu desenfadado.

—Bueno, no puedo resistirme a la propuesta de un aventurero —respondí, aceptando la mano que él me ofrecía.

Comenzamos a movernos al ritmo de la música, entre los transeúntes que pasaban y algunos curiosos que detenían su paso para observar la inesperada escena. Bailábamos con gracia y espontaneidad, permitiendo que la magia de la canción y el ambiente festivo nos envolvieran.

—¿Quién iba a pensar que terminaríamos bailando en plena calle? —comenté entre risas, disfrutando del momento.

—La vida está llena de sorpresas. Hay que aprender a aprovecharlas —respondió Connor,

girándome suavemente al compás de la melodía.

El violín seguía llenando el aire con notas suaves y emotivas, y nosotros continuábamos danzando con esa complicidad que se estaba volviendo nuestro sello distintivo.

—Esto es increíble, ¿verdad? Nunca pensé que un simple paseo por el edificio terminaría así.

—Que un *arbolcideo* terminaría así, habla con propiedad. Pero sabes, a veces las mejores cosas suceden cuando menos las esperamos —me dijo con una sonrisa, una que estaba empezando a apreciar de verdad porque se notaba que era sincera.

—Estoy agradecida por este instante. Bailar contigo aquí, en medio de la calle, es algo que recordaré por mucho tiempo, aunque creo que tú llevas clavado en el corazón mi despropósito con el pobre árbol.

—Yo también lo recordaré, Aimie, y, siendo sincero, la manera en la que te he conocido tampoco.

—Siento que todos los abetos de ese puesto de árboles me juzgan, saben la atrocidad que iba a cometer con uno de los suyos —bufé malhumorada.

—No creo que lo sepan, es un secreto entre tú y yo, y no hubo derramamiento de sangre. Además, se nota que estás arrepentida y con eso basta.

Me dio un beso suave en la nariz, , el tipo de caricia que compartes con alguien en quien confías profundamente.

Me quedé maravillada por la conexión que se estaba formando entre nosotros en tan poco tiempo. Era como si nuestras almas se hubieran reconocido de alguna manera, generando esa complicidad instantánea que solo se da entre personas que se sienten cómodas y seguras juntas.

En ese momento, me di cuenta de lo rápido que podíamos conectar con alguien si las circunstancias y las energías correctas se alineaban.

Era una sensación nueva y emocionante, la idea de que en tan poco tiempo alguien pudiera entender y aceptar algunas partes de mí de una manera tan profunda.

16

CONNOR

Después de disfrutar del mercadillo navideño, donde la música y la magia del ambiente nos envolvieron, decidí dar el siguiente paso.

—Oye, Aimie, ¿qué te parece si seguimos este día tan increíble con una deliciosa comida? Sé de un lugar cercano que sirve las mejores hamburguesas de la ciudad. Aimie levantó una ceja de manera juguetona.

—¿Hamburguesas? ¿No ibas a sorprenderme con algo más sofisticado, aventurero? Sonreí con complicidad.

—¡Las hamburguesas son aventuras gastronómicas en sí mismas! Pero si prefieres algo más elegante, estoy abierto a sugerencias.

Ella rio.

—No, no. Una hamburguesa suena genial. Pero avísame si planeas impresionarme con tus habilidades para devorarlas sin que se te caiga un solo ingrediente.

—No te preocupes, soy todo un profesional en el arte de comer hamburguesas sin hacer un desastre.

Aimie rio de nuevo.

—Eres demasiado confiado, no todo el mundo tiene éxito en esa hazaña.

—Confía en mí, Aimie, las hamburguesas y yo tenemos una relación especial. No siempre he sido el hombre de negocios serio y aburrido que crees que soy.

—Oh, así que te aprovechas de mí porque tengo hambre, ¿eh? —respondió con un tono burlón.

—Bueno, uno debe aprovechar las oportunidades que se le presentan, y teniendo a una vecina hambrienta a mi lado, es difícil resistirse —contesté en tono jocoso.

Aimie rio y asintió con complicidad.

Ambos nos dirigimos hacia las calles, riendo y bromeando.

La conexión entre Aimie y yo parecía fluir naturalmente, como si nuestro encuentro fortuito estuviera destinado a convertirse en algo más que una simple casualidad. Aquella invitación a comer, que comenzó con un tono desenfadado, se estaba transformando en un capítulo más de esta inesperada y encantadora historia entre dos vecinos.

Mientras caminábamos por las calles, continuábamos con nuestras bromas y comentarios ingeniosos sobre posibles lugares para almorzar. Me sorprendía la facilidad con la que conversábamos, como si nos conociéramos de toda la vida. Había algo en la energía navideña de la ciudad que nos envolvía, agregando un toque especial a nuestro encuentro casual.

La Navidad siempre había tenido un lugar especial en mi corazón. Para mí, esta época del

año no solo se trataba de decoraciones coloridas y regalos debajo del árbol. Era sobre la sensación de unidad, de compartir momentos especiales con aquellos a quienes amas, y de aprovechar cada oportunidad para celebrar la vida y la conexión entre las personas.

Ver las luces parpadeantes, escuchar las melodías festivas y disfrutar de esa magia palpable en el aire me recordaba la importancia de valorar los momentos compartidos con seres queridos. La Navidad no se trataba solo de regalos materiales, sino de regalos emocionales, de sonrisas, de abrazos cálidos y de crear recuerdos que perdurarían mucho después de que las luces se apagarán y los adornos se guardaran.

Quizá por eso me sentía tan cómodo y emocionado por compartir un momento tan sencillo como una hamburguesa con Aimie. La Navidad siempre me había enseñado a apreciar las pequeñas cosas y a encontrar alegría en las conexiones inesperadas que la vida nos regala.

Y en aquel instante, mientras buscábamos un lugar para comer, la energía festiva de la ciudad se mezclaba con la complicidad que surgía entre nosotros. Era como si la magia navideña hubiera hecho una pausa para regalarnos este encuentro, convirtiéndolo en algo especial y significativo.

17

AIMIE

El aroma a hamburguesas jugosas y el ambiente acogedor del pequeño local nos envolvían mientras Connor y yo conversábamos.

—¿Cómo es que siempre estás tan entusiasmado con la Navidad? —pregunté, intrigada por la fascinación que Connor tenía por estas fechas.

Connor se tomó un momento antes de responder, mirando su hamburguesa con una expresión reflexiva.

—La Navidad siempre ha sido especial para mí. Mis padres... ya no están aquí —comenzó, con un tono sereno pero lleno de nostalgia—. Y aunque no los tenga conmigo físicamente, su amor sigue guiándome, especialmente en esta época del año.

Sus palabras me conmovieron. Era evidente que había algo más detrás de esa emoción por la Navidad, algo profundo y significativo.

—Cuéntame más, si te sientes cómodo haciéndolo —dije con delicadeza, esperando que Connor compartiera más sobre su historia.

Connor dio un sorbo a su bebida y miró fijamente hacia fuera, como si reviviera recuerdos en su mente.

—Soy adoptado. Recuerdo que fue en Navidad cuando a mis cinco años me dijeron en el orfanato que había una familia que quería llevarme a casa. Fue el mejor regalo que podía recibir —explicó, con un brillo de gratitud en sus ojos—. Mis padres... ellos fueron todo para mí. Siempre me enseñaron a valorar cada momento y a ser agradecido por lo que tengo.

Sentí un nudo en la garganta al escuchar sus palabras, mientras él continuaba hablando con una mezcla de ternura y nostalgia.

—Mi madre falleció cuando yo tenía 16 años, luchó contra el cáncer con tanta valentía... y mi padre... hace un par de años, por una afección al corazón —dijo con voz serena, pero era evidente que hablar de ello lo emocionaba.

Con cada palabra, Connor me permitía adentrarme en su historia, mostrándome una vulnerabilidad que no todos estaban dispuestos a compartir. Sus padres habían sido su luz en medio de la oscuridad, y a pesar del dolor de sus pérdidas, su gratitud y amor hacia ellos eran evidentes en cada palabra.

—Son los mejores padres que pude tener, me enseñaron a ser quien soy hoy —concluyó Connor con una sonrisa suave, como si reviviera en ese instante la esencia de su amor incondicional.

Nos quedamos un momento en silencio, ambos procesando la emotiva historia que acababa de compartir. Era evidente que la Navidad tenía un significado especial para él, una época de

amor y gratitud hacia los seres que le habían brindado tanto en la vida.

—Me siento una estúpida por haberte expresado mi odio a la Navidad por tonterías y, ahora entiendo por qué me dijiste que si adoptaba un árbol tenía que ser para todas las fiestas —le dije a Connor, con una expresión contrariada en el rostro.

Su historia me hizo reflexionar sobre la verdadera esencia de las conexiones humanas. A menudo, en la era de las redes sociales y las interacciones superficiales, tendemos a olvidar la riqueza de las relaciones reales. Y allí estaba, conectando con alguien sin filtros, sin segundas intenciones, simplemente siendo nosotros mismos.

—Cada uno es libre de tener el sentimiento que quiera dependiendo de las circunstancias —respondió Connor, con una serenidad reconfortante en su tono.

—Lo sé, pero yo tengo a mis padres conmigo a pesar de que se divorciaran, y lo de Matt es una chorrada. Nadie debería odiar nada por culpa de una persona que no ha sabido valorarte. No sé si me explico.

Connor asintió con comprensión, mostrando una sonrisa gentil.

—Entiendo lo que quieres decir. A veces, las experiencias pasadas pueden teñir nuestras percepciones de ciertas épocas del año. Pero no te preocupes, no eres estúpida por sentir lo que sientes. Cada uno tiene sus razones y su historia.

Sus palabras me reconfortaron. Había algo en su manera de entender y aceptar mis sentimientos que me hizo sentir comprendida.

—Supongo que es fácil perder de vista el significado real de las cosas cuando las heridas del pasado siguen frescas —comenté, pensativa.

—Exacto, pero ¿sabes? La magia de la Navidad no está en lo que sucede a nuestro alrededor, sino en cómo elegimos vivirla. No se trata de lo que recibimos, sino de lo que damos, de estar con quienes amamos y valoramos —respondió Connor con una serenidad contagiosa.

Sus palabras resonaron en mí. Había algo en su enfoque que me hizo reflexionar sobre la verdadera esencia de la Navidad.

Esos lazos auténticos son un recordatorio de la capacidad humana para crear conexiones significativas en tiempos tan cortos. No se trataba solo de una coincidencia en el rellano o de compartir un almuerzo, sino de esa sensación de entender y sentirnos comprendidos mutuamente.

—Tienes razón. Tal vez es momento de cambiar mi percepción y redescubrir el verdadero significado de esta época —confesé, sintiendo un cambio en mi perspectiva gracias a sus palabras.

Connor asintió, mostrando una sonrisa cálida.

—Entonces, ¿estás lista para crear nuevos recuerdos navideños? —preguntó con entusiasmo, extendiendo una mano en señal de amistad y compañía.

Aquella simple oferta de compartir momentos juntos en esta época tan especial fue como un rayo de luz en medio de mis dudas. Asentí con una sonrisa.

—Por supuesto. Y gracias, Connor, por entender y estar aquí —agradecí, sintiendo un nuevo y cálido sentimiento en mi corazón, uno que parecía encender la chispa de la magia navideña.

En veinticuatro horas, mi mundo había cambiado. Me había encontrado con alguien que, en su autenticidad, había despertado una chispa dentro de mí, recordándome la magia de las conexiones reales entre seres humanos y el poder transformador que pueden tener en nuestras vidas.

Connor no era el polvo de una noche. No encajaba en el molde típico de un encuentro casual. Había algo en él que trascendía la superficialidad de ese tipo de cosas. No se trataba simplemente de un rostro atractivo o de un encanto fugaz; había una profundidad en su manera de ser, una

autenticidad que lo distinguía.

Cada gesto, cada palabra compartida revelaba capas de su personalidad. Era más que una simple conexión física; era una convergencia de mentes, de experiencias compartidas y de una conexión que iba más allá de lo vano.

18

CONNOR

Al llegar de nuevo a nuestro edificio, nos detuvimos en el rellano frente a la puerta de Aimie. La miré, su sonrisa resplandecía a la luz tenue del pasillo.

—Ha sido un día increíble —comenté, sintiendo la calidez del momento.

Aimie asintió, con los ojos brillantes por la emoción.

—Definitivamente ha sido un comienzo navideño memorable —dijo, con una chispa de alegría en su voz.

Nos quedamos allí por un momento, la atmósfera llena de expectación y emoción por lo que podría venir. Entonces, decidí compartir mis sentimientos.

—Sabes, esta ha sido mi primera cita navideña. Y ha sido más especial de lo que imaginaba —expresé, con un tono cálido y sincero.

Aimie asintió, mostrando una sonrisa dulce.

—Yo diría que la segunda y ha sido maravilloso compartir esto contigo, y... lo de anoche —respondió, con una nota de gratitud en sus palabras.

—Debería besarte, ya sabes, es lo que se hace después de una cita estupenda, y creo que nosotros anoche nos saltamos ya nuestras propias normas.

—O, podrías pasar a mi casa y seguir explorando un poco más todo esto que nos está sucediendo.

Me moría de ganas de volver a compartir cama con ella. De besarla hasta dejarle los labios rojos como la nariz de Rudolf, de tocar su piel suave, de consolar todos sus males, de hacerla vibrar entre mis brazos, pero...

—Me conformo con besarte y con que aceptes una nueva cita mañana.

Aimie me miró con el gesto contrariado, como si mi decisión la hubiera decepcionado.

—¿Has pensado en la posibilidad de que yo no quiera solo besarte?

—Me ha quedado claro, me has invitado a pasar y, no es que no quiera porque no me hayas gustado lo suficiente, es precisamente por todo lo contrario.

—Y es por eso que quieres mantenerte en el celibato después de haber empezado la casa por el tejado conmigo... —comentó, pero esa vez con una chispa de diversión en sus ojos que me supuso un alivio.

Asentí.

—Quiero que la próxima vez sea aún más auténtico y especial.

—Júrame que no estoy protagonizando en sueños una película navideña en la que me vas a acabar confesando que eres un ángel que ha venido a salvarme de mi desgraciada vida.

Le di un leve pellizco en el antebrazo.

—¿Lo ves? Soy real.

—Creo que necesito más pruebas —dijo, invitándome claramente a que la besara antes de despedirnos hasta el día siguiente.

Le enmarqué el rostro con las manos y la besé con pasión haciendo un esfuerzo sobrehumano para no cargarla y subirla hasta mi casa para hacerla mía de nuevo.

Degusté sus labios, saboreándola y sintiendo el calor que emanaba su cuerpo, haciéndonos flotar y tocando cada una de nuestras terminaciones nerviosas a golpe de lenguas y saliva.

Cuando nos separamos, tuve que tragar saliva y utilizar toda mi fuerza de voluntad para despedirme de ella y no caer en tentaciones.

—Mañana pasaré a buscarte a las diez.

—¿No te ha gustado mi pijama de ovejitas? —preguntó juguetona.

—Me ha gustado demasiado, prefiero jugar en un terreno neutral porque te respeto demasiado. Ven aquí —la acerqué de nuevo hacia mí para darle un último beso, aunque mi entrepierna pagara las consecuencias esa noche por el dolor de haberle negado sus deseos.

El intercambio simple pero significativo nos dejó en un estado de serenidad mientras nos preparábamos para entrar a nuestros respectivos apartamentos.

La Navidad nos rodeaba, pero solo era el inicio de algo más que solo una época festiva; era el comienzo de una conexión especial que podría convertirse en algo más.

19

AIMIE

Ese día con Connor fue más que fantástico; fue como si la vida misma se detuviera para ofrecerme un instante mágico. Estaba en una nube, flotando entre la realidad y la incredulidad, tratando de entender qué es lo que el destino tenía reservado para mí esa Navidad.

Todo parecía tan alucinante, como si fuera la protagonista de una película navideña. Me sentía envuelta en una atmósfera de magia y posibilidades, como si cada momento estuviera lleno de significado y potencial.

Su compañía, nuestras risas, los gestos amables, cada pequeño detalle me dejaba maravillada. Era como si cada paso que dábamos juntos resonara con una armonía especial, como si estuviera bailando al ritmo de una melodía paradisíaca.

El encanto de las luces de la ciudad, el bullicio festivo de la gente, y, sobre todo, la conexión que compartíamos, todo se fusionaba en una especie de ensueño. Cada mirada, cada palabra, era un capítulo nuevo en esta historia que parecía escrita por un guionista celestial.

Me encontraba en un estado de asombro y gratitud, sumergida en un sueño del que no quería despertar. Era como si la magia de la Navidad hubiera tomado las riendas y me llevara a través de un cuento de hadas urbano.

Aún me quedaba por descifrar qué rumbo tomaría esta historia, qué giros inesperados me depararía el destino. Pero, me deleitaba en ese momento, en ese día que parecía sacado de un relato navideño, sintiéndome agradecida por ser la protagonista de aquella película mágica que era mi vida en ese instante.

Mientras me desvestía para ponerme el pijama y disfrutar el resto de la noche en mi estado de felicidad tomando un chocolate caliente frente a mi árbol, por el cual había empezado a sentir verdadera admiración y devoción, el móvil comenzó a sonar sacándome de mi ensoñación. En el identificador vi que era Claire, y, que, con toda seguridad, me esperaba una conversación llena de reproches por no haber contestado a sus mensajes desde el día anterior.

—¡Aimie, ¿dónde narices te metes? No apareciste en la fiesta y te estaba esperando para presentarte a alguien muy interesante. He estado muy preocupada.

—¡Oh, Claire! Lo siento mucho, tuve un imprevisto y no pude ir.

—¿Un imprevisto? No me digas que te perdiste la oportunidad de conocer a alguien increíble porque te encerraste para llorar por ese imbécil de Matt.

—No creo que necesite que me presentes a nadie, Claire. Puedo conocer a gente interesante por mí misma. Y no, no estuve llorando precisamente. Tenía un árbol que adornar como parte de la terapia, ¿recuerdas?

Claire se quedó en silencio un momento, poco convencida de que hubiera estado tan ocupada

en adornar el árbol. Me conocía bien, sabía que la Navidad no era mi fuerte y que jamás me habría tomado tantas molestias.

—Me dijeron que era un tipo encantador, bien parecido, y con un trabajo increíble.

—¿Y por qué no cambias tú a Ron por él?

—Porque lo quiero, ¿qué tonterías estás diciendo? Es amigo de su hermana —dijo con hastío al otro lado del teléfono.

—Espero que te disculpas con ese tipo tan encantador de mi parte.

—Lo habría hecho de poder hacerlo, pero no llegué a conocerlo, debió irse ofendido por tu desplante —respondió con su tono de reproche habitual.

—Gracias por pensar en mí, pero en serio, no necesito que me encuentres a alguien. Puedo manejarlo.

—Pero, Aimie, ¿no te gustaría tener a alguien especial para las fiestas?

«Ya tengo a alguien especial para las fiestas», pensé, antes de responder.

—Claire, ya tengo a alguien especial: ¡yo misma! Además, ¿quién dice que no puedo conocer a alguien genial por casualidad?

—Pero...

—Escucha, aprecio tu interés, pero no estoy buscando desesperadamente a alguien. Prefiero dejar que las cosas fluyan naturalmente.

—¿Estás segura de que no debería organizar una segunda oportunidad para que te encuentres con él? —me ofreció, Claire tiene el típico carácter cuidador que tienen la mayoría de las mejores amigas del mundo, por eso las elegimos.

—Estoy segura. Confío en que el hombre adecuado llegará en el momento adecuado. Por ahora, estoy bien disfrutando de mi propia compañía y de las sorpresas que la vida pueda tener reservadas.

—Bueno, si alguna vez cambias de opinión...

—Lo agradeceré, Claire. Pero ahora mismo, estoy centrada en disfrutar de esta temporada festiva a mi manera.

—Entonces, necesitaré una foto del árbol como prueba de que no me has mentido. Y que me confirmes que vendrás a cenar a mi casa en Nochebuena y que te quedarás a dormir para despertar juntas el día de Navidad.

—Me parece justo, tenías razón en que el árbol me animaría y daría una nueva perspectiva a mi triste Navidad, al fin y al cabo, fue idea tuya. Y te confirmo que esta vez me quedaré en casa, tú y Ron no tenéis que haceros cargo de mi triste vida, os libero de esa carga.

Claire, seguro, frunció el ceño y se cruzó de brazos de manera teatral. No podía verla, pero la conocía muy bien.

—¡Aime, por favor! No es una carga, es una invitación. Ya has pasado demasiados días sola, y quiero que disfrutes de la compañía y la alegría que pueden ofrecer las festividades. Además, Ron y yo te queremos mucho y no nos importaría compartir nuestro tiempo contigo.

—Claire, de verdad, aprecio mucho tu invitación, pero prefiero pasar las fiestas en mi propio espacio este año. Necesito tiempo para reflexionar y estar conmigo misma.

Claire suspiró, resignándose ante mi decisión.

—Está bien, si eso es lo que realmente quieres. Pero ya sabes que siempre tienes un lugar en nuestra mesa y en nuestro corazón. No dudes en llamarme si cambias de opinión o si necesitas algo.

—Lo sé, y agradezco sinceramente tu amabilidad. Tú y Ron habéis sido un gran apoyo para mí. Pero en serio, esta vez necesito estar sola.

Nos despedimos y yo cumplí mi promesa. Hice una foto a mi precioso árbol y se la envié a mi amiga para que no me tomara por mentirosa.

Era verdad que no le había contado toda la verdad a Claire, pero no necesitaba que me presentara a hombres en fiestas. Quería disfrutar las cosas a mi manera, manejar mi vida como adulta. Aunque Claire podía ser crítica y algo marimandona, la quería como a una hermana, y estaba dispuesta a demostrarle que podía dar un nuevo rumbo a mi vida por mi cuenta.

Claire siempre había sido una amiga cercana, aunque a veces su entusiasmo por arreglar mi vida podía resultar un poco abrumador.

Esa Navidad sería diferente, lo podía sentir en el aire festivo y en cada sonrisa compartida con Connor. Estaba lista para enfrentar lo que el destino tenía preparado para mí, dispuesta a demostrarle a Claire, y a mí misma, que podía navegar por mi vida con gracia y determinación, incluso en medio de la incertidumbre.

Me serví una taza de té caliente y me acomodé en el sofá, sumergiéndose en mis pensamientos mientras las luces del árbol parpadeaban con una melancólica pero reconfortante serenidad.

20

CONNOR

Al entrar a mi ático, el silencio envolvía el lugar, contrastando con la agitación del día que había pasado con Aimie. Miré mi teléfono móvil y, para mi sorpresa, vi que tenía mil llamadas perdidas de Adam, mi amigo y socio.

Al parecer, también tenía unos cuantos mensajes sin contestar.

Mi corazón dio un vuelco ante la magnitud de su insistencia. Adam no era el tipo de persona que dejaba pasar las cosas fácilmente, y ver tantas llamadas perdidas indicaba una desesperación inusual en él.

Comprendí que hacía años que yo no vivía despegado del móvil. Era una extensión de mi mano por defecto, pero ese día, entre risas y charlas, lo había dejado a un lado.

Decidí devolverle la llamada de inmediato.

—¡Connor! Por fin decides contestar el teléfono. ¿Dónde diablos has estado?

—Lo siento, Adam. He estado ocupado.

—¿Ocupado? Estuve a punto de poner una denuncia por persona desaparecida. ¿Te das cuenta de cuántas llamadas y mensajes te he dejado?

—Lo siento de verdad. No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado.

—¿Cuánto tiempo? ¡Han sido muchas horas! Nunca te he visto desconectado así. ¿Te ha pasado algo? Lo de dejarnos tirados a todos en la fiesta fue bastante raro.

—No, no me ha pasado nada malo. Solo necesitaba un poco de tiempo para mí mismo.

—¿Tiempo para ti mismo? ¿Y eso por qué? —me dijo con incredulidad.

—No sé, Adam. Solo necesitaba despejarme, alejarme un poco del ruido y disfrutar un poco de las cosas más sencillas, de lo verdaderamente importante.

—¿Ruido? ¿Estás bien, Connor? ¿Algo está pasando que no me estás contando?

Estaba en lo cierto, había pasado algo maravilloso y tenía nombre de mujer, pero no quería precipitarme y contarle demasiado a Adam, quería de verdad despejarme y no escuchar a nadie salvo a mí mismo y disfrutar de un poco de privacidad para dejarme sentir por una vez y no refugiarme en el trabajo o los amigos. Solo ser yo, y Aimie, y descubrir qué era eso tan magnifico que nos había pasado.

—No, no es nada grave, es más bien todo lo contrario.

—¿Y no quieres contármelo? Te noto raro, no sé, diferente.

—Si mi estado de felicidad te parece raro, igual debería seguir reflexionando sobre cuál es el estado normal que todo el mundo conoce de mí. ¿Sabes que los perritos calientes callejeros son una comida deliciosa y a muy buen precio?

—¿Quién eres y qué narices has hecho con mi amigo?

Solté una carcajada que debió hacerlo apartar el móvil de su oreja.

—No, en serio, Adam, todo va bien. Es solo que he tenido un día increíble.

—¿Un día increíble? ¿Qué has estado haciendo? —me preguntó incrédulo.

—De todo un poco.

—Connor, ¿me estás tomando el pelo? Quieres soltar de una vez qué narices te pasa, ¿o me vas a obligar a ir a tu casa para sacártelo con sacacorchos?

Suspiré, era absurdo seguir negándole a Adam la verdad, al fin y al cabo, la noche de la fiesta parecía demasiado interesado en mi vida amorosa como para organizarme una dichosa cita a ciegas.

—Está bien, me crucé con una mujer increíble en el ascensor y... compartimos una copa de vino, bailamos en plena calle... ya sabes, el típico martes por la noche.

—¿Estás bromeando, verdad? ¿Desde cuándo te has convertido en un romántico empedernido?

Adam y yo nos cruzamos en la universidad, en esos días en los que sueñas con cambiar el mundo y forjar tu propio destino. Él era la personificación de la extroversión y el carisma, mientras que yo era más reservado y me sumergía en los detalles. A pesar de nuestras diferencias, encontramos una conexión única que se fortaleció con el tiempo.

—Resulta que puedo ser más que un empresario serio y formal al que sus amigos le organizan citas con mujeres interesadas en ser desposadas por tipos ricos. ¿Por qué esa mujer que me querías presentar es mejor que la que he conocido yo? Estoy disfrutando de ser un ser humano normal por una vez.

—Estoy alucinando. ¿Connor, el hombre de negocios, dejándose llevar y con una mujer misteriosa en medio de la calle?

—¡Exacto! Dejé de ser un hombre de negocios regio por unas horas y me convertí en un hombre cualquiera. Y te diré algo, ha sido genial.

—Y yo aquí pensando que te habían secuestrado o algo así. Pero hablando en serio, ¿qué pasó realmente y quién es esa chica?

—Fue algo inesperado y poco convencional, pero estoy feliz de haberlo hecho. Me di cuenta de que a veces es bueno salir de la rutina y dejarse llevar.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Seguir disfrutando de la vida, amigo mío. Quién sabe, tal vez me convierta en un amante de la comida callejera y de los encuentros fortuitos.

—¡Nunca pensé que te escucharía decir eso! Pero ¿y la mujer misteriosa cómo se llama?

—Quiero que al menos para ti, eso siga siendo un misterio. Te conozco, y eres capaz de pedir una ficha policial para darme el visto bueno. Pero hoy, por primera vez en mucho tiempo, me siento feliz de dejarme llevar y ser solo Connor, el tipo que disfruta de los pequeños placeres de la vida y con eso debería bastarte.

—Me fastidia que no confíes en mí, pero me alegra escuchar eso, Connor. ¿Quién iba a decir que te vería tan feliz por una cita casual?

—La vida está llena de sorpresas, amigo mío. ¡Nunca subestimes a Connor el Aventurero!

—Me encantaba como sonaba ese gracioso apelativo con el que me había bautizado Aimie.

En realidad, me encantaba todo lo que tuviera que ver con ella.

—Bueno, asegúrate de no desaparecer así de nuevo. Pensé que te había tragado la ciudad o algo así.

—No te preocupes, amigo. No voy a desaparecer sin avisar de nuevo.

—Menos mal. Necesito que estés al 100%, especialmente con los proyectos que se avecinan

después de las vacaciones.

Después de graduarnos, la idea de crear algo juntos nos seguía persiguiendo. Compartíamos sueños similares, y esa conexión se tradujo en la decisión de abrir nuestra propia empresa. La combinación de mi perspicacia en los negocios y la habilidad de Adam para conectar con la gente hizo que nuestra firma se destacara en la ciudad.

—Lo sé, Adam. Gracias por estar ahí y preocuparte tanto.

Adam era más que un socio; era un hermano. Tras la pérdida de mis padres, él se convirtió en la única familia que me quedaba en la ciudad. Su amistad era mi ancla, un apoyo en momentos difíciles y un compañero de aventuras en el mundo empresarial que habíamos decidido explorar juntos.

—De nada, Connor. Pero la próxima vez, por favor, contesta el teléfono antes de que me dé un ataque de nervios.

—Lo prometo, Adam. Nos vemos pronto. Disfruta de los tuyos y de Anna en Vermont, quíerela mucho.

21

AIMIE

Me había propuesto que la venganza sería mía, y no había tiempo que perder.

Programé la alarma del móvil temprano, antes de la hora acordada para nuestra próxima cita porque quería tomar la delantera esta vez y sorprenderlo en su propio territorio.

La mañana llegó con la oscuridad aún abrazando la ciudad. Me vestí rápidamente con la determinación de quien tiene una misión entre manos. Quería devolverle la sorpresa que él me había dado el día anterior.

Había llegado el momento de invertir los roles y hacer justicia.

Subí al ático de Connor con sigilo, como una ladrona en busca de su tesoro. Mi corazón latía con emoción y anticipación. Quería ver la expresión en su rostro cuando me descubriera allí y pillarlo en pijama.

Recordaba claramente cómo me había visto la mañana anterior: somnolienta, despeinada y con mi viejo pijama de ovejitas lleno de bolitas. Ahora, era mi turno de tomar la iniciativa y devolverle la imagen sorpresa que tanto me había impactado...

Cuando Connor abrió la puerta tras varios timbrazos insistentes, la que realmente quedó impactada fui yo.

Ya había visto a Connor desnudo en todo su esplendor, nuestra relación se había establecido con unas reglas poco aceptadas socialmente, bueno, según para quien, pues nadie está exento de echar un polvete esporádico con alguien que has conocido en un local...

Frente a mí, el hombre más guapo con el que una servidora se había cruzado en la vida, pues Matt tenía una belleza más serena, desprovisto de camiseta, con todo su pechamen fortalecido a base de dominadas en el gimnasio, despeinado, con los músculos de la cara relajados y vestido con un pantalón de pijama negro de una tela parecida al raso, pero sin brillo, mostrando una erección matutina espontánea.

Ni que decir, que la mandíbula casi me roza el suelo por el impacto de semejante imagen lujuriosa y que mi plan de dejarlo en ridículo, se tornó maliciosamente hacia mí. Karma creo que lo llaman.

Yo, que estaba tratando de recuperarme de la impactante imagen, decidí intentar mantener un tono gracioso para aligerar la situación.

—Buenos días, Connor. Me pregunto si tus bíceps son capaces de levantar más de lo que pesa ese pantalón de pijama negro, no parece muy pesado.

—Creo que eso lo mantendré en secreto, no vaya a ser que me retes a hacerlo y acabe tirado en el suelo. ¿No habíamos quedado a las diez? —me preguntó ladeando la cabeza. Dios que atractivo era, incluso, de aquel modo tan humano.

—Sí, pero lo justo es que sea yo hoy la que te vea en tu estado más vulnerable y hacerte pasar vergüenza. Aunque, hablando de vergüenza, ¿cómo te va con esa erección matutina? ¿Te está molestando? —dije, intentando humillarlo un poquito.

—La verdad es que es un poco incómodo caminar así. Espero que desaparezca pronto. ¿Piensas quedarte en el rellano o vas a entrar de una vez? —me dijo frotándose los ojos.

Sonreí, sintiendo que mi plan de dejar en ridículo a Connor se había vuelto en mi contra y, pensando, que esa erección se podría aprovechar muy bien esa mañana, pero me contuve de decírselo, pues la noche anterior ya había dejado claro que no tenía intenciones de volver a acostarse conmigo sin que fuera especial.

—Voy a entrar porque sigues apuntándome con eso, me siento coaccionada a hacerlo —comenté echando un vistazo rápido a su entrepierna y poniendo los ojos en blanco.

Connor se hizo a un lado para dejarme entrar y cerró la puerta.

—Venga, Aimie, dime la verdad, te morías de ganas de volver a verme —dijo parafraseándome.

—La verdad, Connor, es que quería disfrutar del amanecer desde tu ático. Eres el vecino más privilegiado.

—Me temo que eso no es cierto, la más privilegiada eres tú porque no suelo dejar que nadie entre en mi casa a menos que me caiga muy bien —comentó, pasándose una mano por el pelo alborotado.

¿He comentado ya que Connor era guapísimo, altísimo, preciosísimo y todo lo *ísimo* del mundo que tuviera que ver con el atractivo de un ser humano?

—¿Y dentro de ese privilegio está el desayuno incluido? —pregunté algo coqueta.

—Se puede negociar.

—Te recuerdo que trato con muchos turoperadores cada día y soy muy buena negociando. ¿Qué voy a tener que darte a cambio? —mi mente llena de expectativas.

—¿Un beso de buenos días te parece justo?

Mis hormonas empezaron a dar saltitos y solo pude asentir.

Con emoción en mi corazón y un latido acelerado en mi pecho, lo observé acercarse hacia a mí.

Era simplemente perfecto, su cabello despeinado, su mandíbula enérgica y sus ojos que brillaban como dos estrellas en un cielo oscuro. Me encontré abrazándolo con fuerza mientras cerraba los ojos, preparándome para el momento en que sus labios tocaran los míos.

Y entonces, sucedió.

Connor depositó sus labios suavemente sobre los míos y mi corazón comenzó a latir más rápido. Sentí como las mariposas revoloteaban en mi estómago mientras correspondía al beso, disfrutando de cada segundo. Era el beso más dulce y tierno que había experimentado en mi vida. Sus labios se movían suavemente sobre los míos, como si estuvieran bailando al ritmo de una melodía.

Mientras nos besábamos, sentí como una llama comenzaba a arder dentro de mí. Era como si la electricidad recorriera mi cuerpo, despertando cada célula y haciéndome sentir viva. Me dejé llevar por el momento, olvidando todo lo demás a mi alrededor, solo existíamos él y yo.

Después de un rato, nos separamos para tomar aire. Me miró a los ojos con ternura y me sonrió antes de volver a besarme. Mi corazón estaba lleno de emoción y felicidad, deseando que aquel momento nunca terminara.

Finalmente, nos separamos, nuestros labios aún rozándose suavemente. Me quedé sin aliento y lo abracé de nuevo con fuerza, sin querer dejarlo ir. Lo había encontrado, mi dios griego del siglo XXI, y mis días ahora estaban llenos de aventura y emoción.

—Mi parte del trato ya está hecha, ahora quiero verte cocinar algo con esas pintas y que calmes el hambre que tengo —dije, disimulando el temblor de piernas que tenía.

—¿Huevos revueltos, *bacon*, café y tostadas?

—¿Sabes hacer todo eso? Pensaba que eras uno de esos tipos que encarga cualquier comida al servicio.

—No tengo servicio y, también se hacer alguna receta básica de pasta. ¿Quieres café fuerte o suave?

—Un toque intermedio, por favor. No me gusta que parezca agua, pero tampoco que me despierte con un golpe.

—En ese caso, prepárate para un festín matutino digno de un chef profesional.

Connor se desenvolvía en la cocina con una habilidad sorprendente, lo que no era una sorpresa considerando su desenvoltura en otros aspectos. Preparó un desayuno clásico, huevos revueltos perfectamente cocidos, *bacon* en su punto y tostadas doradas, demostrando su destreza culinaria.

—¿Qué tienes planeado para hoy? —pregunté agradecida por el desayuno.

La luz del día se colaba por los grandes ventanales del ático de Connor, pintando los espacios con tonalidades doradas y suaves. El brillo matutino creaba un aura especial en la habitación, realzando la elegancia de la decoración y añadiendo un toque de magia a la escena, como si todo estuviera impregnado por un encanto único y relajante.

—Pensé que un poco de patinaje sobre hielo sería divertido. Es un clásico navideño aquí en Nueva York, ¿no crees? —respondió Connor con una sonrisa.

—Quizá romperme un par de huesos, ¿qué te parece? —bromeé, tratando de mantener el tono ligero y risueño.

—¡Pues sí! Sería emocionante ver cómo te deslizas torpemente por el hielo. Puedes unirme a mí o puedes ver el espectáculo desde la barrera —contestó con una risa, intentando añadir un toque juguetón a la conversación.

—Tal vez prefiera la opción segura y observar tu espectáculo desde la barrera. Romperme la crisma no está exactamente en mi lista de cosas divertidas —respondí, riendo suavemente.

—Eso le daría un giro inesperado al día. Pero en serio, me encantaría que te unieras. No prometo no reírme si haces alguna pirueta graciosa, pero seguro que será divertido. Además, si nos cansamos del hielo, siempre podemos buscar un lugar acogedor para calentarnos con algo delicioso.

—Suená tentador.

—Puedo ofrecerte mi hombro como apoyo, en caso de que las piruetas se vuelvan un tanto traicioneras —propuso Connor, guiñándome un ojo con complicidad.

—Está bien, me has convencido. Acepto el desafío. Pero ten presente que no soy una patinadora profesional —admití, devolviéndole la sonrisa.

—¡Eso es lo que hace que sea divertido! Será una experiencia para recordar —aseguró Connor, mostrando una entusiasmada disposición.

Con el plan del patinaje sobre hielo acordado, nos dispusimos a disfrutar de un día que

prometía risas y momentos especiales.

La luz dorada del ático de Connor parecía anticipar la magia que nos esperaba fuera.

CONNOR

La pista de patinaje en el corazón de Nueva York se extendía como un lienzo de hielo interminable, rodeado por el bullicio y la emoción de la ciudad.

El lugar, por su magnitud, parecía absorber la luz del sol, transformándola en una atmósfera de brillo y destellos sobre el hielo. La música navideña resonaba por los altavoces, fundiéndose con el sonido de las risas y los patines deslizándose sobre la superficie congelada.

Me sentí transportado a mi infancia al ver la pista tan concurrida y viva. Recordé vívidamente cómo solía ir con mis padres, agarrado a sus manos mientras dábamos vueltas en esa misma pista. Aquellos momentos estaban cargados de risas, de mi madre animándolos a patinar más rápido y mi padre tratando de mantener el equilibrio.

El aroma a castañas asadas y a chocolate caliente flotaba en el aire, añadiendo un toque acogedor y festivo.

El hielo era testigo de una coreografía improvisada, con patinadores de todas las edades y habilidades deslizándose con gracia o con risas descontroladas.

Me sentí lleno de nostalgia al recordar esos momentos de inocencia y alegría pura. Reviviendo esa experiencia, aunque con un sabor diferente, estaba igualmente emocionado.

Aime debió notar mi momento de ensoñación.

—¿Va todo bien?

—Sí, lo siento, solo estaba recordando esos momentos mágicos de mi infancia, cuando solía patinar aquí con mis padres. Echo de menos la risa, las caídas y la calidez de esos momentos compartidos. Pero bueno, hoy estoy aquí contigo, creando nuevos recuerdos, supongo que he postergado mucho tiempo hacer este tipo de cosas.

—Lo entiendo, pero tienes suerte de recordar a tus padres de esa manera. Mi familia siempre ha sido algo disfuncional, ya te he hablado de ellos, y no teníamos ese tipo de tradiciones.

—Entonces, supongo que esta navidad inesperada es para ambos una especie de terapia — señalé, con la esperanza de que estos momentos nos ayudaran a ambos a encontrar algo de paz y calidez en medio de nuestras experiencias familiares.

Aime asintió comprensiva.

La magia de la pista y la complicidad que estábamos formando en aquel momento hicieron que todo en mi pasado se desvaneciera, dejándome completamente inmerso en el presente.

Su gorro de lana, en tonos suaves resaltaban sus ojos color verdes, añadiendo un toque encantador al look invernal de Aime. Vestía una chaqueta acolchada que le proporcionaba ese aire acogedor, combinada con unos pantalones ajustados que realzaban su figura. Los guantes, a juego con el gorro, completaban el conjunto, proporcionándole ese toque adicional de estilo.

Al verla, no pude evitar pensar en lo afortunado que era de compartir este día con alguien tan especial. Aimie irradiaba una belleza natural con la luz del día reflejándose en su rostro, resaltando su sonrisa mientras se ajustaba los patines, lista para deslizarse con gracia por la pista.

—Te ves increíble —le dije, con una sonrisa genuina mientras la admiraba.

Estar con Aimie transformaba mi mundo de una manera que nunca había imaginado. Lo que solía ser un enfoque abrumadoramente centrado en negocios y responsabilidades ahora se desdibujaba con cada risa, cada mirada, cada momento compartido. Mi mundo, antes cuadrículado y rutinario, cobraba vida en su presencia.

Ella traía consigo un espíritu aventurero que me invitaba a escapar de mis propias limitaciones autoimpuestas. Cada momento a su lado me llevaba a reflexionar no solo sobre mí mismo, sino sobre nosotros como un todo. Me encontraba pensando en cómo cada uno de nuestros mundos podía encajar, en cómo nuestras vidas podrían entrelazarse para crear algo nuevo y emocionante.

Con ella, las conversaciones rutinarias daban paso a diálogos llenos de chispa y descubrimientos. Me sentía desafiado a pensar fuera de lo común, a explorar áreas de mi vida que nunca había considerado relevantes antes de conocerla. Aimie no solo aportaba un cambio a mi vida, sino que me motivaba a ser una versión más auténtica y abierta de mí mismo.

—Tú tampoco estás nada mal —Ella rio, agradecida, y juntos nos dirigimos hacia la pista de patinaje, dispuestos a disfrutar de este día inolvidable.

Aimie se deslizó con cautela sobre el hielo, sintiendo la familiar sensación bajo sus patines. El frío penetraba en sus mejillas, pero su corazón estaba cálido por la emoción del momento. Miró a su alrededor, observando a la gente compartir risas, abrazos y caídas, creando una atmósfera de diversión y camaradería. El viento fresco de invierno jugaba con los copos de nieve que caían, añadiendo magia a la escena.

—No me sueltes Connor.

—No lo haré, confía en mí.

Las palabras que le dije a Aimie no solo eran un gesto para asegurarle en el hielo, eran una declaración silenciosa de lo que empezaba a sentir por ella.

Mientras patinábamos juntos, el mundo parecía ralentizarse.

Las risas y los tropiezos de la gente a nuestro alrededor eran el telón de fondo de un momento que se volvía más especial con cada instante que pasaba.

Era extraño, pero a la vez, tan natural.

Sentir ese deseo de mantenerla cerca, de protegerla en todos los sentidos posibles. Era la consciencia repentina de que no quería soltarla de ninguna manera, ni física ni emocionalmente. Con cada giro en la pista, cada risa compartida, más claro se volvía.

La luz del invierno filtrándose entre los edificios, el sonido del hielo bajo los patines y su cercanía creaban un conjunto de sensaciones únicas. Por un momento, todo lo demás parecía desvanecerse, dejando solo la conexión que estaba creciendo entre nosotros. No era solo una cuestión de patinar, era una metáfora en movimiento, una metáfora de lo que sentía al estar con ella.

Y entonces, en medio de esa atmósfera mágica, me di cuenta de que aquella inesperada Navidad me estaba regalando mucho más de lo que había imaginado.

23

AIMIE

Lo que sentí en aquel momento fue una mezcla embriagadora de emociones encontradas. Por un lado, la sensación de deslizarme sobre el hielo me provocaba cierto vértigo, mi torpeza no podía pasar desapercibida.

A pesar de mis intentos por mantener el equilibrio, mis movimientos eran erráticos, pero su mano firme en mi cintura me daba una extraña seguridad.

La risa brotaba sin control, entre el nerviosismo y la emoción. Sentirme sobre los patines era como volver a ser una niña, con la libertad de tropezar y levantarme sin importar lo que sucediera. Y allí estaba él, Connor, con su agarre firme, transmitiéndome confianza en cada movimiento, su cercanía se volvía reconfortante, como si fuera mi ancla en aquel océano de hielo incierto.

No podía evitar sentirme agradecida por su presencia, por ese contacto que, en medio de la diversión y el caos del patinaje, resultaba reconfortante. Cada momento parecía una oportunidad para reír juntos, para compartir caídas y, sobre todo, para sentir la cercanía que se iba construyendo con cada instante que pasaba.

Aquel torpe patinaje se convertía en un escenario de risas compartidas, en complicidad entre dos personas que, aunque quizá tambaleantes en el hielo, se sentían más fuertes juntas. Y, en el fondo, estaba agradecida por esa extraña pero emocionante sensación de estar cayendo y saber que él estaría allí para sostenerme.

¿Era posible querer tan pronto a ese hombre?

No hay un reloj que marque el momento exacto en el que el corazón decide abrirse a alguien. Siempre creí firmemente en eso. El amor, el cariño, no respetan horarios ni calendarios, simplemente se instalan y florecen de manera propia e inesperada en el corazón. Es como un paisaje que cambia lentamente con el tiempo, transformándose en algo profundo y significativo sin pedir permiso.

Esta noción ha sido mi brújula en asuntos del corazón, una guía que me ha llevado a comprender que no hay una cronología preestablecida para sentir afecto por alguien. Puede suceder de repente, en el fragor de una situación, o de manera gradual, mientras se exploran los recovecos del alma de otra persona.

Quizá esa es la belleza del amor, su imprevisibilidad, su capacidad de sorprendernos y desafiar nuestras expectativas. Nos enseña que no hay un manual de instrucciones que dicte cuándo se debe sentir o expresar ese sentimiento tan humano. Es libre, se revela por sí mismo, a su propio ritmo, creando su propio espacio en nuestras vidas.

—Me gusta que seas un hombre de palabra —le dije acariciando su mano férrea en mi

costado.

—No te he demostrado lo contrario todo este tiempo.

—He de confesar que mi venganza de esta mañana se ha vuelto en mi contra, cuando has abierto la puerta de esa manera casi me quedo sin mandíbula.

—Lo he notado, y me encanta tener ese efecto sobre ti.

—Causarías ese efecto en cualquiera y aún no me creo que es lo que has podido ver en mí — dije con inseguridad.

—He visto en ti lo que nadie más ha visto. He visto tu fuerza, tu valentía, tu bondad, tu pasión. He visto tu alma, y me encanta.

—Eres un poeta, y un mentiroso. No soy nada de eso, soy una persona normal, con defectos y virtudes.

—No eres normal, eres especial. Y no eres perfecta, pero eres perfecta para mí. No me importan tus defectos, me importas tú. Me gustas tal como eres, con todo lo que eres.

—No sé qué decir, me has dejado sin palabras. Nadie jamás me ha dicho algo tan bonito — contesté con un nudo en la garganta.

Me quedé sin habla, con las palabras de Connor resonando en mi mente como una suave melodía.

—Ya te dije que ese tal Matt no te merecía y que haría que volvieras a creer en esta época.

—Y lo has conseguido. Me has hecho sentir cosas que no creía posibles. Me has hecho feliz, muy feliz.

No era solo lo que decía, sino la manera cómo lo expresaba, con sinceridad y calidez que parecían iluminar la pista de patinaje. En ese momento, me sentí como si estuviera flotando en un sueño encantado, donde las palabras dulces y los gestos afectuosos eran la norma.

El nudo en mi garganta era una mezcla de gratitud, sorpresa y una extraña sensación de alegría. Nunca antes alguien se había tomado el tiempo de decirme algo tan hermoso, de elevar mi espíritu de esa manera. La figura de Matt y sus desencuentros parecían desvanecerse, reemplazados por la genuina conexión que estaba construyendo con Connor.

—No sé cómo agradecerte todo esto, Connor. Me has demostrado que hay excepciones, que esta época puede ser mágica de verdad —le confesé, tratando de expresar lo que sentía.

—No necesitas agradecerme nada, Aimie. Solo quiero que disfrutes de este momento y que sepas que mereces algo hermoso en tu vida. Todos merecemos eso, ¿no crees?

Asentí conmovida, dejando que sus palabras se hundieran más profundamente en mi corazón. En ese instante, la pista de patinaje se convirtió en un escenario mágico donde la conexión entre nosotros florecía, y la idea de que esta Navidad pudiera ser diferente empezaba a arraigarse en mi corazón.

CONNOR

Después de nuestro divertido y, a veces, tambaleante, paseo sobre el hielo, Aimie y yo decidimos entrar en una acogedora cafetería que rezumaba espíritu navideño en cada rincón, para recuperar fuerzas. La decoración era un festín para los ojos: luces centelleantes colgando de vigas rústicas, guirnaldas de acebo y piñas, y una chimenea artificial que desprendía un calor reconfortante. El ambiente era como si hubiéramos sido transportados a una cabaña de cuento de hadas, envuelta en el encanto de la temporada festiva.

Aimie y yo nos sentamos en una mesa junto a la ventana, la cual estaba adornada con pequeñas estrellas que parecían estar suspendidas en el cristal empañado. Mientras afuera caía la nieve suavemente, adentro, el aroma a chocolate caliente y menta envolvía la atmósfera. Pedimos un par de tazas y, al tomar el primer sorbo, sentí cómo el líquido caliente y aromático recorría mi garganta, inundándome con un sabor navideño.

Observé a Aimie con una sonrisa en mi rostro, el vapor del chocolate rozaba su nariz en un efecto tan adorable que no pude evitar reír. Había algo mágico en ese momento, algo que no podía describir pero que llenaba mi corazón de una cálida satisfacción. Estar allí, en ese momento, compartiendo esta experiencia después de patinar, era como sumergirse en la escena más idílica de una película navideña.

—El día está siendo simplemente perfecto, ¿no crees? —comenté con una sonrisa radiante mientras sostenía mi taza de chocolate caliente.

—¿Has visto qué manera de patinar tengo? ¡Soy un desastre total! Pero sí, tienes razón, este día es increíble —respondió ella, riendo mientras se acomodaba en su asiento, disfrutando del ambiente acogedor de la cafetería.

—Me alegra que lo estés disfrutando. Ha sido un día lleno de momentos especiales —respondí, tomando un sorbo de mi chocolate.

—Hemos patinado sobre hielo en la pista más famosa de Nueva York, nos hemos reído como niños, y ahora estamos aquí, en este rincón mágico de la ciudad, tomando chocolate con menta. Es como si estuviéramos dentro de una película navideña, ¿no te parece? Ni siquiera Matt McConaughey podría superar esto en una comedia romántica.

—Totalmente de acuerdo. Si alguien hubiera escrito este guion, merecería un premio. Pero, sinceramente, creo que estamos escribiendo nuestra propia historia aquí, algo único y especial.

—Haces que esta Navidad sea inolvidable para mí. No puedo recordar la última vez que me sentí tan feliz.

—Eso es lo que quiero, Aimie. Quiero que esta Navidad sea especial para ambos. Nos lo merecemos.

—¿Te das cuenta de que somos como dos personajes principales de un cuento de hadas moderno? En lugar de carrozas y castillos, tenemos rascacielos y una pista de patinaje en el Rockefeller Center. La magia está en los pequeños detalles.

—¿Quién necesita un cuento de hadas clásico cuando puedes tener una historia única como la nuestra? —comenté con total sinceridad.

Hacía tanto tiempo que no me permitía ser yo mismo con alguien, que la forma sencilla de haber conocido a Aimie no podía compararse con ninguna otra historia de ficción porque para mí había sido única.

—Creo que me estoy enamorando de esta ciudad de nuevo —confesó, sintiendo cómo sus mejillas se coloreaban de rojo.

—Nueva York tiene ese efecto en las personas.

—Creo que eres tú el que tiene ese efecto en mí. ¿Te das cuenta de lo loco que es todo esto? Hace apenas unos días éramos dos desconocidos con historias de vida completamente diferentes, y ahora estamos aquí diciéndonos todas estas cosas...Es como si el universo hubiera conspirado a nuestro favor.

—Creo que solo nos hemos permitido vivir el presente. Porque, sinceramente, no hay otro lugar en el que preferiría estar en este momento.

Hacía tanto tiempo que me encontraba envuelto en un mundo en el que la autenticidad no tenía cabida.

Los días pasaban con una coreografía establecida: sonrisas forzadas, apretones de manos y conversaciones superficiales que no reflejaban en absoluto lo que realmente sentía. Me había convertido en una figura de acero, un hombre de negocios cuyo éxito se medía por la cantidad de mentiras sutiles que podía contar a lo largo del día. Y entonces, Aimie entró en mi vida.

La sencillez de nuestro encuentro, la forma en que nuestras vidas chocaron en un giro inesperado, fue un respiro en medio de la tormenta de falsedad que me rodeaba. No había más máscaras, no había necesidad de interpretar un papel. Con ella, me sentí libre, como si finalmente pudiera soltarme y ser yo mismo sin temor a juicios o expectativas.

Cada momento con ella era genuino, cada sonrisa brotaba desde lo más profundo de mi ser. Su presencia desarmaba las barreras que había construido meticulosamente a mi alrededor, revelando capas de emociones que creía olvidadas en el fondo de mi ser.

No era solo la alegría que sentía al estar con ella, sino la forma en que cada gesto, cada mirada, me permitía reconectar con partes de mí mismo que había relegado al olvido. Era como si Aimie trajera consigo un recordatorio de lo que era ser auténtico, de lo que era sentir, reír y amar sin reservas ni limitaciones.

Nuestra historia no era un guion de película, era real y emocionante en su propia simplicidad. La coincidencia de nuestros caminos, era como un regalo del destino que no podía haber imaginado ni en mis sueños más atrevidos.

Con ella, la rigidez de mi mundo de negocios se desvanecía, dejando espacio para la espontaneidad, la calidez y la autenticidad que había enterrado bajo capas de formalidad.

Aimie se convirtió en la excepción, en el lugar donde podía ser simplemente Connor, sin disfraces ni fachadas, solo yo, sin miedo al juicio o la decepción.

25

AIMIE

—Creo que solo nos hemos permitido vivir el presente. Porque, sinceramente, no hay otro lugar en el que preferiría estar en este momento —me dijo acercando su nariz a la humeante taza.

Al observar a Connor en ese momento, su gesto tan humano y auténtico, sentí una conexión más profunda con él de lo que las palabras podrían expresar. Desde aquella noche en mi casa en la que me ayudó a adornar el árbol y a salvarlo del abandono más absoluto, lo había visto como un hombre de negocios, un ser aparentemente inquebrantable con una presencia fuerte y atractiva. Pero aquí, compartiendo ese momento íntimo en una cafetería con encanto, experimenté una visión completamente nueva de él.

La vaporosa taza de chocolate con menta entre sus manos, sus ojos brillando con una chispa de complicidad mientras compartíamos un rincón acogedor en medio de la decoración navideña, me recordaba que, detrás de la fachada de éxito y seguridad, había un hombre real. Era fuerte, sí, pero también era humano, con emociones y deseos, y esa vulnerabilidad momentánea era una joya rara y hermosa.

Su expresión al saborear la bebida caliente reflejaba un deleite puro, como si cada sorbo encerrara un pedacito de felicidad.

En ese momento, pude ver más allá de la fachada que él mismo se imponía. No era solo el chocolate caliente lo que calentaba su alma, era la complicidad compartida, la sensación de estar presentes el uno para el otro, viviendo el presente.

Su gesto me hizo sonreír internamente.

—El otro día, cuando me pillaste con el árbol saliendo del ascensor, en realidad debía estar en otra parte —le confesé en un arranque de sinceridad.

—¿En la cárcel de los Grinchs? —dijo con una sonrisa.

Su comentario me hizo reír, aliviando cualquier atisbo de tensión que pudiera haber surgido por mi confesión.

—No, en una fiesta, conociendo a un tipo que según Claire iba a ser perfecto para mí —respondí, dejando que el tono de mi voz reflejara el escepticismo que sentía ante las recomendaciones de mi amiga.

Connor asintió con complicidad, como si entendiera la ironía de la situación.

—¿Es un intento de ponerme celoso? —preguntó con un brillo travieso en los ojos.

—Claire tiene una manera única de elegir candidatos, y este en particular era como un catálogo de citas andante —comenté, encogiéndome de hombros con una sonrisa.

—Y ese tipo, ¿cómo se llama? Quizá lo conozca, conozco a mucha gente en la ciudad.

—Lo dices como si fueras un mafioso, pero lamento decirte que Claire no quiso decirme su

nombre para darle un poco de misterio al asunto, y que no buscara ningún tipo de información sobre él previa al encuentro que me hiciera echarme atrás con la cita. Aunque, de todos modos, no pensaba acudir, tenía cosas más importantes en las que pensar.

—Me decepciona que no dejaras a ese tipo tirado por mí —comentó con un gesto dramático cargado de ironía.

—Tuviste algo que ver, y entiendo que yo también influí para que dejaras tirados a los de tu empresa esa noche —comenté, esperanzada de que así fuera.

—En realidad, Adam, mi socio y amigo, también me había organizado un encuentro con una mujer desconocida. Ni siquiera recuerdo el nombre de la clienta que conocía a esa mujer que, según él, también era perfecta para mí. Encontrarte en el ascensor fue toda una revelación para librarme de esa cita a ciegas.

—Vaya, nuestros amigos creen que somos unos ineptos para el amor —comenté algo aliviada, de que no solo era yo la que parecía tener a una amiga tan preocupada por mi vida sentimental.

—El mío ya está al corriente de que sé arreglármelas yo solito.

—¿Le has contado que conociste a una loca que odiaba la Navidad, y que acabaste en su piso desnudo haciendo el amor a una completa desconocida?

—Omití ciertos detalles —se encogió de hombros y chasqueó la lengua contra el paladar.

—Yo no le he contado nada a Claire, es demasiado protectora conmigo y se presentaría en tu piso para hacerte un escáner físico y mental completo. No quiero que nadie empañe este momento ni que tenga nada que ver en mis decisiones.

—Es una buena decisión, y te prometo que Adam no va a venir para hacerte un interrogatorio, está en Vermont con su mujer Anna y su familia.

—Claire está en la ciudad con Ron, su novio desde hace diez años, así que no descarto que venga de improviso a hacerme una intervención. Cree que no estoy en mis cabales después de la ruptura con Matt y se siente completamente responsable de mi recuperación.

—Bueno, es lo que querían nuestros amigos, ¿no? Que conociéramos a alguien perfecto para nosotros que nos alegraran un poco la vida, y en eso estamos. —Posó su mano sobre la mía en un gesto cálido de complicidad, que hizo que todas mis terminaciones nerviosas se pusieran en alerta.

—Es bastante curioso, sí. Aunque ella seguirá pensando que su candidato era mucho mejor, suele pensar que lo sabe todo.

—Supongo que ese es el rol de los amigos, que, como Adam, casi se consideran hermanos.

—Sí, podría decirse que Claire es la hermana mayor que nunca tuve.

—¿Y tú? —me preguntó.

—¿Yo qué?

Connor rio suavemente antes de responder, su mirada reflejando complicidad y diversión.

—Bueno, si ese chico es mejor candidato que yo, supongo que tendré que lidiar con la competencia. Pero ¿qué piensas tú?

Me tomé un momento para examinar su expresión y luego sonreí con picardía.

—Creo que las comparaciones son odiosas, y no hay ningún candidato en el mundo que pueda competir contigo, Connor. Además, ¿quién más podría soportar mis intentos fallidos de venganza con árboles de Navidad y todo el caos que he traído a tu vida?

Connor soltó una carcajada, sus ojos brillando con gratitud.

—Eso es cierto. Supongo que nos hemos metido en algunas situaciones bastante peculiares, ¿no?

Asentí con una risa suave.

—Definitivamente. Pero creo que es lo que hace que todo sea interesante. No cambiaría nada de lo que hemos vivido juntos.

Hubo un breve momento de mutismo cómodo entre nosotros antes de que Connor rompiera el silencio.

—Estoy de acuerdo. Cada momento, por extraño que sea, ha contribuido a esto tan único que estamos viviendo —dijo, levantándose de su asiento para acercarse a mi cara y darme un beso suave en los labios.

Su comentario y ese beso resonó en mi corazón, llenándome de un cálido sentimiento de anticipación. Estábamos escribiendo nuestra propia historia, una llena de risas, complicidad y, tal vez, algo más. La magia de la Navidad parecía impregnar cada uno de nuestros momentos juntos, creando una experiencia única y especial que estaba lejos de lo convencional y, sin embargo, perfectamente adecuada para nosotros.

Estaba tan excitada desde esa mañana, que mi libido habló por mí esa vez:

—¿Crees que el día ha sido lo bastante especial para que te pida que me hagas el amor otra vez?

26

CONNOR

No sé con exactitud cómo llegaron hasta nuestro edificio por las calles neoyorquinas al abrigo de su opulente decoración invernal. Lo recuerdo como una secuencia de destellos y emociones.

Las luces parpadeaban en las calles, reflejando destellos dorados sobre el pavimento cubierto de nieve. Entre risas, besos y conversaciones entrecortadas, la ciudad brillaba en su decoración invernal, sumiéndose en un aura de magia que nos envolvió mientras caminábamos juntos. Nueva York, en su esplendor navideño, era un escenario perfecto para un romance, y ahí estábamos, en medio de todo.

Entre risas y miradas que decían más de lo que nuestras palabras podían expresar, las calles se convirtieron en un eco de nuestra excitación. No recuerdo el momento exacto en que cogí su mano, pero su tacto me resultó cálido y reconfortante, una conexión tangible que se sumaba al aire gélido que se colaba entre nosotros. Era como si el mundo se desvaneciera, dejando solo su presencia y la mía en medio de la multitud.

Conforme avanzábamos, el bullicio de la ciudad se convertía en un trasfondo lejano, casi un eco en nuestra burbuja personal. Nos refugiábamos de vez en cuando en tiendas decoradas con luces titilantes y adornos festivos, compartiendo besos apasionados mientras contemplábamos los escaparates y las decoraciones navideñas. Cada detalle, cada destello, parecía destacar en nuestra memoria, añadiendo capas de encanto a esta experiencia inolvidable, y a las expectativas creadas para cuando nos encerráramos en unos de nuestros apartamentos para unirnos en una sola carne.

Recuerdo los destellos de los faros de los coches, reflejados en la nieve. A veces, nuestros pasos se ralentizaban, deteniéndonos para apreciar las vistas y disfrutar de la cercanía que se había vuelto tan natural entre nosotros. Y luego, de nuevo, caminábamos, con susurros de conversaciones, con risas y con esa sensación reconfortante de saber que estábamos ahí, juntos, viviendo un momento único.

Nuestra ruta parecía delinearse por sí sola, llevándonos de una esquina a otra, en la que la tensión se volvió palpable, cuando las miradas se tornaron más intensas y los abrazos y besos más prolongados. Solo sé que el tiempo se desvaneció, y en medio de esa nebulosa de momentos pasionales, nos encontramos frente a la puerta de nuestro edificio.

El ascensor pareció un santuario de tranquilidad en medio de ese torbellino de emociones. Entre miradas furtivas y un palpitar acelerado, nos adentramos en esa pequeña caja de metal que nos llevó a mi ático. El ascensor subió, parecía lento, pero en realidad, todo sucedía demasiado rápido. Las miradas se encontraban y se apartaban, se robaban besos y sonrisas, y en ese

microcosmos, todo parecía detenerse.

Cada paso, cada beso, cada momento cargado de excitación nos llevó hasta mi puerta con la sensación, la urgencia de nuestros latidos compartidos, la electricidad en el aire y el deseo ardiente de hacernos el amor mutuamente.

—Estoy tan caliente, que apenas he notado el frío de la calle durante todo el trayecto —me dijo, haciendo que mi entrepierna respondiera a ese estímulo tan excitante.

Me hubiera gustado postergar ese momento hasta la última cita tal y como le había dicho el día anterior, pero me era imposible aguantar hasta ese día porque Aimie me gustaba de un modo abrumador.

Había planeado que cada detalle se desarrollara lentamente, paso a paso, como en un cuento con un final magnífico. Quería guardar cada preludio sexual para cuando estuviéramos más seguros, cuando cada cita hubiera afianzado un lazo más fuerte entre nosotros. Pero había algo en Aimie, algo que desafiaba cada regla que yo mismo me imponía.

La atracción que sentía hacia ella era dolorosa, un torbellino de emociones que me envolvía y me sumergía en un mar de deseo y conexión. Cada momento que pasábamos juntos era un recordatorio constante de lo a gusto que me sentía a su lado. Había algo en su sonrisa, en la chispa en sus ojos cuando nos mirábamos que simplemente me resultaba irremediablemente cautivador.

Intentaba resistirme, intentaba recordar mis propias reglas autoimpuestas sobre cómo debería desarrollarse todo. Pero cada vez que estaba cerca de ella, esas reglas se desvanecían como nieve en las palmas de mis manos. Aimie ejercía un magnetismo sobre mí que desafiaba todo sentido de la prudencia y la reserva. Cada mirada, cada toque, despertaba una necesidad urgente de más.

Había imaginado una especie de danza lenta hacia el deseo, pero ya me encontraba bailando un vals apasionado.

Había algo en Aimie que rompía todas mis barreras, algo que me llevaba a querer más, en ese momento, en ese instante, porque simplemente no podía esperar más para demostrarle cuánto significaba para mí.

AIMIE

Lo recuerdo como si fuera ayer, el dilema interno que me atormentaba cada vez que estaba con él.

Sabía que cada instante con Connor significaba un paso más cerca del abismo emocional en el que no estaba segura de querer caer.

Había construido paredes después de mi última decepción, pero él, de alguna manera, lograba minar cada ladrillo con su presencia, con sus palabras y con cada gesto que me hacía sentir especial.

El miedo a abrirme a él y a sentir un dolor similar al pasado estaba presente en cada latido acelerado de mi corazón. Era como bailar al borde de un precipicio, sabiendo que una vez diera el paso, no habría vuelta atrás. Era consciente de que cada vez que nos acercábamos más, el vínculo entre nosotros se fortalecía exponencialmente.

La idea de entrelazar mi vida emocional con otra posible desilusión amorosa me asustaba sobremanera. Pero a pesar de todo, cada vez que estaba con él, la lógica y el sentido común se evaporaban. Había algo en su presencia, algo en la forma en que me miraba, algo en la calidez de sus abrazos que me atraía hacia él como si no hubiera otra opción posible. Me estaba lanzando a lo desconocido, sin frenos, como si estuviera destinada a hacerlo.

Él había resuelto mantenernos firmes, mantener una distancia segura, pues el sexo entre nosotros haría aumentar lo que sentíamos a la máxima potencia. Pero su cercanía y la intensidad de lo que sentía por él me hacían cuestionar cada barrera que había levantado.

Quería sentirlo del mismo modo que lo sentí aquel primer día, sin reservas, sin contemplaciones.

Era un juego peligroso, una apuesta con un premio tentador pero también con un riesgo angustioso.

No podía negar lo que él despertaba en mí, incluso si ello significaba arriesgarlo todo una vez más.

La estancia parecía contener todo el peso de nuestras expectativas, las preguntas no formuladas y la promesa de un nuevo capítulo entre nosotros. El silencio se volvió abrumador, pero al mismo tiempo, era elocuente en su significado. Cada mirada, cada gesto, llevaba consigo una narrativa propia, una historia de dos personas que se acercaban, sin palabras, hacia un destino incierto pero prometedor.

Fue un momento en el que el tiempo pareció detenerse, un instante suspendido en el que la atmósfera estaba cargada de anticipación y deseo. No hubo necesidad de hablar. El cierre de esa puerta marcó el comienzo de algo nuevo, algo que no podía ser expresado con palabras, solo

sentido con el corazón y el alma.

Se acercó a mí, pegando su torso duro contra el mío y se adueñó de mis labios una vez más. Cerré los ojos, palpando despacio todo su cuerpo con anticipación. Sabía qué cuerpo había debajo de todas esas capas de ropa. Escuché su gruñido y sentí la rozadura de su virilidad en mi bajo vientre, haciendo que la humedad comenzara a formarse entre mis piernas. Me apreté más contra él, llevando mis manos a su cuello para entrelazar mis dedos en su pelo.

La mano que Connor mantenía en mi cadera comenzó a ascender despacio, haciendo un recorrido erótico hasta mis pechos, haciéndome arder la piel ante su contacto. Cuando llevó su mano a mi cintura y me levantó sin esfuerzo, haciéndome aferrar a sus hombros, supe que estaba perdida mientras de esa forma me llevaba hasta su dormitorio. Me sentó sobre su cama dejándome a horcajadas sobre él, besándome con una intensidad que iba *in crescendo*. Ambos estábamos entregados al momento, mientras las luces destellaban en la calle. Era como si con su brillo intermitente, bailaran al compás de nuestros latidos en un universo aparte, una sinfonía de luces que convertían su habitación en un refugio de magia y encanto en medio de la ciudad que brillaba bajo la influencia de las festividades navideñas.

—Creo que deberíamos quitarnos la ropa si no queremos morir por combustión —dijo Connor, rompiendo el silencio y haciéndome reír.

Lo hicimos con la prisa del deseo, como si el tiempo jugara en nuestra contra y solo existiera aquel fugaz instante para perderse en el otro. Desvestirnos fue un ritual de urgencia contenida. Cada uno se liberó de las prendas pesadas de abrigo, sintiendo cómo el peso del invierno se desprendía de nuestros hombros al dejar caer la ropa al suelo, y corrimos de nuevo a dejarnos caer en la cama.

Gemí y me estremecí cuando su mano se deslizó al interior de mis muslos y comenzó a estimularme el clítoris. Volvió a besarme con más urgencia mientras sus dedos habilidosos seguían controlando el momento dándome placer, formando círculos perfectos y lentos sobre el núcleo de mi excitación, haciendo que mis caderas tomaran vida propia meciéndome sobre él.

—Qué húmeda estás, cariño —dijo, deslizando dos dedos con cadencia para luego penetrarme con ellos.

—No pares —murmuré, mientras seguía moviendo mis caderas haciendo un poco más de fricción en mi propio sexo, para llevarme al borde del clímax. Con la mano libre, hizo prisionero uno de mis pechos acariciando el pezón con el pulgar para luego llevárselo a la boca. Lo lamió haciendo que mi excitación aumentara, él penetrándome más rápido con sus dedos.

A los pocos segundos me corrí ahogando un grito, pero ni siquiera había terminado de liberar aquel maravilloso orgasmo, cuando sentí la lengua de Connor trabajando mi sexo de nuevo para luego embestirme con su erección. Nunca pensé que fuera posible sentir dos orgasmos seguidos hasta ese momento, pero me corrí otra vez mientras Connor salía y entraba dentro de mí entre gemidos rudos y masculinos. Gemí y arqueé la espalda y comencé a moverme al mismo tiempo que él para ayudarlo a alcanzar el clímax, llevando mis manos a sus glúteos. Lo sentía muy dentro de mí.

—Eres perfecta para mí —me dijo antes de vaciar todo el aire de sus pulmones y soltar el último jadeo que lo llevó al orgasmo.

CONNOR

Aimie se quedó a dormir en mi ático esa noche, marcando la primera vez que una mujer compartía la noche en ese espacio que había sido solo mío durante tanto tiempo.

Sorprendentemente, su presencia se sintió tan natural y reconfortante que en ningún momento me pareció extraño. Fue como si su existencia en ese lugar formara parte de una rutina que estaba destinada a suceder, como si ella fuera el complemento perfecto para mi casa, añadiendo más luz natural a un espacio que ya parecía estar lleno de ella.

A medida que nos acomodábamos para descansar, el ático adquiría una atmósfera acogedora y cálida. Las luces de la ciudad parpadeaban a través de las ventanas, creando un juego de sombras suaves en las paredes. Aimie y yo compartíamos risas y confidencias en la penumbra, dejando que la magia de la noche nos envolviera.

La sensación de tenerla a mi lado, compartiendo ese espacio íntimo, era tan natural como respirar. Su presencia no solo no invadió mi privacidad, sino que la enriqueció de alguna manera.

Mientras dormíamos, el silencio de la noche se mezclaba con la suave sinfonía de la ciudad que nunca descansa. Los destellos de las luces navideñas titilaban en la oscuridad, iluminando nuestro pequeño refugio con una calidez especial.

Al despertar a la mañana siguiente, la luz del sol se filtraba suavemente por las cortinas, bañando la habitación con una luminosidad que solo mejoraba la sensación de bienestar que mi vecina había traído consigo. Era como si su presencia hubiera infundido nueva vida a mi casa, elevándolo a un nivel de confort que ni siquiera yo sabía que necesitaba, era un espacio que ahora se sentía más completo con ella en él.

—Buenos días, Connor —me dijo Aimie con una sonrisa mientras se estiraba suavemente en la cama.

—Buenos días, Aimie —respondí, devolviéndole la sonrisa. —¿Cómo has dormido?

—Como un tronco. Este lugar tiene una magia que hace que el sueño sea aún más reparador —comentó, mirando alrededor con admiración.

—Me alegra que te sientas cómoda aquí. ¿Quieres desayunar algo? Puedo preparar algo ligero, ya sabes que no soy la clase de persona que quema las tostadas.

—Creo que de momento me sobra con un café.

—Claro, dame un momento, y te preparo una taza.

Le di un beso fugaz y me levanté de la cama para dirigirme a la cocina. Mientras preparaba el café, ella se acercó, envuelta en una manta, y se apoyó en el marco de la entrada.

—Este lugar es increíble, Connor. Realmente tienes un rincón mágico aquí arriba con unas vistas privilegiadas a la Gran Manzana.

—Es un espacio especial para mí, y ahora lo es aún más contigo aquí —comenté, entregándole una taza de café humeante.

—Gracias. No estoy acostumbrada a este nivel de atención por las mañanas —dijo, riendo suavemente mientras tomaba la taza.

—Bueno, es hora de cambiar eso. —Sonreí, disfrutando del momento y pensando como un simple gesto como servirle una taza de café le pudiera parecer extraordinario. Ese Matt debía ser un verdadero capullo.

Nos sentamos en un rincón acogedor con vistas a la terraza y al magnífico árbol de Navidad que tenía allí instalado, compartiendo el silencio cómodo mientras disfrutábamos del café y de la vista de la ciudad que despertaba lentamente ante nosotros.

—¿Nunca se le apagan las luces? A tu árbol, me refiero —me preguntó poco después.

Mis labios se curvaron en una sonrisa divertida antes de responder.

—Creo que es un asunto de orgullo navideño para el vecindario. Alguien decidió que tener las luces encendidas las 24 horas del día es una forma de mantener viva la alegría festiva para dar una lección a otra convecina.

Aimie soltó una risita.

—Definitivamente, ese alguien debe ser un verdadero fanático de la Navidad. Aunque debo admitir que ver las luces destellando durante toda la noche es... interesante.

—Interesante es una forma diplomática de describirlo. A veces pienso que está compitiendo con el Empire State —comenté, mirando con complicidad hacia el árbol que se erguía majestuoso en la terraza.

Aimie observó la vista mientras se acomodaba en su asiento.

—No me extraña que Nueva York sea tan mágica en esta época del año. Hay algo en todas estas luces, la energía de la ciudad, que te llena de ese espíritu.

—Definitivamente, es como si la ciudad se vistiera de gala para la temporada y todos los neoyorquinos estuvieran interpretando su papel en esta gran obra festiva.

Unos minutos de silencio se apoderaron del ático mientras continuábamos disfrutando de nuestros cafés y del ambiente festivo que se respiraba en el lugar. Las luces de la ciudad comenzaban a perder su brillo matutino, dejando ver un cielo azul que prometía un día despejado.

—Espero no haberte arruinado la velada con mi árbol de luces perpetuamente encendidas —bromeé, rompiendo el silencio.

Aimie rio suavemente.

—Para nada. En realidad, es encantador. Me gusta la idea de tener un trocito de esa magia navideña aquí arriba. Además, parece que le encanta a la ciudad.

—Entonces, tengo el visto bueno del vecindario y tendré que seguir contribuyendo a la estética festiva —respondí, guiñándole un ojo.

El ambiente entre nosotros seguía siendo ligero y relajado, como si la Navidad misma estuviera tejiendo su encanto a nuestro alrededor, uniendo nuestros momentos con un hilo de hechizo festivo.

—¿Y qué tenías previsto para hoy? Me prometiste cuatro citas y creo que quedan dos.

—Creo que acabo de cambiar de planes, primero iremos a comer a un sitio elegante, quiero que conozcas al Connor más suntuoso y creo que te encantará el restaurante.

—¿Y después? —preguntó curiosa ladeando la cabeza de un modo encantador.

—A ver un despliegue grotesco de energía.

—¿Más que la que gastamos anoche en tu habitación? —rio, inundando mi casa con su

gracia natural.

—No, cariño, la energía que desprendemos tú y yo, es la más genuina de todas.

29

AIMIE

Después de disfrutar de un delicioso café en casa de Connor, me levanté y le anuncié con una sonrisa:

—Bueno, creo que necesitaré la mañana para unas últimas compras navideñas.

Connor levantó una ceja con expresión juguetona.

—Eso suena interesante, la mujer que odiaba la Navidad convirtiéndose en una consumista más. ¿Ya tienes algo en mente o lo dejarás a la improvisación?

Me reí antes de responderle.

—Quizá un poco de ambas cosas. Tendrás que esperar para descubrirlo.

Connor se levantó también y se acercó, poniendo un brazo alrededor de mi cintura.

—Misteriosa, me gusta. Pero avísame si necesitas ayuda para cargar con todas esas bolsas de regalos. Y, por cierto, ¿crees que me merezco algo bonito este año?

—Hmm, lo pensaré. Pero solo si te portas bien —le respondí con complicidad.

Él rio y asintió con la cabeza.

—Entendido. Haré mi mejor esfuerzo.

Nos despedimos con un beso rápido, y mientras me dirigía hacia la puerta, Connor añadió:

—Voy a echarte de menos. ¿Te importa si nos encontramos directamente en el restaurante para almorzar? ¿Qué te parece The Grand Feast? Es un lugar increíble.

Sonreí ante su propuesta.

—Perfecto, nos vemos allí a la una. No llegues tarde, o empezaré a comer sin ti.

Connor se rio mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—No te preocupes, llegaré a tiempo. Nos vemos en The Grand Feast.

A veces, postergar cosas se convierte en olvidarlas por completo.

Me di cuenta de eso mientras caminaba por las concurridas calles de la Quinta avenida, rodeada por el bullicio navideño. Había dejado para última hora los regalos que debían estar listos y envueltos mucho antes de la Navidad.

Claire y Ron, mis amigos de siempre, merecían algo especial, algo que mostrara mi aprecio por su constante apoyo. Además, Bella, mi compañera de trabajo en la agencia de viajes, siempre tan amable y colaboradora, también merecía un detalle. Y luego estaba él, mi recién estrenado vecino, el hombre que en poco tiempo se había convertido en algo más que eso, un amigo y un amante. Pero ¿qué regalarle a un hombre que parecía tenerlo todo?

Recorrí tiendas y *boutiques*, buscando algo único, algo que no fuera solo un objeto costoso, sino algo que tuviera significado. Me detuve frente a un escaparate con relojes de diseño,

pensando que quizá podría encontrar algo apropiado para él. Sin embargo, algo me detuvo; los regalos deberían ser más que meros objetos lujosos.

Mientras me perdía entre los escaparates, explorando las opciones para los regalos de Navidad, un susurro inesperado pronunció mi nombre a mis espaldas.

La voz era familiar, una sombra del pasado que hizo que mi corazón diera un salto.

Me giré instintivamente, y allí estaba él, Matt, observándome con una expresión que no podía descifrar.

—Hola, Aimie —dijo Matt con una sonrisa forzada, como si tratara de ocultar alguna emoción detrás de ella.

Sintiendo un nudo en el estómago, respondí con cautela:

—Hola, ¿qué haces aquí?

Matt parecía incómodo, como si la casualidad de encontrarnos fuera algo que no esperaba o no deseaba. Su presencia revivió recuerdos que preferiría haber dejado atrás.

—Estaba paseando por aquí y te he visto mirando escaparates. ¿Cómo estás? —preguntó, mirándome como si tratara de leer entre líneas.

Mi mente dio vueltas, tratando de encontrar la respuesta adecuada. No quería sumergirme en conversaciones incómodas ni revivir viejas heridas.

—Estoy bien, gracias. ¿Y tú? —respondí con la misma cortesía, manteniendo una distancia educada.

La charla siguió con formalidades, dejando una sensación extraña en el aire. Matt y yo compartimos una historia que ya no era la nuestra, y encontrarnos en medio de la Navidad, mientras buscaba regalos para otros, parecía una ironía del destino.

El inesperado encuentro con Matt tomó un giro sorprendente cuando, entre las formalidades, soltó de pronto un sincero: *te echo de menos*. La confesión dejó una extraña sensación en el aire, una mezcla de sorpresa y nostalgia que no esperaba.

—¿Qué has dicho? —pregunté, asombrada por sus palabras, mientras mi mente trataba de procesar la revelación.

Matt suspiró, como si soltar esas palabras hubiera sido un alivio y, al mismo tiempo, un peso añadido a sus hombros.

—Lo he dicho en serio, Aimie. Aún te echo de menos. He cometido errores, lo sé, y no puedo quitarme de la cabeza lo que pasó entre nosotros.

Sentí una punzada de algo parecido al cariño, a la melancolía, o vete tú a saber qué. Su confesión resonó con recuerdos que pensé haber superado, pero que, en ese momento, volvían con fuerza.

—Matt, me dejaste hecha polvo mi cumpleaños —respondí con honestidad, sin suavizar las palabras. La herida aún estaba fresca.

Su expresión cambió, mostrando un destello de pesar y arrepentimiento.

—Lo sé, y lamento profundamente haber arruinado eso y mucho más. No puedo justificar mis acciones, pero quiero explicarte, quiero que sepas que aún te quiero, Aimie. Vayamos a tomar un chocolate o un café y déjame hablar contigo.

La mezcla de emociones en mi interior era abrumadora. Aún recordaba lo mucho que había querido a ese hombre que estaba frente a mí con cara de arrepentimiento. La decisión de escucharlo y darle una oportunidad para explicarse fue difícil, pero accedí, consciente de que necesitaba respuestas y cierre para esa etapa de mi vida.

—Está bien, vamos a tomar un café. Pero necesitas entender que no será fácil. No puedo olvidar lo que pasó. —dije, con una mezcla de firmeza y vulnerabilidad en mi voz.

Nos encaminamos hacia la cafetería más cercana, adentrándonos en una conversación que prometía desentrañar secretos y quizá, finalmente, encontrar la paz que ambos necesitábamos.

La cafetería exhalaba un ambiente acogedor, con paredes de ladrillo visto y una decoración *vintage* que abrazaba cada rincón. Las mesas de madera se alineaban sutilmente, invitando a conversaciones íntimas. El aroma a café recién molido flotaba en el aire y, los murmullos de los comensales daban vida al espacio, mientras las tazas emitían un suave tintineo al ser servidas. Era un refugio reconfortante, un escenario perfecto para una conversación largamente aplazada.

—Aimie, lo que hice el día de tu cumpleaños fue horrible. No puedo dejar de pensar en ello.

—Sí, me quedó bastante claro en ese momento —contesté con frialdad.

—Necesito que entiendas que mi mente creativa y mi deseo de encontrar mi lugar en el mundo me han llevado a hacer cosas inapropiadas. No debería haber permitido que eso afectara nuestra relación.

—Matt, ¿realmente crees que una excusa así justifica lo que hiciste? Me dejaste destrozada en un día que debería haber sido especial.

—Lo sé, Aimie, y me arrepiento profundamente. No fue justo para ti. Mi búsqueda personal no debería haberse mezclado con herir a quienes me importan.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a decirme que has cambiado y que todo será diferente? —fruncí el ceño, escéptica ante sus palabras.

—No espero que me creas de inmediato, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para demostrarte que puedo cambiar. Necesito que sepas que todavía te quiero.

—Matt, las palabras no borrarán lo que hiciste. Necesitaré tiempo para procesar esto —dije con la voz entrecortada.

Si ese momento se hubiera producido una semana atrás, quizá, tal vez, hubiera sucumbido a su arrepentimiento, pero en aquel momento yo había cambiado, no me sentía tan desdichada y albergaba nuevas posibilidades en mi vida.

—Entiendo que la confianza se ha roto, pero quiero luchar por nosotros. No quiero perder lo que teníamos.

—Matt, no sé qué pensar en este momento. Todo esto me ha dolido mucho —suspiré.

—Me duele verte herida, Aimie. Haré lo que sea necesario para que confíes en mí de nuevo. Quiero enseñarte algo.

Matt sacó su móvil y me enseñó un documento en PDF.

—¿Qué es? —pregunté sin entender qué quería decirme con eso.

—Un boceto de mi nueva novela.

—Me alegro que nuestra ruptura te ayudara a encontrar la inspiración.

—No, Aimie, ha sido comprender lo mucho que te quiero lo que me ha devuelto las ganas de escribir algo magnífico. Mi editor dice que puede ser un bombazo si desarrollo bien la idea.

—Ya te he dicho que me alegro mucho por ti, pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros?

Matt pareció incómodo por mi respuesta, y suspiró antes de responder.

—Aimie, lo que intento decir es que toda esta experiencia, la ruptura, el dolor, me llevó a darme cuenta de que no quiero perderte. Tú eres mi musa, mi fuente de inspiración y quiero que seas parte de mi vida.

Lo miré, sus palabras resonando mientras su expresión imploraba credibilidad. Aunque algo en mí dudaba. Conocía ese juego. Matt, siempre dependiente de mi creatividad, llegaba cada vez que necesitaba pulir sus ideas. Era un patrón que se repetía.

Lo que me mostró no era más que un boceto, una sombra vacía de lo que podría ser. Era como si esperara que yo llenara esos vacíos con mis ideas, que moldeara la trama que él apenas

había esbozado.

Mantuve silencio, comprendiendo su necesidad de inspiración. Pero algo en mí no quería ser solo su musa, su ayudante creativa. No quería ser solo una herramienta para sus proyectos. Pero en ese momento, opté por el silencio, dejando que sus palabras se evaporaran en el aire sin expresar mis pensamientos.

—Dime algo, te necesito —dijo un poco a la desesperada al ver que yo no decía nada.

Cuando Matt terminó de hablar, me crucé de brazos, manteniendo una mirada escéptica.

—Matt, has dicho esas cosas antes. Has venido con disculpas, promesas y arrepentimientos en el pasado. ¿Cómo puedo estar segura de que esta vez es diferente?

Él parecía comprender mi escepticismo y suspiró.

—Entiendo tu desconfianza, Aimie. No espero que me creas de inmediato. Solo quería que supieras la verdad y cómo me siento. He cometido errores, pero estoy tratando de ser una mejor persona.

Sus palabras resonaban en mi mente, como un eco familiar de promesas rotas. Había pasado por ese discurso antes. Matt, siempre con la misma retórica tras cada error. Una disculpa seguida por una promesa vacía, una supuesta transformación que pronto se diluía en el aire.

Entendía su deseo de redención, pero ya no podía permitir que sus palabras me envolvieran de nuevo en su red de engaños. No iba a caer en su manipulación, en esa danza de disculpas que siempre desembocaban en lo mismo.

—Nuestras vidas han tomado caminos diferentes, me he mudado hace tan solo unas semanas y me encanta mi nuevo apartamento. Necesito seguir adelante y concentrarme en mi presente.

Él asintió, aparentemente aceptando mi postura.

—Lo entiendo. Solo quería sincerarme contigo. Si alguna vez cambias de opinión o necesitas hablar, estaré aquí.

—Gracias, Matt. Pero ahora debo irme. Tengo planes para el resto de la mañana.

—¿Puedo acompañarte?

Mis planes para el día incluían algunas últimas compras navideñas. La idea de tener a Matt a mi lado no era precisamente la compañía que había imaginado, pero no quería parecer descortés ni evasiva.

—No es necesario, Matt. Puedo encargarme sola de esto —respondí con amabilidad, aunque por dentro sentía un nudo en el estómago.

—Parecía que estabas buscando algo en particular cuando te vi mirando ese escaparate. ¿Te puedo ayudar a encontrarlo?

La oferta sonó sincera, pero dudaba de sus intenciones. Matt siempre había sido un maestro en descifrar mis pensamientos y deseos, pero esta vez no quería compartir más de lo necesario.

—No te preocupes, estoy bien. Solo tengo algunas cosas que resolver antes de Navidad. —dije, tratando de cambiar el enfoque hacia sus propios asuntos.

—Oh, si también tienes compras pendientes podríamos hacerlo juntos. Así ambos terminamos más rápido y me ayudas con el regalo de mi madre, ya sabes que soy un inepto para eso y siempre te encargabas tú.

La sugerencia me tomó por sorpresa.

¿Realmente quería pasar más tiempo juntos o solo estaba buscando una excusa para mantenerse cerca?

—Bueno, supongo que no hay problema si vienes. Pero será rápido, ¿de acuerdo? Tengo planes para el resto de la mañana y no quiero retrasarme.

—Entendido. Rápido y eficiente —asintió Matt, aunque su expresión revelaba algo más.

CONNOR

Lo recuerdo claramente, yo caminando por la animada Quinta Avenida, inmerso en la búsqueda del regalo perfecto para Aimie, sumergido en esa misión con determinación, entre las luces centelleantes y la multitud que pululaba a mi alrededor.

Las tiendas y *boutiques* engalanadas con la festiva decoración navideña ofrecían un abanico de opciones.

En esa mente mía, giraban ideas sobre qué podría sorprenderla, mientras me dirigía hacia una tienda de joyas. Entre exhibiciones relucientes, hallé algo que parecía ser adecuado, algo que reflejara su elegancia y su singularidad.

Además, con una sonrisa tímida en los labios, aproveché la ocasión para organizar una cena especial para nuestra última cita antes de Navidad.

El St. Regis New York, con su aura de elegancia y lujo, organizaba una cena especial de Nochebuena y quería sorprender a Aimie con una velada inolvidable, así que reservé una mesa para dos, asegurándome de que fuera una noche mágica y memorable.

Luego de salir de la joyería, emocionado por haber encontrado el regalo perfecto para ella, caminaba por la calle con una sonrisa, absorto en mis pensamientos. De repente, una imagen capturó mi atención y detuvo mi paso.

En la acera opuesta, vi a Aimie. Estaba besando a un hombre, y en ese momento, mi corazón se apretó con fuerza. No podía apartar la mirada, como si estuviera magnetizado por la escena frente a mí.

La realidad me golpeó como una ola fría. Aquella conexión que creí especial se desmoronó frente a mis ojos. Debía ser Matt, el escritor del que Aimie me había hablado tantas veces, y estaba de nuevo en su vida.

Sí, debía ser él, ¿quién más si no podría ser aquel hombre?

Me di cuenta de que, seguramente, yo solo había sido un interludio en su historia y era cuestión de días para que ella tomara una decisión férrea y volviera a ese piso que compartía con él.

Mis pensamientos se volvieron introspectivos. Mi instinto, que siempre me había advertido sobre involucrarme con alguien que aún no había superado su pasado, se hizo eco en mi mente.

¿Había sido solo un consuelo temporal, una distracción mientras ella procesaba sus sentimientos por ese tipo?

Caminé lentamente, alejándome de la escena que acababa de presenciar. Mis emociones eran un torbellino de confusión y decepción. Aunque sabía que cada persona lleva consigo su propia historia, era difícil no sentirme herido por la revelación inesperada.

Había llegado el momento de enfrentar la realidad y aceptar que, por más que yo me hubiera ilusionado con Aimie y con la posibilidad de escribir una historia juntos, algunas conexiones eran más difíciles de romper que otras y, Matt, era el único que sabía escribir sobre ellas.

31

AIMIE

Salimos de la tienda después de que Matt comprara un bolso y un pañuelo de seda para su madre.

La calle estaba llena de gente apresurada en sus compras navideñas.

De repente, Matt rodeó mi cintura y me besó inesperadamente. Fue como si el tiempo se detuviera por un momento, pero la realidad volvió de golpe.

—¿Qué demonios estás haciendo, Matt? —le espeté, apartándome con brusquedad.

Se quedó mirándome, confundido por mi reacción.

—Lo siento, solo pensé que...

—¿Que qué? ¿Que podías besarme como si nada hubiera pasado? —mi voz temblaba con la mezcla de sorpresa y enfado—. No somos una pareja feliz de nuevo, no estoy enamorada de ti, y creo que jamás lo he estado.

Matt bajó la mirada, consciente de su error, pero parecía no entender del todo la gravedad de la situación.

—Lo siento, Aimie. No quería molestarte.

—Demasiado tarde. Que te vaya bien con ese libro fantástico, pero debes buscarte otra musa, o más bien otra tonta que supla tu falta de talento. Has cruzado una línea que ya no debes traspasar.

Me alejé a paso rápido, dejándolo solo en la acera.

La calle seguía su ritmo frenético, pero en mi interior, una mezcla de emociones se agitaba mientras cogía rumbo al restaurante para encontrarme con mi vecino, el único hombre al que me apetecía inspirar, besar y disfrutar desde ese momento.

Lo que sentía por Connor era distinto, algo que no podía comparar con nada que hubiera sentido antes. Era la calidez de su risa, la tranquilidad en su mirada y la forma en que cada momento a su lado se volvía especial.

En contraposición, la imagen de Matt besándome sin mi consentimiento resonaba en mi mente. Había dejado heridas en mi corazón, no solo por el beso inoportuno, sino por su intento de revivir algo que ya no existía entre nosotros. La desilusión y la molestia hacia él se mezclaban con la urgencia de alejarme de esa situación.

Un taxi amarillo se detuvo a mi lado, como si el universo estuviera conspirando a mi favor en ese preciso momento. Subí, sintiendo que tener esa suerte solo podía ser cosa del destino. El destino de estar en ese restaurante, con Connor, y olvidarme de la maldita coincidencia de encontrarme con el imbécil de Matt.

CONNOR

Regresé a mi ático con la intención de marcharme. Mientras me movía por la habitación, miré alrededor, recordando los momentos compartidos con Aimie.

Llené la bolsa con la ropa necesaria y tomé el traje meticulosamente protegido en su funda. Mientras lo hacía, una sensación de desapego se instaló en mí, un eco de la fugacidad de aquello que había compartido con ella. Observé la habitación, cada rincón, con una extraña mezcla de nostalgia y determinación.

Salir de allí significaba renunciar a esos breves momentos de magia compartida. A pesar de la chispa que nos había unido, era consciente de que nuestra relación era efímera y efervescente, como una estrella fugaz que brilló intensamente para luego desaparecer en la oscuridad. No deseaba complicar las cosas, tampoco quería ser una carga en su vida, y menos aún en esas fechas tan señaladas.

Cerré la puerta de mi ático con un sentimiento de abandono y de cierta tristeza.

Caminé hacia la calle, consciente de que probablemente pasaría las festividades solo, lejos de ella. Matt seguramente sería su compañía en estos días festivos, y no quería entrometerme ni perturbar su felicidad.

Ella y yo no éramos nada más que dos personas que habían encontrado una conexión fugaz, y era mejor así.

Aunque, mi deseo de desaparecer se mezclaba con la tristeza de saber que no formaría parte de sus celebraciones navideñas ni ella de las mías.

Lo que vi en la calle me golpeó como un balde de agua fría en pleno invierno. Aunque había tenido relaciones pasajeras antes, nunca había sentido un desgarró tan agudo al ver a Aimie besando a Matt. Estaba acostumbrado a conexiones efímeras, pero esta vez era diferente, mucho más intenso y especial.

Mis relaciones previas fueron solo pequeños capítulos en mi vida, instantes fugaces que no dejaron más que un ligero recuerdo. Pero con Aimie fue distinto, cada momento compartido parecía un capítulo completo, con un inicio, un desarrollo y un final lleno de emociones.

Pero la realidad era clara: aunque para mí había sido algo más, para ella quizá fui solo un paréntesis, una pausa en su camino hacia una reconciliación con su ex. Era como si mi presencia en su vida fuera solo un pasaje, un corto paréntesis en su búsqueda de algo más arraigado y significativo.

Así que, en esa desilusión contenida, tomé la decisión de retirarme de su vida. No quería ser un obstáculo, ni interferir en lo que ella estaba reconstruyendo con él.

A fin de cuentas, éramos solo dos personas que se cruzaron por un breve instante en el

camino de la vida.

AIMIE

El restaurante The Grand Feast era una joya arquitectónica, una mezcla de modernidad y elegancia clásica que se alzaba majestuosamente en medio del bullicio de la ciudad. Su fachada de cristal y acero pulido reflejaba las luces de la calle.

Entré con el corazón expectante y la esperanza de encontrarme con Connor.

Las mesas estaban distribuidas estratégicamente para brindar privacidad a los comensales sin sacrificar la sensación de amplitud. Los camareros, ataviados con impecables uniformes, se movían con gracia entre las mesas, ofreciendo un servicio discreto y profesional, y uno de ellos no tardó en acomodarme en una mesa y traerme la copa de vino que me pedí.

Diez minutos después de la hora acordada, empecé a impacientarme, y rato después cuando quise darme cuenta, ya eran casi las dos de la tarde y el tiempo transcurrió sin su presencia.

La gente parecía observarme desde sus mesas, y yo estaba allí, sola, con una copa de vino y una ansiedad creciente mientras miraba una y otra vez el reloj en mi teléfono.

Hubiera sido tan sencillo llamarlo si hubiéramos intercambiado números... pero siendo vecinos y habiendo compartido tantos momentos juntos, esa necesidad de intercambiar datos básicos había quedado en un segundo plano, casi olvidada.

A cada minuto que pasaba, me sentía más incómoda, preguntándome qué había sucedido y si todo estaba bien. En ese espacio vacío entre las sillas y las risas ajenas, la ausencia de Connor se hacía más evidente, aumentando mi confusión y mi sensación de haber quedado plantada en medio de una situación que parecía haber perdido su rumbo.

El camarero se acercó con una sonrisa profesional y una bandeja en mano.

—¿Desea algo más mientras espera a su otro comensal, señorita? ¿Quizá otro vino?

—No, gracias. Solo necesitaré la cuenta, por favor.

Asentí y me retiró la copa de vino apenas tocada. Mientras el camarero se alejaba para traer la cuenta, mi mente estaba llena de preguntas sin respuestas.

¿Dónde estaba Connor? ¿Le había pasado algo? ¿Se había arrepentido de encontrarse conmigo?

El camarero regresó con la cuenta en una elegante carpeta de cuero.

—Aquí tiene, señorita. ¿Desea algo más?

—No, gracias.

Pagué la cuenta con gesto mecánico, pero mi mente estaba ocupada en otro lugar. Salí del restaurante con una sensación extraña, como si algo muy malo hubiera sucedido.

El frío invernal me golpeó al salir. Las luces de la ciudad parpadeaban, creando destellos que se reflejaban en los charcos de la acera mojada.

Caminé por la Quinta Avenida con pasos rápidos, sintiendo la urgencia de llegar al edificio. Mientras avanzaba, las luces de Navidad destellaban en las tiendas y la decoración festiva llenaba el aire de magia, pero mi mente estaba nublada por la incertidumbre.

Al llegar al edificio, subí con rapidez en el ascensor, mi corazón latiendo con ansiedad. Abrí la puerta de mi apartamento con las manos temblorosas. La calidez de mi hogar contrastaba con el frío exterior, pero la ausencia de Connor resonaba en cada rincón.

Me moví por la sala de estar, mirando alrededor como si esperara encontrar respuestas en los muebles y las luces del maldito árbol de Navidad que chisporroteaba con sus luces de colores navideñas, pero no lograba disipar el gélido sentimiento de soledad que se había apoderado de mí.

Me dirigí al ventanal, observando las luces de la ciudad que se extendían ante mis ojos. Las lágrimas amenazaban con brotar, pero me obligué a contenerlas.

¿Qué había pasado? ¿Por qué Connor no había venido? ¿Acaso todo lo que compartimos fue solo un caprichito de mi rico vecino?

Abandoné mi casa y subí hasta el ático con paso firme y decidido. La rabia latía en mi pecho, pero también una creciente inquietud. ¿Dónde demonios estaba Connor? Podía haber llamado al restaurante, advertirles que no llegaría, que algo urgente había surgido...

Los recuerdos de momentos compartidos parecían ridiculizarme desde las paredes del edificio, como si las risas y las complicidades fueran ahora solo una cruel ilusión.

Me detuve un momento frente a la ventana de su rellano para coger aire, observando la ciudad que se extendía más allá. El resplandor de las luces urbanas parecía difuminarse, perdiendo su encanto ante la incertidumbre que se apoderaba de mi mente.

Después toqué su puerta con impaciencia, esperando que en cualquier momento se abriera y él apareciera con una explicación razonable. Pero solo el silencio me envolvió, añadiendo más frustración a mi creciente ansiedad.

—¿Dónde estás, Connor? —murmuré, como si el cemento del edificio pudiera revelar su paradero.

Decidí volver a tocar la puerta, esa vez con más insistencia. Mis golpes resonaron en el pasillo, pero la respuesta seguía siendo el silencio.

—Connor, sé que estás ahí. No juegues conmigo —exclamé, sintiendo que mi paciencia se desvanecía.

Al no obtener respuesta, la desesperación creció, y la idea de que algo malo pudiera haberle sucedido se apoderó de mi mente.

Salí apresuradamente de allí con el corazón latiendo desbocado. La ciudad seguía su ritmo inmutable, pero yo me sentía atrapada en una espiral de incertidumbre.

Aquel día acabó con la noche extendiéndose ante mí, oscura y amenazante, mientras buscaba respuestas que parecían esfumarse en el viento invernal y sin saber dónde se había metido Connor.

CONNOR

Al cruzar las majestuosas puertas del St. Regis New York, el vestíbulo resplandecía con la luz de candelabros imponentes, y la atmósfera festiva se respiraba en cada rincón. Pero mi corazón, lejos de dejarse llevar por la magia navideña, estaba sumido en una mezcla agri dulce de melancolía y anhelo.

Caminé por los pasillos decorados con exquisito gusto, observando a las parejas que disfrutaban de la opulencia del lugar. Familias felices, amigos brindando con copas de champán, todos sumidos en la calidez de la temporada. Sin embargo, mi mente no podía apartarse de la imagen que había visto de Aimie.

Las risas resonaban a mi alrededor, pero en mi interior se gestaba un torbellino de emociones. La elegancia del lugar contrastaba con la tormenta que se avecinaba en mi conciencia.

¿Cómo podía estar allí, en medio de tanta belleza, cuando dejaba atrás a una mujer que merecía más que mi ausencia sin explicación?

No sabía por qué me sentía tan culpable por no haberle dejado una simple nota por debajo de su puerta, explicando el motivo que me llevaba a alejarme de ella.

Los recuerdos de los momentos compartidos se agolpaban, y la sensación de perderme algo importante se hacía más fuerte.

¿Qué había hecho? ¿Cómo podía estar allí, en un lugar tan espléndido, mientras dejaba a Aimie sumida en la incertidumbre?

Mi conciencia me reprochaba cada paso que daba en ese lugar de ensueño, o simplemente era la pena de sentirme totalmente derrotado por ese hombre que seguía pensando que no se la merecía.

El brillo de las luces navideñas y la melodía de villancicos se volvían sombras y susurros en mi mente. Mi caminar se volvió más pesado, como si cada paso me alejara más de la autenticidad que había encontrado con Aimie.

Llegué a la imponente recepción del hotel, esperando un atisbo de ayuda o favor por parte de la empresa, pues era uno de nuestros clientes en TechVision. Confiaba en que podrían encontrar un hueco para mí, incluso en temporada alta, cuando todas las habitaciones parecían estar ocupadas.

Poco después cerré la puerta de la habitación del hotel con un suspiro de alivio.

La recepcionista había sido amable al informarme sobre la disponibilidad de una habitación para situaciones inesperadas. Era una escapatoria necesaria de la bulliciosa y festiva atmósfera de Nueva York en Navidad.

El silencio en la habitación me envolvió al sentarme en una cómoda silla.

Las luces suaves y la elegante decoración del St. Regis New York resaltaban el caos de emociones que me acompañaba. La temporada navideña, antes solo un telón de fondo alegre y colorido, ahora estaba cargada de significado y recuerdos agridulces.

Me pregunté si Aimie estaría en su apartamento, esperando, tal vez decepcionada por mi ausencia sin explicación, aunque la verdad era, que me encontraba allí para ahorrarle a ella la pesadez de anunciarme que lo nuestro no había significado nada. Habría deseado compartir la Nochebuena con ella, en este mismo hotel al día siguiente, en vez de refugiarme en esa habitación de hotel el día antes.

La cama *kingsize*, perfectamente tendida, parecía demasiado amplia para una sola persona.

Mientras me quitaba mi abrigo y colgaba mi traje en el armario, la ironía de la situación me golpeó. Estaba en un lujoso hotel, rodeado de comodidades, pero me sentía más solo que nunca.

Me acerqué a la ventana y contemplé la ciudad iluminada por las luces navideñas. La gente paseaba abrigada por las calles, compartiendo risas y momentos especiales. Sin embargo, para mí, la magia de la Navidad se había desvanecido entre el restaurante y el hotel.

Me dejé caer en la cama y cerré los ojos, intentando huir de mis propios pensamientos. Aimie dominaba mi mente persistentemente. Su risa, su calidez, todo lo que compartimos en tan poco tiempo. Me preguntaba si entendería las razones detrás de mi desaparición, o si solo sentiría la herida de mi ausencia, así como yo sentía la herida que me había producido no haber podido competir con el amor que le tenía a ese otro tipo.

35

AIMIE

Lo pasé realmente mal esa noche.

Subí y bajé las escaleras hacia el ático de Connor, golpeando su puerta una y otra vez, pero no hubo respuesta y, tampoco, esa mañana previa a la Navidad.

Finalmente, con un nudo en la garganta, llamé a Claire. Mi voz temblaba al explicarle lo que había sucedido.

Lo sentía en lo más profundo: necesitaba a Claire, a pesar de la regañina que seguramente vendría por no haberle contado todo antes. Su apoyo incondicional era una especie de ancla para mí, algo que sabía que podía sostenerme en medio de la confusión y la incertidumbre. A pesar de mi propio remordimiento por no haberle dicho la verdad desde el principio, ansiaba su consejo, su tranquilidad y, sobre todo, su amistad.

—Claire, necesito hablar contigo —dije con urgencia al teléfono.

—¡Aimie! ¡Al fin decides llamar! Pensé que ya te habías olvidado de tus amigos.

—Claire, no tengo tiempo para chistes. Ha pasado algo muy extraño, y estoy desesperada. No te conté toda la verdad y la maldita Navidad y el Karma han cargado contra mí.

—¿Extraño? ¿Te has dado cuenta ahora de que tu vida es un drama constante?

—Claire, por favor, escúchame. He metido la pata hasta el fondo.

—¿Más de lo habitual? —preguntó Claire con sarcasmo—. Cuéntame, estoy intrigada.

Con el corazón acelerado, le expliqué a Claire todos los detalles de mi encuentro con Connor, cómo nos conocimos intentando deshacerme del árbol de Navidad, las citas que tuvimos y la extraña desaparición sin dejar rastro. Claire escuchaba en silencio mientras yo relataba cada detalle, sin interrumpir.

—Connor... ha desaparecido. Se ha esfumado sin dejar rastro.

—¿Crees que se ha ido de la ciudad? —me preguntó un tanto irónica.

—No lo sé. He estado subiendo y bajando entre mi casa y su ático toda la noche, tocando la puerta sin obtener respuesta.

—¿Y por qué no me llamaste antes? ¿Te escondes y ahora vienes con dramas? —dijo con su tono de: *te voy a echar en cara lo mala amiga que eres con todo lo que hago por ti*.

—Claire, escúchame. Esto no es normal. Íbamos a encontrarnos en un restaurante y no apareció.

—Aimie, ¿en qué demonios estabas pensando? Esto suena a alguna película mala de suspense.

—Lo sé, lo sé. Pero no puedo evitar pensar que algo malo le ha pasado. Necesito ayuda, Claire —solté un sollozo.

—Vale, vale. Respira profundo. Primero, si estás tan preocupada, deberías llamar a la policía, o al FBI, o a los bomberos. ¿Crees que puede estar muerto dentro de su apartamento?

—¿A la policía? No creo que sea tan grave y esté muerto, Connor es un tipo sano, joven y guapísimo, el típico hombre que no tiene pinta de morir en extrañas circunstancias.

—¿Por qué no me contaste todo esto antes? Te has tomado los asuntos del corazón por tu cuenta con fatales consecuencias, yo tenía al candidato perfecto, con el que podrías haber cenado esta noche —dijo molesta.

—Porque... porque pensé que volvería. Que era solo un malentendido. Y no quería preocuparte.

—¡Eres una idiota! ¿Cómo esperas que no me preocupe por ti? Lo que ha pasado es que ese tal Connor Page, te ha usado, ha disfrutado de tus dotes en la cama y se ha largado a pasar las fiestas con otra —dijo toda resuelta, como si sus palabras fueran la verdad absoluta.

La Navidad, que debería haber sido un tiempo de alegría, se estaba convirtiendo en una pesadilla, y yo la estaba arrastrando a ella también.

—¿Tú crees? —pregunté incrédula, o más bien, esperando que su respuesta arrojara un poco de lógica a todo ese asunto.

—¿Qué es lo que crees tú? Vamos, Aimie, un hombre tan maravilloso no existe, alguna *red flag* tuviste que ver.

—Te juro que no vi ninguna, lo vi sincero, atento, entregado a hacerme la Navidad más agradable... ¿qué hago ahora? —dije, sonando desesperada, porque lo estaba.

—Devolverle el golpe. No voy a consentir que te pases la noche lamentándote y con el corazón roto por partida doble. Llamaré a Angie y organizaré una nueva cita con ese hombre misterioso que conoce, me consta que no tiene a nadie en la ciudad, me lo dijo, así que es un buen plan para pasar la Nochebuena y darle en las narices a ese vecinito tuyo —dijo con determinación mi amiga, que, claramente, no iba a dar su brazo a torcer y quería seguir solucionándome la vida a toda costa.

—¿Pretendes que me involucre con otro tipo esta noche cuando aún no he superado que Connor me abandonara en ese restaurante como a una cualquiera? —pregunté, sin dar crédito a lo que me propuso.

—Pretendo que te lo pases bien con el candidato perfecto y juegues tus cartas. Ese tipo volverá a su casa después de las fiestas, ¿quieres que te vea ojerosa y amargada, o resplandeciente y feliz por haber aprovechado bien tu tiempo? Tienes dos opciones, Aimie, o aceptas que te organice esa nueva cita a ciegas o te vienes a mi casa a pasar la noche, tú decides.

Las opciones que me ofrecía Claire eran limitadas, y ninguna de las dos me convencía por completo. Sin embargo, si tenía que elegir entre pasar la Nochebuena presenciando el desparrame de amor y felicidad entre mi amiga y su novio, mientras yo estaba con el corazón roto, o cenar con un desconocido que seguramente estaría tan amargado como yo, la segunda opción me parecía la más válida.

—Si te digo que no a las dos cosas, ¿la llamada se va a eternizar hasta que me convenzas? —pregunté a pesar de que sabía la respuesta.

—Sabes que sí, así que toma una decisión inteligente.

Lo medité unos segundos y tras un largo suspiro, le contesté.

—Está bien, Claire. Iré a cenar con el candidato que tenías para mí. Pero solo porque no puedo soportar la idea de estar sola esta noche dándole vueltas a la cabeza.

—Así me gusta, Aimie. Y no te preocupes, seguro que es un tipo genial. Además, como dices te distraerá un poco de lo que está pasando con ese vecino tuyo. Si puedes darte un

caprichito antes de Navidad, no veo por qué no puedes darte dos. Ya sabes lo que dicen, mejor que un bastón de caramelo son dos.

—¿Tú te escuchas? No voy a convertirme en una ninfómana ni a comerme dos bastones de caramelo, como tú dices, porque un tipo se haya aprovechado de mí.

—Pues aprovéchate de la cena gratis en un lugar bonito con ese hombre, me consta que no anda falto de crédito, y vuelve a casa con aires renovados. Llamaré a mi cuñada en cuanto te cuelgue y dejemos que la magia navideña haga el resto.

—La magia navideña me la tiene jurada.

—Anímate, quizá tu suerte cambie —dijo con un tono juguetón en su voz antes de colgar.

Aunque la situación era complicada, la idea de pasar la Nochebuena en compañía de alguien, aunque fuera un desconocido, me reconfortaba un poco. Al menos no estaría sola en medio de esa tormenta emocional.

CONNOR

El estridente sonido de una llamada entrante rompió el silencio de la habitación de hotel. Confuso y desorientado, me incorporé en la cama, tratando de recordar dónde estaba. La decoración lujosa del St. Regis New York y el aroma a nuevo me recordaron que no estaba en mi ático.

Miré el teléfono y vi que la llamada provenía de Adam. Supuse que me llamaba para desearme felices fiestas, pero en ese momento, la idea de hablar con alguien no me apetecía en absoluto. Sin embargo, finalmente, decidí contestar.

—Hola, Adam. ¿Feliz Navidad? —dije, tratando de infundir un poco de alegría en mi voz.

—¡Connor! ¡Feliz Navidad, amigo! ¿Cómo estás? ¿Cómo vas con tu vecinita?

—Estoy bien, Adam. Solo decidí tomar un respiro en un hotel. ¿Y tú?

—¿En un hotel? ¿Solo o en compañía de esa chica? —me preguntó confuso.

—Solo —solté con resignación.

—¿Qué ha pasado, Connor? Sabes que puedes contármelo.

Decidí compartir con él lo que había sucedido, era una carga que necesitaba soltar. La resignación se apoderó de mí, y una mezcla de emociones turbias complicaban mi capacidad para expresar lo que realmente sentía.

—No sé, Adam. Es como si todo lo que compartimos se desvaneciera en un instante. Supongo que me equivoqué al pensar que podría ser diferente.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea, y pude sentir la mirada de Adam incluso a través del teléfono.

—¿Y qué piensas hacer, encerrarte en el hotel para siempre? —dijo a continuación.

—Creo que es mejor dejar pasar unos días y darle su espacio. No debí involucrarme tanto con alguien que, claramente, no había superado la ruptura con su ex.

—Pues adivina quién me ha llamado hace media hora —dijo Adam jovialmente.

—¿Papá Noel para decirte que me va a castigar con pasar otra Navidad solo?

—No, pero creo que puede solucionar eso. Me ha llamado Angie Clarson.

—¿Quién? —pregunté, aunque sabía que había escuchado ese nombre antes.

—¡Joder, Connor! Nuestra clienta más fiel, la que quería que conocieras a una chica que conoce su hermano.

—Ah, ya, lo recuerdo —dije, pensando que aquello en realidad no me importaba mucho.

—Quiere que volvamos a organizar un encuentro entre esa chica y tú, por lo visto va a pasar la Nochebuena sola por no sé qué rollo que le ha pasado con otro tío.

—¿Y qué tengo yo que ver en todo eso?

—Que es la excusa perfecta para que no pases otra Navidad *solo* —dijo, dándole énfasis a la última palabra.

—¿Tú me escuchas? Estoy aquí huyendo de una mujer que ha pasado de mí por volver con su ex, y pretendes que me cite con otra a la que, cito tus palabras textuales, le ha pasado no sé qué rollo con otro tío —me pregunté qué narices tenía mi amigo en la cabeza.

—Solo quiero arrojar un poco de luz a toda esa amargura que llevas encima. Estoy seguro de que no te arrepentirás de ello.

—¿Ahora eres adivino?

—No, pero me he dado cuenta de que creo en los milagros navideños.

—¿Y cómo ha podido suceder eso?

—Es por algo que se respira en el ambiente.

—Alguien ha explotado una bolsa de polvo de ángel y estás drogado, ¿no?

—Connor, escúchame, ¿qué tienes que perder? Ya has sido un buen samaritano con esa vecina tuya, ¿qué te importa hacerle el favor a la amiga de Angie?

—¿Tan desesperada está que se muere por tener una cita con un tipo amargado como yo?

—Algo así... venga Connor, ánimate y no cenes solo esta noche, me hará sentir muy mal pensar que te estás alimentando en pijama con un menú rancio de hotel del servicio de habitaciones.

—En realidad, estoy en el St. Regis, y había reservado mesa para la cena y al baile que se organiza aquí para Aimie y yo... —comenté, ahogando un suspiro.

Miré alrededor de la habitación del hotel. La idea de Aimie disfrutando de la cena y el baile con otra persona me causaba una extraña incomodidad. Había planeado cada detalle de esa noche pensando en ella, en nosotros. Ahora, esas cuidadas elecciones parecían vacías.

—Pues ha debido costarte una pasta, y es una pena que se pierda uno de los comensales cuando lo puede aprovechar esa pobre chica que está tan sola como tú.

Las palabras de Adam me hicieron reflexionar. ¿Realmente importaba ya a quién estuviera destinada la cena y el baile? Aimie pasaría la noche con Matt y, eso era suficiente para que mi inversión en esa noche no fuera en vano.

Y de nuevo, tomé una decisión impulsiva.

—Tienes razón, no veo por qué no puedo compartir una velada con esa mujer y hacerle la noche un poco más agradable.

—No puedes negar que tienes un gran corazón Connor, y te prometo que esta Navidad te será recompensada toda esa bondad —me dijo en un tono burlón pero sincero.

—Con que no vuelvas a organizarme ninguna cita a ciegas para quedar bien con las clientas, me conformo.

—Algo me dice que no hará falta, disfruta de tu noche, hablamos pronto —comentó mi amigo antes de colgar.

Lo último que me dijo Adam me dejó un poco confuso, pero él tenía esas reacciones extrañas a veces, así que decidí no darle mayor importancia. Y, aunque había decidido compartir esa velada con una mujer desconocida, esa sugerencia de que mi bondad tendría recompensa sí que me intrigó. Así que me preparé mentalmente para lo que vendría esa noche en el St. Regis. Quién sabía, quizá sería el comienzo de una velada inesperadamente agradable, y lo necesitaba.

AIMIE

Cuando Claire me llamó para informarme que mi cita a ciegas me esperaba esa noche en el hotel St. Regis New York, mi corazón comenzó a latir con fuerza.

El renombrado baile de Nochebuena en el St. Regis era conocido no solo por su magnificencia, sino también por el alto costo asociado.

La noticia me tomó por sorpresa, y la urgencia de encontrar algo apropiado para ponerme me llevó a una frenética búsqueda en mi armario.

El estrés de elegir el atuendo adecuado, uno que no desentonara con los elegantes trajes y vestidos que presumiblemente lucirían los asistentes, me abrumó.

En medio de esa presión, admito que no pensé demasiado en Connor; mi mente solo permitía destellos esporádicos de él, que intentaba controlar recordándome a mí misma que debía centrarme en no hacer el ridículo en esa cita a ciegas.

Vestirme para la ocasión se convirtió en un desafío, y me esforcé por encontrar la combinación perfecta que me hiciera sentir segura y a la altura del evento. Aunque cuando me puse el vestido elegido, Connor pasó fugazmente por mi mente, lo relegué a un segundo plano, decidida a enfrentar la noche con confianza y estilo.

La idea de encontrarme con un desconocido en un lugar tan glamuroso me aterraba. La incertidumbre de lo que vendría esa noche se mezclaba con la emoción de participar en un evento tan prestigioso.

Me observé en el espejo para asegurarme de estar a la altura del evento. Opté por un vestido negro elegante, ceñido hasta la cintura y luego con un sutil vuelo que llegaba hasta las rodillas. Los zapatos de tacón alto en tono nude complementaban el atuendo, dándole un toque sofisticado y sutil.

Decidí recogerme el pelo en un moño bajo y pulido, permitiendo que unos cuantos mechones cayeran de manera estratégica para enmarcar mi rostro. Quería mantener una apariencia elegante, pero sin perder la naturalidad, así que opté por un maquillaje suave que realzara mis facciones.

Me aseguré de llevar unos accesorios discretos, como unos pendientes pequeños y un collar fino que resaltaba la sencillez del vestido. Tras un último vistazo al espejo para asegurarme de que todo estuviera en su lugar, cogí aire y salí, lista para enfrentarme a esa noche.

Ya en la calle, el taxi que había pedido me estaba esperando.

Lo sentí mientras el taxi avanzaba por las calles iluminadas de Nueva York, en la víspera de Navidad. Cada rincón estaba impregnado con la magia festiva, pero mi mente no podía evitar divagar.

Me pregunté cómo habría sido pasar esa noche y la mañana siguiente con Connor, tal como

había prometido. Me encontraba en un torbellino de emociones, mezclando la expectativa de la velada por venir con la incertidumbre de lo que podría haber sido.

El recorrido hasta el St. Regis estaba lleno de luces brillantes y personas disfrutando de la festividad. Llegar al hotel, con su majestuosidad y elegancia, me hizo cuestionarme una vez más qué estaría haciendo Connor en ese momento. Pero ya estaba decidido, me esperaba una cita a ciegas en ese lugar.

Al bajar del taxi, me encontré ante las imponentes puertas del hotel. A pesar de la animada atmósfera navideña a mi alrededor, mis pensamientos se centraban en cómo afrontar esa noche con un completo desconocido. Las expectativas y los nervios se mezclaban en mi mente mientras cruzaba el umbral del lujoso vestíbulo.

No podía evitar sentir un nudo en el estómago.

¿Sería alguien con quien pudiera compartir una agradable conversación o sería simplemente un incómodo intento de pasar la nochebuena?

El ambiente del hotel era deslumbrante, pero mis pensamientos seguían enredados en esa sensación de incertidumbre.

Me paré un momento antes de entrar en el gran salón, que fue fácil de encontrar, pues había carteles señalando el camino hasta la gran fiesta de gala de esa noche en el hotel, y le envié un mensaje a Claire para indicarle que ya estaba allí y cómo reconocería al hombre que me estaba esperando. Era algo que se me había pasado por alto por completo.

Dos segundos después obtuve la respuesta de mi amiga:

Tú corazón lo reconocerá de inmediato.

CONNOR

El bullicio del elegante salón resonaba en mis oídos mientras deambulaba nervioso entre los comensales que disfrutaban del cóctel de bienvenida.

Llevaba aquel traje, mi única opción adecuada, como una especie de amuleto de buenos augurios, pero mi mente estaba en otro lugar. Por más que intentara enfocarme en el evento, mis pensamientos se desviaban hacia Aimie. Cada detalle de su rostro, sus risas y los momentos compartidos revoloteaban en mi cabeza, provocando una sensación de vacío al darme cuenta de su ausencia esa noche. El nerviosismo se mezclaba con la incertidumbre de lo que me depararía la velada.

La música suave y las risas animadas creaban una atmósfera festiva, pero mi mente seguía en otro lugar, atormentada por la ausencia de Aimie.

Sabía que mi cita a ciegas, o más bien la mujer que compartiría esta noche conmigo sin ningún tipo de pretensión, estaba a punto de llegar. La incertidumbre se apoderaba de mí, preguntándome quién sería, cómo sería, y si lograríamos hacer de esta velada algo más llevadero el uno para el otro.

Con cada paso que daba, la ansiedad aumentaba, pero traté de mantener la compostura y prepararme para lo que vendría.

En medio de la ansiedad que me embargaba, con el móvil en la mano por si surgía algún imprevisto, recibí un mensaje de Adam. La pantalla iluminó con sus palabras, y mi curiosidad se mezcló con la inquietud que ya me consumía.

¿Qué tendría que decirme en este momento crucial de la noche?

Respiré hondo y abrí el mensaje.

La chica que está a punto de entrar es especial. Tal vez encuentres algo que estabas buscando. ¡Feliz Nochebuena, amigo! Ah, y no hace falta que me des las gracias.

Las palabras de Adam resonaron en mi mente mientras las puertas del salón se abrían.

¿Cómo podía estar Adam tan sincronizado con mi cita a ciegas? ¿Angie y él habían colocado cámaras estratégicas en el hotel para seguir la escena como dos directores de cine?

Cuando mis ojos se posaron en la figura que cruzaba el umbral, mi corazón dio un vuelco.

No podía creer lo que veían mis ojos.

Era Aimie, la misma mujer que había ocupado mis pensamientos desde que me retiré de su vida de manera abrupta. Estaba allí, frente a mí, radiante en su elegancia, con un vestido negro que resaltaba su belleza y una luz en los ojos que no pasó desapercibida.

El asombro se reflejó en mi rostro mientras nuestras miradas se encontraban.

El destino, caprichoso como siempre, nos había reunido de nuevo en circunstancias

inesperadas.

Aunque la ansiedad seguía presente por si tras ella también aparecía Matt, una chispa de esperanza se encendió en mi interior.

AIMIE

Mientras mis pasos me acercaban al gran salón del hotel, cada pulso del corazón parecía marcar el compás de una canción desconocida.

Al cruzar la puerta, la sorpresa me dejó paralizada: allí, imponente y elegante, estaba Connor. Vestía un traje que realzaba su figura, desplegando un encanto que me dejó sin aliento.

El destino parecía desafiar todas mis expectativas al reunirnos de nuevo, en un lugar y momento tan insospechado.

Nuestros ojos se encontraron en un instante, chispas de emoción saltando entre nosotros.

Sentimientos encontrados se agolpaban en mi pecho, mientras la incertidumbre se entrelazaba con la curiosidad.

Las preguntas se amontonaban en mi mente, creando una mezcla de nerviosismo y emoción que apenas podía contener.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Connor, con una sonrisa que intentaba ocultar su sorpresa.

—Tengo una cita con un desconocido. Pero después del mensaje de mi amiga y verte aquí, la imaginación no da para tanto, ¿no crees? —respondí, con una risa nerviosa.

—¿Conoces a Angie Clarson? —inquirió Connor, inclinando la cabeza ligeramente.

Aquello debía ser una broma del destino, o la magia de la Navidad, o un acuerdo celestial entre Santa Claus y Dios para dejarnos con la boca abierta.

—¡Claro! Es la hermana de Ron, el novio de Claire. Pero creo que yo tengo preguntas más interesantes que hacerte a ti después de dejarme tirada en el restaurante. ¿Eres consciente de lo mucho que me he preocupado por ti?

—Bueno, igual no demasiado si has aceptado tener una cita a ciegas esta noche —dijo con un tono neutro que no supe cómo tomarme.

—Tú también lo has hecho, no entiendo tu reproche cuando eres tú quien ha desaparecido después de prometerme un montón de cosas.

—Te vi con él, Aimie —dijo mesándose el pelo.

—¿Quién es exactamente él? —Arqueé una ceja esperando a que me sacara de dudas de una vez, y encontrar una explicación a su huida.

—Supongo que era Matt. Te besaba apasionadamente en la calle, frente a una tienda, cuando iba de camino al restaurante. — Connor pronunció las palabras con cierta amargura, como si aquella imagen le hubiera dolido profundamente.

La sorpresa me dejó sin palabras por un momento. Matt había aparecido de la nada, y ese beso en la calle había sido el catalizador de toda la confusión.

Respiré hondo antes de responder.

—Lo hizo, pero si hubieras visto lo que pasó después, quizá hubiera resuelto cualquier duda que aquel beso te pudo generar. Me lo encontré de casualidad e insistió en acompañarme para que le asesorara con el regalo de su madre y, me besó a traición con la esperanza de que le perdonara y olvidara todo el daño que me había hecho, pero no surtió efecto y se lo dejé muy claro. Connor, deberías haberme dicho que estabas viendo la situación desde la distancia y te lo hubiera podido explicar todo.

—No quise interferir entre vosotros, pensando en que yo no había superado tus expectativas e ibas a volver con él. Quería ponértelo fácil.

—Creo que lo nuestro era cosa del destino, ¿no crees? —le dije, porque así lo pensaba, y me dolía que hubiera pensado ni un minuto que él no había sido digno para mí.

—Tengo que reconocer que esto me ha sorprendido mucho, que no me lo esperaba y, que me siento un completo imbécil ahora mismo.

—¿Por qué, porque ayer fue la segunda vez que me dejaste plantada? —dije algo irónica, pero con una sonrisa que indicara que estaba intentando suavizar la situación.

—Te recuerdo que en la primera cita que nos organizaron, tú tampoco apareciste. —Se cruzó de brazos, fingiendo, igual que yo, que estaba molesto.

—Es que estaba ocupada conociendo a un vecino que, resultó ser igual o mejor candidato que el que me aseguraba Claire.

Connor sonrió, y sentí que el nudo y la presión que sentía en mi estómago se disipaba.

—Tu amiga es una mujer muy inteligente, sabe lo que te conviene.

—Prefiero pensar que he sabido ver esas cosas yo solita. Aunque estoy segura que después de esto se atribuirá el mérito. Debió saber lo que iba a pasar aquí cuando le hablé de ti, de cómo habías desaparecido y le revelé tu nombre.

—Me temo que Adam también está al corriente, me ha enviado un mensaje muy raro o muy bonito, según se mire. —Connor lo mencionó con una risa, y la complicidad entre nosotros creció.

—Supongo que, por ellos, deberíamos aceptar pasar esta velada tan agradable juntos —dije, acortando la distancia que había entre él y yo.

—Bueno, te prometí que haría de tu Navidad y la mía algo especial —luego de su comentario, Connor se aproximó aún más, dejando apenas un hálito de espacio entre nosotros.

—A mí, y a esa chica con la que esta noche pensabas pasar la cena de Nochebuena —dije, fulminándolo con la mirada, pero con la esperanza de que su respuesta me calentara el corazón como lo había hecho otras veces.

—Sí, pero esa chica resulta ser la misma, la única, la que tenía que ser sí o sí porque los milagros navideños existen. Desde el principio siempre has sido tú —su voz resonó con determinación, con esa certeza que colmaba el aire de esperanza.

Sentí el latido acelerado de mi corazón al comprender sus palabras.

—Tú, yo, y mi intento de abandonar a un árbol de Navidad que no tenía la culpa de nada, habla con propiedad aventurero.

Connor soltó una carcajada y la atmósfera se cargó de esa sensación mágica que solo se siente en momentos especiales.

Sentí su mano rodeando mi cintura, atrayéndome con suavidad hacia él. Nuestros labios se encontraron en un beso profundo, lleno de significado, como si el tiempo le hubiera dado al botón de rebobinado y nos encontráramos de nuevo en el punto de partida.

Fue un beso que trascendió las palabras, cargado de sentimiento y la promesa de algo más grande, algo que construiríamos juntos en nombre del amor después de esas fiestas. Éramos dos

personas entre millones, pero de alguna manera, en ese instante, las únicas, el epicentro de un universo que conspiraba para unirnos.

Era como si las estrellas, en sus constelaciones, conspiraran para que dos almas se reconocieran entre la multitud, atrayéndose como polos magnéticos destinados a encontrarse en medio de la vasta e inmensa ciudad. Como si las casualidades fueran en realidad pequeños hilos invisibles que nos conducían a un encuentro esperado, a un abrazo anhelado. Sin duda, era un milagro navideño: el reconocimiento de dos almas destinadas a danzar juntas, incluso si el compás de sus vidas parecía haberse desviado en algún momento.

Y así, en esa noche en la que nuestros destinos parecían volver a entrelazarse, entendí que la magia de la Navidad, esa que había adquirido un nuevo significado para mí, no solo estaba en las luces brillantes o en los regalos bajo el árbol.

La verdadera magia residía en esos momentos efímeros en los que los corazones se alineaban, encontrando en el otro la respuesta a preguntas que ni siquiera habían sido formuladas y, que, sin saberlo, habían estado buscándose, anhelando ese encuentro que finalmente, en esa mágica noche, se había cumplido.

EPÍLOGO

Un año después,

25 de diciembre.

El ático de Connor estaba envuelto en la calidez de la temporada, con luces parpadeantes y adornos que resonaban con el espíritu festivo.

Ambos nos encontrábamos con pijamas a juego, un derroche de cursilería que, para nosotros, era simplemente perfecto.

—Connor, ¿no crees que estamos llevando la moda navideña un poco lejos con estos pijamas a juego? —comenté, sonriendo mientras ajustaba la cinta de mi gorro de Santa Claus.

—Nunca es demasiado lejos cuando se trata de Navidad y amor, Aimie. Además, ¿no ves que es parte del encanto? —respondió Connor, con una sonrisa cómplice.

Decidí no discutirle, porque en el fondo, disfrutaba de esos momentos llenos de complicidad y cariño. Connor me guio hacia la terraza, insistiendo en que me pusiera un abrigo antes de salir al frío invernal.

—Tienes razón, hace frío, pero estoy segura de que lo que me quieres mostrar vale la pena. ¿Qué será esta vez? ¿Un trineo tirado por renos en el cielo? —bromeé mientras me envolvía en mi abrigo.

—Algo así, pero mejor —dijo Connor, abriendo la puerta de la terraza.

Frente a nosotros se extendía la majestuosidad de la Gran Manzana, y en el rincón de la terraza, el árbol de Navidad añadía su propio resplandor al escenario.

Nos acercamos al borde de la terraza y, mientras observábamos la ciudad que nunca dormía, Connor abrió la palma de su mano y vi una pequeña caja de terciopelo negro.

—Aimie, este año ha sido el mejor de mi vida. Has llenado cada día con luz y amor. No quiero imaginar mi vida sin ti. Así que, frente a la ciudad que nos unió, quiero hacerte una pregunta muy importante —me dijo, entregándome la cajita.

Abrí la caja para encontrar un hermoso anillo, centelleando con la promesa de un futuro juntos. Uno que combinaba perfectamente con el colgante de una estrella llena de pequeños diamantitos que me regaló el año anterior, cuando regresamos juntos al edificio después de una magnífica velada en el St. Regis.

—Aimie, te quiero, desde el día que te vi en el ascensor, con la cara sudada, el pelo alborotado y lleno de agujas de árbol de Navidad, supe que te iba a querer... ¿quieres casarte conmigo?

Las lágrimas asomaron a mis ojos, y una sonrisa se dibujó en mi rostro.

—Connor, no hay nada que desee más en este mundo. Sí, mil veces sí. Te quiero, te quiero, te quiero tanto.

Sin decir más, me lancé a sus brazos, y nos abrazamos con fuerza. El anillo quedó en segundo plano, porque en ese momento, lo único que importaba era el amor que compartíamos, y nuestros labios se encontraron en un beso profundo, sellando la promesa de un futuro juntos.

Y en ese rincón mágico, un veinticinco de diciembre, nos abrazamos con el skyline de fondo, sintiendo que nuestro amor estaba marcado por la misma magia que nos unió hace un año.

La Gran Manzana fue testigo de un nuevo capítulo en nuestra historia, uno que prometía amor, risas y muchas más Navidades juntos.